



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN HISTORIA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

LA NEGACIÓN DEL HOLOCAUSTO EN MÉXICO: EL “REVISIONISMO HISTÓRICO” COMO
PROBLEMA HISTORIOGRÁFICO. ESTUDIO DE TRES CASOS 1953 - 2013

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
MAESTRO EN HISTORIA

PRESENTA:
JOSÉ DE JESÚS GARCÍA COLÍN

DIRECTOR DE TESIS:
DR. RODRIGO DÍAZ MALDONADO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MX., JUNIO 2019



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

La negación del Holocausto en México: el “revisiónismo histórico” como problema historiográfico. Estudio de tres casos 1953 – 2013

Introducción.....	i
Capítulo primero: Orígenes	
1. <i>Derrota mundial</i> de Salvador Borrego	
1.1 Descripción general de la obra.....	1
2. Idea de la historia en <i>Derrota mundial</i>	
2.1 Tipo de explicación histórica.....	3
2.2 La historia como “tragedia mundial”.....	7
2.3 Crítica a las fuentes de <i>Derrota mundial</i>	10
2.4 Criterios de verdad: los profetas en la historia.....	13
3. Salvador Borrego y la Segunda Guerra Mundial	
3.1 El imperio ruso, la Unión Soviética y el bolchevismo.....	21
3.2 Los Estados Unidos e Inglaterra.....	25
3.3 <i>Alemania pudo vencer</i> : El Tercer Reich.....	30
3.4 <i>Pintor, Soldado, Fueher</i> : Adolf Hitler en <i>Derrota mundial</i>	33
4. “Resurrección en masa de judíos”: el Holocausto en <i>Derrota mundial</i>	
4.1 El concepto de “judaísmo internacional” en Salvador Borrego.....	35
4.2 El trato de los judíos a manos de los alemanes en <i>Derrota mundial</i>	38
4.3 “Invención” del Holocausto en la posguerra.....	43
Capítulo segundo: Arraigo	
1. <i>La farsa judía</i> , de Hannerl Gossler	
1.1 Descripción general, la autora, el libro y su contexto.....	55
1.2 Fuentes y criterios de verdad.....	61
1.3 Idea de moral y sociedad.....	69
1.4 Las contradicciones negacionistas: el Holocausto en <i>La farsa judía</i>	72
1.5 El problema de la “relatividad moral”: el juicio de Nuremberg.....	78
Capítulo tercero: Legado	
<i>La simpatía por el nacionalsocialismo y el fascismo en México y Salvador Borrego Escalante. Un escritor conservador en el siglo XX</i> , de Miguel Ángel Jasso Espinosa	
1. El “revisiónismo” y la negación del Holocausto en México en el siglo XXI.....	85
1.1 Marco teórico conceptual	
a) La subestimación del antisemitismo: Arno J. Mayer.....	89
b) El nazismo como “esperanza”: Francois Furet.....	97
c) El Holocausto como “medida preventiva”: Ernst Nolte.....	100

1.2 El “revisiónismo” y la negación del Holocausto

a) El “revisiónismo” como herramienta	
1. La subversión como virtud.....	108
2. La justificación del antisemitismo.....	114
3. Borrego como precursor del “revisiónismo”.....	121
b) El “revisiónismo” como tema	
1. El “revisiónismo”/negacionismo en <i>Salvador Borrego Escalante</i>	134
2. Críticas a la academia y al trabajo del historiador.....	143
Conclusión.....	166
Bibliografía.....	171

Introducción

El tema de esta tesis es un discurso. El llamado negacionismo del genocidio judío (conocido en el mundo anglosajón como *Holocaust denial*) cuenta con algunos representantes mexicanos que, si bien pocos y mal conocidos en el medio académico, han atendido al desarrollo de dicha corriente ideológica en los escenarios europeo y norteamericano para, a su vez, producir ejemplos análogos desde el ámbito nacional. A pesar de sus diferencias, las publicaciones identificadas con dicha corriente comentadas en esta tesis tienen un rasgo en común: su objetivo es cuestionar la veracidad histórica del ataque que el nazismo emprendió contra los judíos entre 1933 y 1945. En su forma contemporánea, el negacionismo constituye una velada apología del nazismo, por lo que comparte el antisemitismo propio de aquél. Su objetivo es afirmar que el Holocausto es una ficción, una mentira, fruto de una campaña propagandística maquinada por lo que llama el “judaísmo internacional” o “movimiento político judío”.¹

Corriente ideológica más que intelectual, el negacionismo tiene una prehistoria que abarca desde la posguerra inmediata hasta finales de la década de los sesenta. En dicho periodo, tanto el establecimiento de los hechos generales del Holocausto (gracias a la investigación académica especializada), por un lado, como el desarrollo de la conciencia popular en Occidente acerca de la magnitud del genocidio judío, por otro, se hallaban aún en sus etapas de formación. En este contexto, el negacionismo en Europa y los Estados Unidos (originalmente una

¹ Ejemplos de estas obras son los libros *¿Murieron realmente seis millones?*, de Richard Harwood (1974), *¿Absolución para Hitler?* de Gerd Honsik (1990) y, en el ámbito hispanohablante, *Holocausto. ¿Mito o realidad?*, de Joaquín Bochaca (1979).

crítica a la participación de los norteamericanos en la guerra que gradualmente se convirtió en una defensa abierta del nazismo), nació como una deformación de las ideas y los argumentos de varios investigadores y escritores (no todos historiadores) que se daban a sí mismos el nombre de revisionistas. Su objetivo, decían, era esclarecer (o revisar, según sus propias palabras) lo que consideraban eran distorsiones que la propaganda Aliada había promovido en el estudio y la comprensión de los orígenes y desenlace de la Segunda Guerra Mundial. Esta primera generación de revisionistas no afirmaba todavía que el Holocausto fuera una ficción histórica, o un mito, como lo harían los negacionistas posteriores.²

...

En un afán de precisión, es necesario definir las categorías y términos empleados en el presente trabajo. En primer lugar, se tiene al revisionismo historiográfico como práctica académica, que consiste en la constante revaloración de fuentes o interpretaciones previas. En efecto, el revisionismo (sin comillas) es una práctica legítima y necesaria como parte de la investigación histórica, mediante el cual se evalúan y refinan las teorías, hipótesis y explicaciones que los historiadores formulan para entender el pasado. Dependiendo del contexto, el revisionismo es casi siempre el resultado de cambios en los paradigmas epistemológicos que rigen las investigaciones, de nueva evidencia documental

² Entre esa primera generación de historiadores revisionistas estaban Harry E. Barnes y Freda Utley. Para un estudio de este periodo temprano, véase Deborah Lipstadt, *Denying the Holocaust. The Growing Assault on Truth and Memory*, Free Press, Amazon Digital Services, 2012 [edición electrónica], especialmente el capítulo cuarto, “*The First Stirrings of Denial in America*”.

antes desconocida o no disponible y de la liberalización de regímenes y condiciones políticas que permite el florecimiento de los estudios históricos.³

Por otro lado, se tiene al negacionismo (*Holocaust denial*), postura que, como vimos, sostiene que el genocidio judío es una ficción difundida con fines políticos y económicos por “el judaísmo internacional” (los dos primeros capítulos de esta investigación se ocupan de sendos ejemplos de esta corriente producidos en México: *Derrota mundial* de Salvador Borrego y *La farsa judía*, de Hannerl Gossler). Por último, está el “revisiónismo histórico” o simplemente “revisiónismo”, que en esta tesis aparece invariablemente entrecomillado como indicación de su carácter espurio, como parodia o falsificación de la genuina práctica académica del revisionismo. El término “revisiónistas” es empleado por los negacionistas para referirse a sí mismos cuando, en un afán de corrección política, presentan sus publicaciones como textos académicos, dotándolos de aparatos críticos y avalándose por institutos de su propia creación (como el *Institute for Historical Review*). El tercer capítulo de esta tesis se ocupa, más que de analizar un ejemplo de “revisiónismo”, de comentar la apología para este movimiento y para el negacionismo de Salvador Borrego articulada por Miguel Ángel Jasso Espinosa en

³ Ejemplos de lo anterior son el revisionismo en los estudios soviéticos y de la Revolución mexicana. El primero de estos procesos conoció dos momentos, el primero con la denuncia que en 1956 hizo Nikita Khrushchev del culto a la personalidad de Stalin, y el segundo con la caída de la Unión Soviética en 1991. En ambos casos, la liberalización de las condiciones políticas propició el florecimiento de los estudios históricos sobre la Revolución rusa. Por su parte, el revisionismo de la Revolución mexicana produjo, entre otras, obras como *La Cristiada*, de Jean Meyer; *La ideología de la Revolución mexicana*, de Arnaldo Córdoba y *Zapata y la Revolución mexicana*, de John Womack, obras que cuestionaban la mitología revolucionaria como fundamento del nuevo Estado mexicano. Para el revisionismo en los estudios soviéticos, véase la introducción al libro de Sheila Fitzpatrick *La Revolución rusa*, Siglo XXI Editores, México, 2005, y el capítulo decimocuarto del libro de Walter Laqueur *Stalin. La estrategia del terror*, Ediciones B, Barcelona, 2003, titulado “Cuarenta años después”. Para el revisionismo de la Revolución mexicana, véase el artículo de Álvaro Matute, “Orígenes del revisionismo historiográfico de la revolución mexicana”, en *Signos históricos*, volumen 2, número 3, 2000, p. 29-48.

sus tesis de posgrado.⁴ Debe aclararse que Jasso no niega el genocidio judío; el objetivo del capítulo dedicado a sus escritos es poner de relieve las estrategias argumentativas y retóricas, propias tanto del negacionismo como del “revisiónismo”, que emplea en su entusiasta defensa de Borrego.

Con respecto al uso de estas categorías, la historiadora Deborah Lipstadt escribe en su libro *Denying the Holocaust* sobre el problema que representa para el ejercicio académico de la investigación histórica el que los negacionistas se llamen a sí mismos “revisiónistas”. Sostiene que “en cierto nivel el revisionismo [sin comillas] es práctica propia de todos los historiadores legítimos”, en tanto que cada uno de ellos “intenta producir nuevas perspectivas y comprensión a partir de una historia ya conocida, buscando nuevas formas de interpretar el pasado para ayudarnos a comprender mejor el presente”.⁵ En este sentido, apropiándose de la terminología de la investigación histórica, los negacionistas adoptan para sí el nombre de “revisiónistas”, pero el resultado y las características de sus investigaciones, como se documenta en el presente trabajo, constituyen una pobre imitación de los métodos y la retórica de los historiadores profesionales, por lo que su título de “revisiónistas” aparece aquí invariablemente entrecomillado.

...

De acuerdo con Lipstadt, “la literatura sobre la negación del Holocausto ha estado disponible en América Latina desde 1965”, y escritores de este género “también se encuentran activos en Argentina, México, Chile y Perú”, pero no indica

⁴ Tesis de maestría y doctorado en Ciencia Política presentadas y defendidas en la Universidad Nacional Autónoma de México en 2004 y 2013, respectivamente.

⁵ Lipstadt, *op. cit.*, *Denying the Holocaust*. loc. 475.

autores o título de ninguna obra.⁶ La genealogía europea y norteamericana de este tipo de propaganda ya ha sido documentada en detalle por varios historiadores, entre ellos la propia Lipstadt y el norteamericano Michael Shermer,⁷ pero sus exponentes latinoamericanos no han sido identificados ni analizados por la historiografía especializada en el estudio de la derecha, el antisemitismo y el nazismo en México, ni por aquella abocada a la negación del Holocausto.

Los textos comentados en esta tesis se encuentran separados entre sí por un periodo aproximado de treinta años. Aunque *Derrota mundial* (1953), *La farsa judía* (1982), “La simpatía por el nacionalsocialismo y el fascismo en México” (2004) y “Salvador Borrego Escalante. Un escritor conservador en el siglo XX” (2013) comparten temas, formas de argumentación, estructura y fuentes, se optó por analizar dichas obras por separado, ya que una aproximación temática habría supuesto prestar más atención a las similitudes que estos trabajos tienen entre sí, lo cual no era el objetivo de esta investigación. El acercamiento ensayado aquí, al dedicar un capítulo a cada autor, permite estudiar en detalle las características particulares de cada uno de éstos. Una vez expuesto lo anterior, es preciso dedicar algunas palabras a los parámetros que dictaron mi selección de fuentes.

En primer lugar, *Derrota mundial* es objeto de esta investigación porque constituye un ejemplo muy temprano de literatura negacionista en español (Borrego califica al Holocausto como una “mentira judía”). Aunque esta corriente se consolidó en el escenario internacional aproximadamente entre 1970 y 1990,

⁶ *Ibidem*, loc. 302.

⁷ Michael Shermer, *Denying History: Who Says the Holocaust Never Happened and Why Do They Say It?* University of California Press, 2009.

Derrota mundial ya exhibía en 1953 varias de las características que, a la larga, definirían al negacionismo contemporáneo.

El proyecto político implícito en *Derrota mundial* se basa en las ideas de miembros destacados del movimiento anticomunista/aislacionista radical de fines de los años cuarenta.⁸ Por ello, es un feroz argumento contra el comunismo, al que atribuye características que juzga indeseables o expresiones de debilidad, como la homosexualidad, el multiculturalismo, el ateísmo y la femineidad.⁹ Por otro lado, alude a una serie de rasgos unidimensionales para describir a las naciones que se enfrentaron en la guerra, así como a los judíos.¹⁰ En este esquema, el pueblo alemán “es fuerte en su capacidad de trabajo, fuerte en su sentido del deber y del sacrificio; fuerte en su franqueza” a tal grado que “en cierta forma la enorme franqueza y sinceridad del régimen nazi que nada ocultaba, fue una de sus más grandes debilidades”.¹¹ La descripción del judaísmo es igualmente monolítica: “no es sólo una inocente secta religiosa, sino un núcleo político con influencia internacional”.¹² Como veremos, Borrego oscila por momentos entre un

⁸ La influencia de estos anticomunistas (Victor Serge, Robert E. Sherwood, Freda Uteley y John T. Flynn) en Borrego es notable, pues los considera fuentes autorizadas, por ejemplo, para el estudio del contexto norteamericano: “Los aislacionistas –según lo reconoce Sherwood en ‘Roosevelt y Hopkins’– decían claramente que el país se enfrenta a una maquinación de judíos para hacernos entrar en la guerra”. Véase, Salvador Borrego, *Derrota mundial, Supracapitalismo y marxismo en pareja globalizadora*, Edición privada del autor, 50ma edición, México, p. 192.

⁹ Borrego se entrega con frecuencia a breves digresiones condenatorias: “El Presidente Azaña (de quien Mauricio Karlavilla dice que era homosexual y que el comunismo lo tenía en sus manos mediante el chantaje) era asesorado por el embajador soviético Rosenberg”, o “bajo un aparente disfraz científico, la mercancía homosexual judía abrumaba de vergüenza la infeliz existencia de la Alemania de 1918”. En cuanto a la feminidad como expresión de debilidad, Borrego escribe que “los partidos comunistas se nutrían en todo el mundo de utopistas bien intencionados, de intelectuales librescos, de intelectuales soñadores, de bohemios descentrados, de mujeres viriloides [...]”. *Ibidem*, p. 140.

¹⁰ De acuerdo con esta lógica, los rusos “gozan de quemarse a sí mismos” debido a su “primitivismo”, y se hallan endurecidos por “siglos de sufrimiento y privaciones”, por lo que tienen una indiferencia ancestral hacia la muerte.

¹¹ *Ibidem*, p. 144.

¹² *Ibidem*, p. 115.

antijudaísmo religioso, que concede la eventual redención de los judíos mediante su conversión al cristianismo,¹³ y el antisemitismo biológico, racial, según el cual los judíos son una raza con características indeleblemente negativas: “¿traidores a qué patria? –se pregunta Borrego–. Si los judíos siguen siendo judíos aunque nazcan, crezcan y prosperen en los más diversos países del mundo”.¹⁴

A lo largo de más de cincuenta ediciones, Borrego ha hecho retoques menores a la obra que resultan fácilmente identificables porque: 1) aparecen encerrados en recuadros; 2) se hallan impresos con una tipografía distinta y 3) continúan la narración de los eventos hasta fechas tan recientes como 1993.¹⁵ El cuerpo principal del libro consta de diez capítulos, y el décimo, titulado “El fin de Hitler (1945)”, originalmente el último de la obra, se aboca a negar el Holocausto como proceso histórico, tema del primer capítulo de esta tesis.

El segundo texto que se comenta es *La farsa judía. Juicio final*, de Hannerl Gossler,¹⁶ que pretende abordar dos temas principales: 1) la supuesta injusticia perpetrada en los procesos de Nuremberg y 2) la denuncia de las acciones de los Aliados como crímenes de guerra (la destrucción de Hamburgo, Dresde, Hiroshima y Nagasaki). No obstante, Gossler abandona estos temas y se entrega casi por completo a una diatriba antisemita sobre el mito de la supremacía judía mundial, contexto en el que se ocupa de la negación del Holocausto. *La farsa*

¹³ Para Borrego, “Las causas primarias del antisemitismo anidan en la conducta misma del hebreo, y mientras él no se modifique, llevará latentes consigo los gérmenes de nuevos movimientos en contra suya. Ni el gigantesco poder que ha alcanzado lo librá de esa desgracia inherente a su empecinada manera de ser”. *Ibidem*, p. 314.

¹⁴ *Ibidem*, p. 425.

¹⁵ El cambio más notorio es la adición del undécimo capítulo, titulado “Derrota mundial”, que se ocupa del periodo 1945-1970. Gracias a estos retoques, Borrego incorpora breves referencias al historiador alemán Andreas Hillgruber, tema que se discute más adelante en este mismo capítulo.

¹⁶ Probablemente un pseudónimo. No me ha sido posible encontrar mayor información verificable sobre los verdaderos orígenes o identidad de dicha autora.

judía es similar a *Derrota mundial* en algunos aspectos temáticos y en el uso de varias de las mismas fuentes, y aunque difiere en el contexto de su producción, su antisemitismo resulta igual de virulento que el de Borrego.

Por último, el tercer capítulo se ocupa de las tesis de posgrado en Ciencia Política “La simpatía por el nacionalsocialismo y el fascismo en México” y “Salvador Borrego Escalante. Un escritor conservador en el siglo XX”, ambas defendidas por Miguel Ángel Jasso Espinosa en la Universidad Nacional Autónoma de México. Estos trabajos, más que ejemplos acabados de “negacionismo/”revisiónismo”, (ya que Jasso no niega el Holocausto) son veladas defensas para estos movimientos en general y para Borrego en particular, por quien Jasso expresa gran admiración. Su inclusión responde a la gravedad que supone el que un discurso de esta naturaleza se haya abierto paso y presentado como una investigación académica de posgrado en una universidad pública; como demostraré, y pese a su apariencia, dichas tesis imitan la retórica y la argumentación de Borrego. Esta validación institucional del “revisiónismo” (suponemos que por omisión de los sinodales) implica un éxito para esta tendencia, pues le otorga un estatus académico que no posee. La completa falta de rigor en los trabajos de Jasso no puede ni debe dar pie a suponer que, en tanto que la suya no es investigación histórica sino en ciencia política, puede permitirse asertos y afirmaciones que no se sustentan en una forma de pensamiento histórico. Su defensa retórica de Borrego, ya sea en el campo de la ciencia política o en el de la investigación histórica, es insostenible, sobre todo a la luz del análisis de los métodos empleados por Borrego, tema del capítulo primero.

...

Antes de concluir esta introducción, es pertinente recuperar la justificación que algunos historiadores presentan frente a quienes cuestionan la utilidad o validez de estudiar, exponer y refutar a los negacionistas. En este sentido, Deborah Lipstadt escribe:

Emprendo esta tarea con cierta vacilación, ya que mis lectores podrían preguntarse qué tan marginales son en verdad los negacionistas si los historiadores no pueden simplemente ignorarlos. ¿Será que la atención de los investigadores sugiere que los negacionistas no son simples falsificadores? ¿La investigación sobre sus trabajos les da la publicidad que tanto anhelan? Es cierto que los negacionistas se aprestan a tomar gozosamente *cualquier* discusión de su trabajo como evidencia de la seriedad con que sus puntos de vista son recibidos.¹⁷

De este supuesto reconocimiento que implica analizar las ideas de los “revisiónistas” también se ocupa el historiador francés Pierre Vidal-Naquet, quien en su libro *Los asesinos de la memoria* descarta la posibilidad de que discutir con los negacionistas equivalga a validar su aserto de representar simplemente una escuela historiográfica más, polémica o controversial, de las interpretaciones del nazismo y el Holocausto, aunque esa posibilidad sea, en efecto, aprovechada por los negacionistas, quienes oponen su “revisiónismo” al “exterminacionismo” de los historiadores de estos temas. Como respuesta a esta postura, tanto Vidal-Naquet como Lipstadt sostienen que los asertos “revisiónistas” no pueden ni deben quedar sin respuesta por parte de historiadores profesionales. Lo anterior se debe a que

¹⁷ Lipstadt, *Denying the Holocaust*, op. cit., loc. 589.

sus métodos sofisticados buscan engañar y confundir al hacerse pasar por investigaciones académicas rigurosas, dotando a sus textos de aparato crítico y bibliografía, y en ocasiones, como demuestro en la presente investigación, teniendo éxito en presentar y defender sus panfletos como tesis de posgrado en universidades de primer nivel. En este sentido, Vidal-Naquet, plantea lo siguiente: “¿Responder cómo, puesto que la discusión es imposible? Pues procediendo como se hace con un sofista, es decir, con un hombre que se *asemeja* a quien dice la verdad, y a quien hay que ir desarmándole pieza a pieza sus argumentos para desenmascarar las falsas apariencias”.¹⁸ Por su parte, Lipstadt justifica de la siguiente manera su esfuerzo por desmontar los argumentos “revisionistas”:

No debe desperdiciarse el tiempo en responder a todas y cada una de las afirmaciones de los negacionistas. Sería un esfuerzo interminable el responder a los argumentos propuestos por aquellos que falsifican sus hallazgos, citan fuera de contexto y descartan grandes cantidades de testimonios sólo porque contradicen sus argumentos. Es lo engañoso de sus argumentos, y no éstos en sí mismos, lo que demanda una respuesta. Lo que yo busco demostrar es la forma en que los negacionistas buscan confundir y distorsionar; *sobre todo, es esencial exponer la ilusión de investigación razonada que encubre sus puntos de vista extremistas*.¹⁹

Por otro lado, investigadores como Norman Finkelstein están convencidos de que dedicar estudios académicos a la argumentación falaz de los negacionistas sólo les proporciona la publicidad que tanto anhelan.²⁰ No obstante, este trabajo

¹⁸ Pierre Vidal-Naquet, *Los asesinos de la memoria*, México, Siglo XXI Editores, 1994, p. 19.

¹⁹ Lipstadt, *Denying the Holocaust*, *op. cit.*, loc. 622 [cursivas en el original].

²⁰ Norman Finkelstein, *The Holocaust Industry. Reflections on the Exploitation of Jewish Suffering*, Verso, 2000 [edición electrónica], loc. 1006. Finkelstein escribe que “De no ser por Lipstadt y similares, nunca nadie habría escuchado hablar de Arthur Butz”. Butz es uno de los principales

comparte las aseveraciones de Vidal-Naquet y Lipstadt en el sentido de que las tácticas retóricas de los “revisionistas”, así como su imitación de los métodos tradicionales de investigación histórica, no pueden quedar sin comentario por parte de los historiadores. Por ejemplo, considérese la obra del químico y negacionista alemán Germar Rudolf, quien publicó en 2003, como parte de la serie *Holocaust Handbook Series*, el panfleto *Dissecting the Holocaust. The Growing Critique of ‘Truth’ and ‘Memory’* en la ilustremente desconocida *Theses & Dissertations Press*, bajo el seudónimo de Doctor (PhD) Ernst Gauss. Este trabajo de 630 páginas, compendio de textos pseudocientíficos y alegatos propagandísticos de corte negacionista abocados a demostrar que el nazismo ha sido injustamente condenado, y en el que colaboran personajes como Robert Faurisson y Jürgen Graf (que también aparecen en esta tesis), es una imitación de trabajos académicos de investigación histórica seria, aparato crítico y bibliografía incluidos, cuyo título es una parodia directa del libro de Lipstadt *Denying the Holocaust. The Growing Assault on Truth and Memory*, (1993) estudio pionero sobre el negacionismo norteamericano y europeo.

...

Es preciso aclarar que esta tesis no es un ejercicio de investigación histórica, sino historiográfica. Su principal interés no es el pasado, o lo que realmente ocurrió, sino cómo se habla y escribe acerca de ese pasado y los problemas que dicho discurso plantea. Los textos comentados aquí emplean diversas técnicas retóricas para transmitir y reforzar sus argumentos, mismos que

negacionistas norteamericanos, aunque no tiene formación profesional como historiador y empezó su carrera como profesor de ingeniería eléctrica en la Universidad Northwestern.

de otra manera resultan lógicas e históricamente insostenibles. Entre aquellas se encuentran, por ejemplo, el apelar a la autoridad, como sucede cuando Borrego insiste en que las diatribas y comentarios antijudíos de Arthur Schopenhauer, Friederich Nietzsche y Karl Marx son válidos simplemente porque estos personajes son reconocidos filósofos; las falsas equivalencias, como cuando Hannerl Gossler arguye que los campos de concentración alemanes palidecen frente a los erigidos por estadounidenses o ingleses; o cuando Jasso extrae conclusiones y elabora generalizaciones con base en premisas que no guardan relación alguna entre sí (como es el caso cuando afirma que el antisemitismo de Borrego “no implica negar” que sus ideas tuvieran amplia difusión en México), o finalmente, completando un círculo y volviendo sobre sí mismos, cuando Borrego apela a un criterio de antigüedad para excusar el antisemitismo de Hitler, argumentando que no fue el primero en exponer ideas similares, y Jasso procede a su vez a hacer exactamente lo mismo con el propio Borrego. A pesar de todo lo anterior, y teniendo en consideración el tema central sobre el que escriben los negacionistas (la guerra y el Holocausto), es inevitable que esta tesis también haya de ocuparse, tangencialmente, de la historia europea entre 1933 y 1945. Es por ello que su cuerpo principal es de naturaleza historiográfica y que las disquisiciones de orden histórico se encuentren, en su mayor parte, en notas a pie de página. El formato final responde a la necesidad de identificar y desmontar de la forma más precisa posible los argumentos falaces y enrevesados de los “revisionistas”. Con ese objetivo en mente, es necesario ofrecer al lector fragmentos considerables y representativos de los textos originales, sobre todo en el tercer y último capítulo. No obstante, en la medida de lo posible, se ha evitado

caer en la repetición al reducir al mínimo indispensable las citas textuales, recurriendo a éstas únicamente en los casos en que es preciso presentar al lector con ejemplos palmarios y únicos de la retórica y argumentos “revisionistas”.

...

En conclusión, el objetivo de esta tesis es poner de relieve las características del “negacionismo/revisionismo” mexicano. En particular, busco subrayar la gravedad de que la defensa velada de este discurso haya conseguido validarse, en la primera década del siglo XXI, como investigación académica profesional en la principal universidad del país. Y es que ése es precisamente uno de los objetivos del negacionismo desde mediados de los años setenta: presentarse como “el otro lado del debate”, como una “escuela de pensamiento polémica” o “controversial”, que (afirma) se limita a plantear dudas que supone razonables frente a lo que insiste es el dogmatismo ideológico de una academia supuestamente empeñada en difamar al nazismo/fascismo y perpetuar, consciente o inconscientemente, el (así llamado por los negacionistas) “mito del Holocausto”. En la medida en que este trabajo proporcione al lector una aproximación ordenada, precisa e interesante de la naturaleza de sus métodos, argumentos e intenciones, su autor considerará cumplido su objetivo principal.

Capítulo primero: Orígenes

1. *Derrota mundial* de Salvador Borrego

1.1 Descripción general de la obra

El periodista mexicano Salvador Borrego Escalante, autor de más de cincuenta libros de tema político, para-científico y pseudo-histórico, publicó su obra más conocida, *Derrota mundial* [en adelante, *D.m.*] en diciembre de 1953. Su redacción se vio influenciada por el desempeño periodístico de Borrego a finales de los años treinta en el diario capitalino *Excélsior*. Dicho periódico, así como su edición vespertina *Últimas Noticias*, en la que también colaboró, recibía en esa época información de la agencia alemana *Trans-Ocean*, vocera oficial del nazismo.¹ Borrego articuló su visión de la Segunda Guerra Mundial como una lucha entre las fuerzas del bien y el mal, representadas por el nazismo y el “judeobolchevismo”, respectivamente, y escribió *D. m.* como un esfuerzo de rectificación histórica frente a lo que vio como un intento de la propaganda Aliada por denostar al nazismo. Aunque emplea argumentos propios tanto de la propaganda nazi de la Segunda Guerra Mundial como de la anticomunista de la Guerra Fría, Borrego también intentó ofrecer una explicación y argumentación de corte histórico. Lo anterior es evidente en el uso de un rudimentario aparato crítico y bibliográfico y en los criterios de verdad y evidencia con los que dotó a *D.m.*, artilugios diseñados para dar la apariencia de rigurosidad académica.

¹ Juan Alberto Cedillo, *Los nazis en México*, Random House, México, 2010, p. 172.

En efecto, el libro pretende ser una historia definitiva de la guerra desde el punto de vista del nazismo. Sus dos personajes principales son Adolf Hitler (por quien Borrego manifiesta una entusiasta admiración) y el ejército alemán, y su arco narrativo principal culmina con dos eventos cataclísmicos: la muerte del primero y la derrota del segundo. Con base en una copiosa literatura de orden técnico-operacional (cuyo uso y naturaleza se discutirá más adelante), Borrego sigue a la *Wehrmacht* entre 1935 y 1945 para describir sus batallas, tácticas y estrategias, así como su destino final, que retrata en tonos trágicos y épicos. En segundo plano, *D.m.* es una historia de la oposición encabezada por Hitler contra el “judaísmo internacional” en los ámbitos económico, militar y espiritual.

Además de su aparente preocupación por la objetividad histórica (de acuerdo con sus propios criterios), y de su intención de interpretar la Segunda Guerra Mundial, Borrego escribe sobre la sociedad mexicana que él considera ideal: católica, militarista, no-democrática, antisemita y corporativa, ideal social que creía amenazado por el supuesto comunismo de los gobiernos mexicanos de posguerra y por la infiltración de elementos indeseables (judíos) en la cultura y la vida política del país. Y es en el contexto de la articulación de ese ideal social que Borrego construye una narrativa que tiene por objetivo cuestionar el Holocausto como hecho histórico. A lo largo del presente capítulo, comentaré la idea de la historia y la naturaleza de los criterios de verdad y manejo de fuentes que aparecen en *D.m.*, aspectos soslayados por la historiografía crítica contemporánea que se ha ocupado de la obra de Salvador Borrego.

2. Idea de la historia en *Derrota mundial*

2.1 Tipo de explicación histórica

Desde marzo de 1955, fecha de su segunda edición, a *D.m.* la acompaña un breve prólogo de José Vasconcelos que permite evaluar la idea que Borrego tiene de los procesos históricos. Las palabras finales del “Prólogo”, texto tardío en la producción literaria de Vasconcelos (época en la que éste abrazó un catolicismo y un antisemitismo acendrados), tienen un tono marcadamente sombrío: “La lucha entre los hombres ha de seguir indefinida y periódicamente implacable, hasta tanto se acerque el fin de los tiempos, según advierte la profecía”.² Estas líneas tienen un parecido notable con el siguiente fragmento de *La Flama* (1959), uno de los últimos libros de Vasconcelos y quinta y última parte de sus memorias: “Pese a tales comprobaciones, no se quiere admitir que México vive en guerra: una guerra interminable que se desenvuelve históricamente, con alzas y bajas para cada uno de los bandos: el de los cristianos y el de los judíos, tal y como lo previó el Apocalipsis: hasta el fin de los tiempos”.³ Como puede verse, Vasconcelos presagiaba un futuro ominoso para México y para la humanidad debido a la influencia del judaísmo, y tanto él como Borrego creían necesaria y urgente una empresa intelectual de esclarecimiento y denuncia que permitiera al pueblo mexicano tomar conciencia de las supuestas maquinaciones en su contra.

² José Vasconcelos, “Prologo...”, en Salvador Borrego, *Derrota mundial. Supracapitalismo y marxismo en pareja globalizadora*, Edición privada del autor, 50ma edición, p. 5.

³ José Vasconcelos, *La Flama. Los de arriba en la revolución mexicana. Historia y tragedia*, Editorial Trillas, Biblioteca “José Vasconcelos”, México, 2009, p. 33. Debe enfatizarse que las obras de Vasconcelos aquí referidas corresponden a su periodo más tardío, producto final del disgusto que le causaba el estado de la política mexicana tras la Revolución y del robo y violencia que él y sus partidarios sufrieron en las elecciones presidenciales de 1929.

El “Prólogo” tiene un carácter didáctico, de rectificación histórica, propio del negacionismo.⁴ Su preocupación por la tergiversación histórica tiene sus raíces en el origen de aquél, pues Vasconcelos denuncia las noticias difundidas por la Triple Entente durante y tras el fin de la Primera Guerra Mundial sobre las atrocidades supuestamente cometidas por soldados alemanes, noticias que luego se supo eran fabricaciones de la prensa británica: “ya desde la primera guerra europea se vio la audacia para mentir, que pusieron en práctica agencias y diarios que disfrutaban de reputación aparentemente intachable”.⁵ Sobre este tema, Deborah Lipstadt escribe que “las mentiras de la primera posguerra de británicos, franceses y norteamericanos resultaron particularmente odiosas para los ‘revisionistas’ posteriores, ya que los Aliados sabían que Alemania en realidad no era la única responsable por el desencadenamiento de la guerra”.⁶ Esta práctica sentó un precedente para la exoneración del nazismo en la segunda posguerra del que abreviarían negacionistas como Borrego.

La intención de apelar a la investigación histórica para comprender el presente y conocer el futuro es explícita en *D.m*: “es una neutra remembranza volver la mirada a los días extraordinarios de la segunda guerra mundial únicamente con el prolijo escrúpulo de citar fechas y relatar sucesos. Es un lujo de ociosidad volver la mirada al pasado sin el empeño de obtener luces para el

⁴ Estas pretensiones de adoctrinamiento son claras cuando Vasconcelos escribe: “procuremos despejar el ánimo de aquellos que de buena fe se mantienen engañados”. Lo anterior armoniza con las intenciones del propio Borrego, quien considera que “examinando los orígenes y el desarrollo de la segunda guerra surgen luces que explican el presente. Tal es el objeto de este libro”. Borrego, *Derrota mundial, op. cit.*, p. 9.

⁵ *Ibidem*, p. 5.

⁶ Lipstadt, Deborah, *Denying the Holocaust. The Growing Assault on Truth and Memory*, Free Press, Amazon Digital Services, loc. 687.

presente”.⁷ Es por ello que Borrego insiste en los paralelismos históricos y las referencias al Antiguo y el Nuevo Testamento para explicar el acontecer actual.⁸

Tanto Vasconcelos como Borrego explican el devenir histórico como una lucha apocalíptica entre el cristianismo y el judaísmo. Para el primero, “el conflicto de la hora es otro de los momentos angustiosos y cruciales de la lucha que tiene que librar el cristianismo para subsistir”, por lo que “[n]ingún pueblo puede escapar en el día, a las exigencias de la historia, que son de acción y de sacrificio”.⁹ Por su parte, Borrego ve en la historia augurios sobre el resultado de esa lucha, y en cuyo interior el futuro germina, palpita o “relampaguea”,¹⁰ aunque también ofrece la imagen inversa de un futuro ineludible que proyecta su sombra sobre el presente.¹¹ No obstante, juzga posible conjurar ese futuro ominoso en la medida en que se aprende del pasado: “un nuevo examen de lo que ocurrió y por qué ocurrió puede aclarar los sucesos presentes y ayudar a prever los futuros”.¹²

Borrego insiste en la necesidad de conocer y descifrar la historia, que considera distorsionada por la propaganda; afirma que “entre los símbolos y su significación media un abismo”, y por ello “mucho se ha hablado de la guerra. Un mar de datos casi inagotables abruma y abrumarán por mucho tiempo a los historiadores. La mayor parte de esos datos son jeroglíficos; incluso los hechos y las cifras, pese a lo concluyente de su calidad concreta, son frecuentemente

⁷ Borrego, *Derrota mundial*, *op cit.*, p. 7.

⁸ El ejemplo siguiente es representativo: “2000 años antes de que Alemania fuera acusada de intransigencia racial, la intransigencia judía ya había crucificado a Jesucristo porque no consagraba al hebreo como dominador del mundo”, *Ibidem*, p. 314.

⁹ Vasconcelos, “*Prologo...*”, en Borrego, *Ibidem*, p. 6.

¹⁰ “En los orígenes del conflicto armado que empezó la madrugada del primero de septiembre de 1939 palpitaron ya los gérmenes de lo que ahora ocurre y está por venir”, Borrego, *Ibidem*, p. 7.

¹¹ “En lo acontecido entonces se filtran ya las sombras de lo que el futuro nos reserva”, *Ídem*.

¹² *Ibidem*, p. 8.

apenas símbolos o frontispicio de realidades más profundas”. Para él, la historia es un grupo de símbolos que precisa desciframiento porque, afirma, los distorsiona el “monopolio propagandístico judío”. Es por ello que denuncia el predominio de “un diluvio de crónicas con dosificada intención de libros aparentemente históricos [...] bajo la influencia intangible de los mismos ocultos inspiradores, [que] oscurecen situaciones, infiltran deformaciones”.¹³ Esta insistencia en la necesidad de rectificación histórica es característica de la literatura sobre la negación del Holocausto: Borrego considera que, al poseer la clave de lectura de la historia –la conciencia del supuesto proceder subrepticio y malicioso de los judíos–, puede leer de forma correcta los acontecimientos.

Borrego ve a la historia como un escenario en el que se enfrentan el nazismo/cristianismo y el “judaísmo internacional”. En ese escenario interviene la voluntad de los grandes hombres, en este caso particular encabezados por Adolf Hitler. En *D.m.*, las “imponderables fuerzas del espíritu” juegan un papel de primera línea como acicate o freno de los acontecimientos, guiando a Hitler en la conducción política y militar del Tercer Reich. Con base en citas del filósofo Arthur Schopenhauer, Borrego sostiene que la voluntad es “la espina dorsal del espíritu”, capaz de decidir tanto victorias militares como el destino de naciones enteras, por lo que la considera uno de los factores impersonales que deciden el curso de la historia, es decir, como fuerza supra-histórica o trascendente que se manifiesta a través de los individuos, al igual que la Providencia.

¹³ *Ídem.*

2.2 La historia como tragedia mundial

Uno de los ejes de la narración en *D.m.* gira en torno a la ofensiva del ejército alemán contra la Unión Soviética. El fracaso de esta cruzada, que da título al libro, es visto como una tragedia porque posibilitó la supervivencia y expansión del “marxismo israelita”, que Borrego considera un mal bíblico de proporciones globales. Una idea similar, aunque sin implicaciones antisemitas, apocalípticas, religiosas y propagandísticas, fue sugerida por el historiador alemán Andreas Hillgruber en su libro de 1986 *Dos clases de hundimiento: La caída del Reich Alemán y la destrucción de la judería europea*. De acuerdo con Perry Anderson, en ese libro Hillgruber se propuso “exaltar la expulsión de los alemanes orientales también a la categoría de tragedia, si bien de otro tipo, e históricamente adyacente a la primera [el fin de la “judería europea”].¹⁴ Sobre este punto, el historiador Hayden White sostiene que el libro de Hillgruber fue injustamente criticado por emplear para su narración una trama que no es aceptable, es decir, que compromete la objetividad de los hechos que narra al presentar la debacle del ejército alemán como una tragedia:

Hillgruber sugiere que, aun cuando el Tercer Reich carecía de un propósito noble como para que se pueda tildar de “tragedia” su “destrucción”, la defensa del frente oriental por parte de la *Wehrmacht* entre 1944 y 1945 podría ser adecuadamente entramada –y sin violentar los hechos– como un relato “trágico”.¹⁵

¹⁴ Perry Anderson, “Sobre el entramado: dos clases de hundimiento”, *En torno a los límites de la representación: el nazismo y la solución final*, Argentina, Universidad Nacional de Quilmes, 2007, p. 96.

¹⁵ Hayden White, “El entramado histórico y el problema de la verdad”, *ibídem*, p. 75.

Con base en estos criterios, y en tanto que historia narrativa de la guerra, puede establecerse un paralelo entre *D.m.* y *Dos clases de hundimiento*, ya que ambos abordan la lucha de la *Wehrmacht* en el frente oriental y el destino de los judíos alemanes (la “destrucción de la judería europea”, en el caso de Hillgruber, y “el cuento de los seis millones” –el Holocausto–, según Borrego). Ambas obras presentan la desintegración del frente oriental como una tragedia, con la salvedad de que para Borrego, aquélla no se restringe al ámbito europeo.¹⁶

En *D.m.* impera la idea de un destino que puede traicionarse o perseguirse dependiendo de la postura política que se adopte. Se narra la destrucción del Tercer Reich como la tragedia o negación de un destino considerado providencial: la victoria final del cristianismo en su lucha apocalíptica contra el judaísmo. A este respecto, las palabras de Vasconcelos (“menos mal que necesidades políticas o geográficas nos hayan llevado a participar en conflictos que son ajenos a nuestro destino histórico”,¹⁷) expresadas en el “Prólogo”, son representativas de la idea que Borrego tenía del papel del destino en la historia. Cuando escribe sobre la oposición que se organizó dentro y fuera del Tercer Reich para socavar su

¹⁶ En la bibliografía de *Derrota mundial* figura el título “Los Aliados de Hitler”, atribuido a un “Dr. Hillgruber”. Aunque no aparecen ni el nombre completo del autor ni cita alguna de sus trabajos, es probable que Borrego se refiera a la obra de 1954 *Hitler, König Carol und Marschall Antonescu: die deutsch-rumänischen Beziehungen, 1938–1944 (Hitler, el rey Carlos y el mariscal Antonescu: la relación germano-rumana 1938–1944)* de Andreas Hillgruber (de la cual no existe traducción al español). Puede conjeturarse que, para una de las sucesivas reediciones de *Derrota mundial*, Borrego tomara nota del revuelo provocado por el libro *Dos clases de hundimiento* durante la controversia historiográfica conocida como *Historikerstreit* y, al reconocer las similitudes entre dicha obra y su propio trabajo, enmendara *Derrota mundial* en concordancia y añadiera a su bibliografía la referencia al libro “Los Aliados de Hitler” del “Dr. Hillgruber”. En este caso, ésta última obra podría tratarse de una versión sintetizada o no autorizada (en español) de los trabajos del historiador alemán. La única y probable referencia a “Los Aliados de Hitler” en *Derrota mundial* son las líneas siguientes: “en una ocasión [Hitler] le pidió [a Antonescu] que los judíos que vivían en Rumania fueran conducidos al Reich, donde se ejercería mayor vigilancia sobre ellos, pero Antonescu se negó”, Borrego, *Derrota mundial*, *op. cit.*, p. 492.

¹⁷ Vasconcelos, “Prólogo”, en Borrego, *Ibidem*, p. 5.

esfuerzo bélico, Borrego sugiere que el destino de Alemania era ineludiblemente de lucha y confrontación, destino que resulta trágicamente malogrado.¹⁸

En este mismo contexto, el “inconfesado propósito de interponer a Occidente entre el nacionalsocialismo alemán y el bolchevismo soviético”, supuesto empeño del “judaísmo internacional”, constituye un atentado contra el destino histórico de Alemania.¹⁹ Por otro lado, Francia, Inglaterra y Estados Unidos, naciones caracterizadas por Borrego como cristianas o “creyentes”, violentaron su destino al participar en la guerra, cuyo resultado se tradujo en decadencia y corrupción como castigo por haber evitado que Alemania marchara exitosamente contra el “judeo-bolchevismo”.

El argumento anterior ilustra cómo entiende Borrego el devenir histórico: sobre la idea que “todas [las] incógnitas se despejan enseguida al observar el desarrollo de los hechos y al ver cómo los países occidentales fueron empujados sucesivamente en favor de los intereses judeo-marxistas”,²⁰ Borrego afirma que Occidente se lanzó contra el nazismo en un movimiento táctico fundamentalmente insensato y traicionó su destino histórico al no apoyar a Alemania en su cruzada antijudía. La creencia de que la guerra contra Alemania era y resultó perjudicial se basa en la premisa de que Occidente atentó contra sí mismo, es decir, que frustró su destino histórico al interrumpir la marcha alemana contra el judaísmo, marcha que Borrego juzga providencial.

¹⁸ Ello explica, por ejemplo, que al referirse a “el general Ludwig Beck, que hasta octubre de 1938 sostenía la irrealizable tesis de que el ejército alemán no debería combatir contra nadie”, Borrego utilice la palabra “irrealizable” para valorar la pretensión de que Alemania no persiguiera su pretendido destino histórico de adquirir “espacio vital” a expensas de la URSS, *Ibidem*, p. 99.

¹⁹ *Ibidem*, p. 108.

²⁰ *Ibidem*, p. 67.

2.3 Crítica a las fuentes de *Derrota mundial*

El manejo de fuentes históricas por parte de Borrego asemeja su trabajo al de otros negacionistas que han escrito con posterioridad. En particular, puede establecerse un paralelo entre su obra y la de David Irving, autor de *Hitler's War* (1977). Ambos componen vastas narrativas de naturaleza pretendidamente histórica con la finalidad de presentar al nazismo bajo una luz muy favorable. Sin embargo, proveen referencias incompletas para corroborar sus fuentes, y en ocasiones éstas han sido reconocidas como falsificaciones, como el llamado *Reporte Leuchter*, que avala de forma fraudulenta los resultados de investigaciones pseudo-científicas sobre la existencia y capacidades técnicas de las cámaras de gas en Auschwitz, en el caso de Irving, o las referencias a *Los Protocolos de los Sabios de Sión*, en el caso de Borrego.

Una de las principales características del negacionismo es su preocupación por dar a sus textos un aura de respetabilidad académica, y es por ello que Borrego dota a sus escritos de copiosos aparatos críticos y bibliográficos. Sin embargo, esto lo hace de forma descuidada e incompleta: en sus obras abundan, por ejemplo, citas de supuestos periódicos rusos, suizos, franceses y soviéticos sin ofrecer información acerca del idioma o lugar en que se han consultado. De igual forma, aparecen citados en extenso discursos de Hitler frente al *Reichstag*, arengas a sus tropas y supuestas conversaciones con sus íntimos sin que se indique la procedencia de tales textos.²¹

²¹ En *D.m.* son frecuentes las expresiones de este tipo: "Después de prolijas investigaciones históricas", "Según se desprende del examen de los archivos alemanes", "Hitler dijo ante el Reichstag", "al día siguiente, la prensa alemana anunciaba", "Hitler arengó a sus tropas el 21 de diciembre", "lo revelan numerosos documentos de origen británico", "el jefe de la policía [de

Borrego considera válidas dichas fuentes sólo porque vituperan a los judíos, y no indica su procedencia de manera precisa. Cuando ofrece referencias, éstas son incompletas y delatan su origen ficticio o fraudulento, como con la “Correspondencia confidencial entre Hitler y Mussolini”, “El diario militar de Hitler”, el “Diario personal” de Eva Brown, los “Documentos diplomáticos confidenciales” del “Ministerio de Relaciones Exteriores de Polonia (capturados por Alemania)”,²² “Los Horrores Polacos”, del “Ministerio de Relaciones Exteriores del Reich”,²³ y los supuestos reportes policiales y documentos oficiales de varios ministerios nazis, cuya disponibilidad en Occidente y en español entre 1945 y 1953 es muy improbable. En la práctica, resulta imposible corroborar el origen de estos documentos. Por ello, la obra de Borrego se asemeja a la de otros negacionistas, cuyo uso incidental o intencional de fuentes apócrifas está bien documentado.

Por otro lado, Borrego también emplea textos producidos en México, como el “Resumen Histórico de Rusia”, del “Tte. Coronel Ing. Carlos R. Berzunza” de la Escuela Superior de Guerra, del que extrae casi toda su información para la historia y el contexto rusos. Plagado de inexactitudes graves que repite sin más,²⁴ de este documento recoge varias de las sentencias monolíticas que utiliza para caracterizar al pueblo ruso como profundamente místico e incivilizado, naturalmente propenso a la violencia y al sufrimiento estoico.

En un caso notable de tergiversación de fuentes, Borrego se sirve del trabajo del geógrafo británico Harold Mackinder para afirmar que Alemania era un

Hamburgo] rindió un informe al alto mando que decía”, “En el diario de Eva Braun figuraba la transcripción de la siguiente carta de Hitler”, etc., expresiones todas igualmente inverificables.

²² Borrego, *Derrota mundial*, *op. cit.*, p. 112.

²³ *Ibidem*, p. 122.

²⁴ Por ejemplo, la afirmación de que “en el Ayuntamiento de Moscú, en vez de la imagen que se veneraba, se inscribió la frase de Lenin: **La religión es el opio del pueblo**”. *Ibidem*, p. 27.

país encapsulado al interior de Europa, cuya única alternativa para sobrevivir era obtener “espacio vital” a expensas de la Unión Soviética. Citando de forma fragmentada e inexacta (y en español) el artículo de Mackinder “The Geographical Pivot of History” (1904), Borrego emula una corriente del conservadurismo germano,²⁵ según la cual Alemania ha sido desde antiguo “la tierra de en medio” en Europa y puente o mediador con Asia, siempre a merced de amenazas británicas, francesas o rusas contra su integridad territorial.²⁶ Al citarlo, Borrego distorsiona las palabras de Mackinder para justificar las ambiciones nazis de expansión territorial y afirmar que “el marxismo escogió bien su base de operaciones” al asentarse en Rusia.

Debe señalarse que Mackinder no describió al eje geográfico de la historia como “la mayor fortaleza natural del planeta”, ni afirmó que Rusia era el corazón del mundo por ser “el sitio desde el cual todos los continentes se encuentran a la menor distancia posible”, según lo cita Borrego. En todo caso, Mackinder escribió que “Rusia puede atacar en cualquier dirección y ser atacada desde cualquier punto, excepto desde el norte”.²⁷ Las palabras: “Quien rige sobre el Corazón de la Tierra, domina la isla del Mundo; quien rige sobre la Isla del Mundo domina el

²⁵ Charles Maier, *The Unmasterable Past. History, Holocaust, and German National Identity*, Harvard University Press, 1998 [edición electrónica], loc. 360.

²⁶ Aquí se reproduce un fragmento del artículo original de Mackinder, traducido al español, quien lejos de obviar un caso de determinismo geográfico, se propone “describir aquellos rasgos físicos del mundo que considero han sido más determinantes para la acción humana, y presentar algunas de las fases principales de la historia conectada orgánicamente con ellos, incluso para las épocas en que aquellos eran desconocidos para la geografía. Mi objetivo no será discutir la influencia de éste o aquél rasgo geográfico, ni hacer un estudio en geografía regional, sino exponer la historia humana como parte de la vida del organismo mundial. Reconozco que solo puedo acceder a una parte de la verdad, y no tengo deseos de ahondar en un materialismo excesivo. Es el hombre y no la naturaleza quien acciona, pero es gran medida es ésta última la que controla. Mi interés reside en el control físico general más que con las causas de la historia universal”. Halford J. Mackinder, “The Geographical Pivot of History”, en *The Geographical Journal*, Royal Geographical Society, No. 4, Vol. XXIII, abril de 1904.

²⁷ *Ibidem*, p. 436.

Mundo”, atribuidas por Borrego a Mackinder, tampoco aparecen en el artículo. Puede afirmarse que el abuso del artículo “The Geographical Pivot of History” constituye un ejemplo paradigmático del uso deshonesto de fuentes al que Borrego recurre frecuentemente en *D.m.*

2.4 Criterios de verdad: los profetas en la historia

En su “Prólogo”, Vasconcelos calificó a *D.m.* como un libro profético, pues juzgaba que “el curso de los sucesos ha confirmado sus predicciones”.²⁸ El manejo de fuentes por parte de Borrego otorga poder profético o performativo a las palabras, proceso que las transforma en hechos concretos, no obstante la advertencia del propio Borrego de que “al fin las palabras no son actos”.²⁹ En su libro *El gran código*, el crítico literario Northrop Frye describe así un proceso análogo, propio del tipo de lenguaje que identifica como metafórico:

La articulación de las palabras puede hacer surgir este poder en común; de ahí que se desarrolle cierta magia, en la cual los elementos verbales, el “hechizo”, el “conjuro”, etcétera, tienen el papel central. Uno de los corolarios de este principio es que puede existir una magia potencial en la utilización de las palabras. Las palabras, en ese contexto, poseen fuerzas dinámicas.³⁰

Para Frye, en la utilización metafórica del lenguaje “no existe una división clara entre el orden de las palabras y el orden de las cosas”.³¹ Borrego atribuye poder y autoridad a sus fuentes cuando se expresan en términos que considera

²⁸ Vasconcelos, “Prólogo”, en Borrego, *Derrota mundial*, *op. cit.*, p. 6.

²⁹ *Ibidem*, p. 139.

³⁰ Northrop Frye, *El gran código. Una lectura mitológica y literaria de la Biblia*, Gedisa, Barcelona, 1988, p. 30.

³¹ *Ibidem*, p. 38.

proféticos, y la enunciación lapidaria de juicios y sentencias por “profetas”, entre quienes se encuentran Karl Marx, Arthur Schopenhauer, Friedrich Nietzsche, Henry Ford y Adolf Hitler, subordina de forma implacable el porvenir a esas fuerzas dinámicas de las palabras, además de darle sentido y determinarlo.

La categoría de profeta aparece en *D.m.* para enfatizar la capacidad que se atribuye a varias figuras históricas para prever y modelar con su discurso el rumbo de acontecimientos posteriores.³² Para Borrego, dicho arquetipo está compuesto de dos categorías: los “profetas del judaísmo” (Marx, Theodor Herzl, Stephen Weiz), y quienes vituperan a los judíos, como Schopenhauer, Nietzsche (según los cita Borrego), Ford y Hitler. Siguiendo la analogía de Frye con los textos bíblicos, las sentencias de los profetas en *D.m.* son agentes de poder creativo que tienen incidencia efectiva en el devenir histórico, y sus fuentes (los profetas del segundo grupo) son veraces porque son antisemitas. Borrego imbrica sus palabras en un mecanismo propagandístico, en el que la veracidad de cualquier afirmación es materia secundaria. De acuerdo con Frye, “como ocurre con cualquier otra forma de propaganda, lo verdadero es lo que el autor cree que debe ser verdadero; la sensación de urgencia en la escritura se libera mucho más al no estar obstaculizada por la confusión de lo que pudo haber ocurrido en la realidad”.³³

³² El historiador Ian Kershaw ha sugerido que la categoría de profeta fue empleada por el propio Hitler para referirse a sí mismo entre 1919 y 1923, periodo en que aquél se veía como heraldo o profeta (el “chico del tambor” o “*the drummer*”) que anunciaba la llegada del *Führer* o líder nacional autoritario esperado por la derecha nacionalista alemana. Para Kershaw, antes de 1923 Hitler todavía no se concebía a sí mismo como dicho *Führer*, y sólo tras su encarcelamiento en 1924 llegaría a concebirse en ese papel, es decir, ya no como Profeta, sino como Mesías. Véase el sexto capítulo (“El tambor”) de la biografía de Kershaw *Hitler: 1889-1936. Hubris*, Barcelona, Península, 2009.

³³ Northrop Frye, *op. cit.*, p. 65.

Seguendo a Frye, puede afirmarse que *D.m.*, aunque no carece de un sentido y propósito históricos, no es tal en un sentido estricto, sino propaganda, y por ello sus criterios de verdad y evidencia son diferentes a aquellos comúnmente aceptados para la práctica histórica. Al respecto, Frye escribe que:

Si el elemento histórico de la Biblia fuera una narración minuciosa, inexacta e imperfecta, podríamos entender la importancia de reconstruir totalmente dicha historia. Más cuando demuestra un repudio tan grande hacia todo lo que estamos acostumbrados a considerar la realidad histórica probada, tal vez debamos buscar categorías y criterios completamente diferentes.³⁴

De esta forma, *D.m.* tiene un sentido y una explicación históricas, así como un principio y un final claros para su narrativa, pero los criterios para su análisis no pueden ser los mismos que se aplicarían a una historia convencional, académica o rigurosa de la Segunda Guerra Mundial, el antisemitismo o el Holocausto. En este sentido, resulta más útil la categoría de “pasado práctico” según la plantea Hayden White. Para este autor, dicho pasado “concieme no tanto al establecimiento de hechos definitivos en un asunto determinado como a proveer la base sobre la cual cimentar cursos de acción en el presente”,³⁵ que es precisamente el uso del pasado del que (inadvertidamente) Borrego se sirve en *D.m.* Por su parte, el historiador y filósofo Michael Oakeshott, creador del concepto de “pasado práctico”, afirmaba que dicho pasado sería aquél “al que la gente, como individuos o miembros de cierto grupo, acude para orientarse, hacer valoraciones y tomar

³⁴ *Ibíd.*, p. 68.

³⁵ Hayden White, *The Practical Past*, Northwestern University Press, 2014, loc. 281.

decisiones, tanto en la vida cotidiana como en situaciones extremas”.³⁶ En este sentido, Borrego toma como referente los valores nazis para ilustrar el tipo de sociedad mexicana que juzgaba ideal: militarista, corporativa y antisemita.

El carácter profético/propagandístico de *D.m.* se vuelve evidente cuando se afirma que Nietzsche, una de “esas pocas mentes que sobre el hombro de una época vislumbraban destellos del futuro político”,³⁷ ya había advertido sobre la potencial expansión rusa sobre Europa (perspectiva que a Borrego le parecía apremiante a principios de los años cincuenta), por lo que hace decir al filósofo: “Yo desearía que la amenaza rusa creciera para que Europa se pusiera en defensa y se uniera en una voluntad duradera y terrible para fijarse una meta de milenios”.³⁸ Así, el papel meramente defensivo del nazismo como reacción legítima ante el temor del expansionismo soviético encuentra en Nietzsche una prefiguración y justificación históricas. Según Frye, este proceso corresponde a una etapa del uso del lenguaje en el que “la palabra era un elemento de poder creativo”.³⁹ Para Borrego, la naturaleza profética de las palabras de Nietzsche adquiere toda su fuerza dinámica (o poder creativo) cuando el filósofo escribe sobre los judíos y su papel en el futuro de Europa:

³⁶ *Ibidem*, loc. 80. Aunque el concepto de pasado práctico, tal como lo reintroduce Hayden White, vindica un sentido de utilidad (en contra de la formulación original de Oakeshott, quien contraponía desfavorablemente el pasado práctico al “pasado histórico”, en tanto que este último era una construcción teórica, basada en evidencia y el primero carecía de valor “científico”), White sostiene que el pasado práctico es útil en tanto que provee de una guía para la acción en el presente, misma “que sirve como una base para la evaluación de la clase de percepciones, solución de problemas y juicios de valor que debemos hacer en situaciones del acontecer diario del tipo que nunca experimentaron los ‘héroes’ de la historia”.

³⁷ Borrego, *Derrota mundial*, *op. cit.*, p.11.

³⁸ *Ídem*.

³⁹ Frye, *El gran código*, *op. cit.*, p. 42.

es curioso observar que en 1886 Nietzsche había previsto en “Más Allá del Bien y del Mal”; “Alemania está indigesta de hebreos... Los hebreos son sin disputa la raza más tenaz y genuina que vive en Europa. Saben abrirse paso en las peores condiciones, quizá mejor que en las condiciones favorables. Un pensador que medite sobre el porvenir de Europa deberá contar con los hebreos y con los rusos como los factores más probables y seguros en esta gran lucha”.⁴⁰

La atribución de propiedades mágico-religiosas a las palabras de los autores que cita es una de las razones por las que Borrego es selectivo y parcial en el uso de fuentes históricas. Su convencimiento de que los judíos son los creadores del marxismo y los dirigentes de la Unión Soviética se apuntala, en parte, en el carácter supuestamente profético o visionario de las palabras de Nietzsche, quien parece otorgar en *D.m.* una futura preponderancia al binomio ruso/judío en el destino de Europa. En este caso particular, y en tanto que no precisa las ediciones, no es posible identificar la versión de *Más allá del bien y del mal* empleada por Borrego. Sin embargo, debe señalarse que el fragmento de Nietzsche es originalmente mucho más extenso y concluye con una sentencia del filósofo alemán en sentido favorable al judaísmo europeo: “Que los judíos, si quisieran –o si se los coaccionase a ello, como parecen querer los antisemitas– *podrían* detentar ahora ya la preponderancia, más aún, hablando de modo completamente literal, el dominio de Europa, eso es una cosa segura; y también lo es que *no* trabajan ni hacen planes en ese sentido”.⁴¹ Como Borrego otorga autoridad a las palabras de Nietzsche, se ve forzado a mutilar su texto y omitir las palabras inmediatamente posteriores al fragmento arriba citado, según el cual “tal

⁴⁰ Borrego, *Derrota mundial, op. cit.*, p. 42.

⁴¹ Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, México, Alianza Editorial, 1972, p. 207.

vez fuera útil y oportuno desterrar a todos los voceadores antisemitas del país [Alemania]”, en consideración a las tendencias de los judíos de entonces a asimilarse con la población germana.⁴² Para Borrego, *todas* las palabras y sentencias del filósofo alemán conllevan autoridad (o en este caso, verdad), por lo que omite aquellas que se refieren al judaísmo en términos favorables.

La atribución de poder creativo a las fuentes en *D.m.* resulta evidente cuando se refieren a los judíos, o si son de la autoría de supuestos judíos. Por ejemplo, Karl Marx no sólo habría delineado la doctrina del materialismo histórico que dio origen al bolchevismo, sino que la “‘revolución mundial’ fue profetizada por Marx”.⁴³ De igual forma se aborda a Theodor Herzl, creador del movimiento sionista, a quien Borrego llama “profeta del semitismo”, no obstante el carácter liberal, emancipado y laico que privaba en su vida personal y práctica política:

uno de los modernos profetas del semitismo, Teodoro Herzl, ya había advertido antes del triunfo de la revolución rusa: “Somos una nación, un pueblo. Cuando los judíos nos hundamos, seremos revolucionarios, seremos los suboficiales de los partidos revolucionarios. Al elevarnos nosotros subirá también el inmarcesible poder del dinero judío (“Un Estado Judío”)⁴⁴

Para Borrego, en tanto que arquitecto de dicho estado, Herzl era un profeta, y sus palabras tenían autoridad.⁴⁵ Debe señalarse que las supuestas citas son en extremo similares al estilo de *Los Protocolos de los Sabios de Sión*

⁴² *Ídem.*

⁴³ Borrego, *Derrota mundial, op. cit.*, p. 67.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 23.

⁴⁵ Borrego escribe: “Y el profeta israelita Teodoro Herzl afirmaba en 1904: ‘**De Gran Bretaña llegará un gran bien para Sión y para el pueblo judío**’”. *Ibidem*, p. 143. El subrayado de intención (negritas) aparece en el original.

(publicados menos de veinte años después del libro de Herzl y citado por Borrego en repetidas ocasiones), panfleto que describe el estado totalitario que supuestamente impondrían los judíos tras la destrucción del cristianismo.

La rehabilitación histórica de Adolf Hitler, uno de los objetivos explícitos de Borrego y de la literatura negacionista en general, precisa de la concesión al líder del Tercer Reich del mismo poder de previsión y configuración histórica investido sobre los “profetas del judaísmo”. En este contexto, el carácter profético atribuido a Hitler contradice la forma contemporánea y predominante de utilización del lenguaje, que Northrop Frye designa como descriptiva o realista. Para este autor, esa contradicción explica la naturaleza ilusoria de la propaganda, que desdeña

la distinción entre la realidad y la ilusión; la publicidad y la propaganda contienen la intención deliberada de crear una ilusión. Así, constituyen para nosotros una especie de antilenguaje, en especial en los discursos de los llamados líderes carismáticos, que establecen una forma de hipnosis de masa. Cuando este tipo de oratoria finge ser o cree que es racional, adopta cierta tergiversación muy característica, que proviene del deseo de arribar por anticipado a determinadas conclusiones, a pesar de lo que sugiera la evidencia.⁴⁶

La descripción detallada de Hitler que aparece en *D.m.* se aborda en el siguiente apartado de este capítulo. Por lo pronto, debe enfatizarse el carácter mágico que Borrego atribuye a las palabras de aquél. La frase “Hitler proclamó” aparece repetidas veces en *D.m.* asociada a cambios rotundos e ineludibles en la realidad social, cultural, política y económica de Alemania. Dado que la política racista e imperialista de Hitler tuvo consecuencias de enorme trascendencia para

⁴⁶ Frye, *El gran código*, *op. cit.*, p. 54.

millones de personas, Borrego deduce que las palabras de aquél tuvieron una incidencia efectiva, inmediata y automática en la realidad.⁴⁷ Esta forma de validar el discurso es esencial porque una de las estrategias negacionistas más importantes, que se discutirá en detalle más adelante, clama por la presentación de una orden escrita de Hitler para el exterminio de los judíos. Aunque no se tiene evidencia de la existencia un documento semejante, los negacionistas sostienen que el Holocausto adquiriría un carácter "verdadero" de estar sancionado por la firma o las palabras de Hitler.⁴⁸

Por otro lado, Borrego también cita al argentino Gustavo Adolfo Martínez Zuviría, quien bajo el seudónimo "Hugo Wast" publicó en 1935 el libro de corte antisemita *El Kahal*. El fragmento que se reproduce a continuación es paradigmático de los criterios que Borrego emplea para establecer la validez de sus "fuentes proféticas", y denota un gran parecido con el tono ominoso y amenazador de *Los Protocolos de los Sabios de Sión*:

⁴⁷ Como ejemplo, considérese lo que Borrego escribe sobre la intervención de Hitler en la economía Alemana. Según aquél, "Hitler había proclamado que la riqueza no es el oro, sino el trabajo, y con la realidad palpable de los hechos estaba demostrándolo así". Para Borrego, gracias a esta proclama de Hitler "la economía nacional socialista [...] se aventuró por un nuevo camino ante los ojos incrédulos del mundo". Sugiriendo que las palabras de Hitler "conmovían las nociones más sólidamente establecidas de la ciencia económica", Borrego concede a aquél la capacidad de incidir de forma dramática sobre la realidad con el sólo acto de la enunciación: "Hitler proclamó: **No tenemos oro, pero el oro de Alemania es la capacidad de trabajo del pueblo alemán... La riqueza no es el dinero, sino el trabajo**". Borrego, *Derrota mundial, op. cit.*, p. 82. El subrayado de intención (negritas) aparece en el original.

⁴⁸ El exponente más conocido de estas propuestas es el británico David Irving. Su libro de 1977, *Hitler's War*, oscila entre demandar la presentación de una orden escrita (cuya supuesta inexistencia invalida o desmiente el Holocausto), y sostener que Hitler intentó en vano parar las masacres.

Hugo Wast pone en boca de los propagandistas judíos las siguientes palabras: “Dominamos la mayoría de los grandes diarios, y de las agencias de publicidad y gobernamos los nervios de la humanidad. Asesinad cristianos en México, en España, en Rusia; eso no tiene importancia, no lo publican nuestras agencias ni lo publican nuestros diarios, atropellad un judío en Alemania o en Polonia, y escucharéis la grito del mundo: intolerancia, pogrom, antisemitismo. Y el mundo, que no ha llorado el martirio de un millón de cristianos en Rusia, rasgará sus vestidos porque a un profesor israelita le han quitado en Berlín una cátedra”.⁴⁹

En este caso, Borrego reconoce y pasa por alto, de forma simultánea y contradictoria, la naturaleza panfletaria y apócrifa de una obra que “pone palabras en boca de los judíos” con base en el criterio de que dichas palabras, al denostar a estos últimos, se invisten automáticamente de autoridad y validez “profética”.

3. Salvador Borrego y la Segunda Guerra Mundial

3.1 El imperio ruso, la Unión Soviética y el bolchevismo

La apología negacionista del nazismo precisa de representar el carácter nacional y la historia ruso/soviéticas como una amenaza para Occidente. *D.m.* es un ejemplo acabado de propaganda anticomunista nazi que refuerza estereotipos sobre rasgos supuestamente inherentes a los rusos y los soviéticos que representan un peligro para la civilización occidental-cristiana según la entiende Borrego, y que justifican el sojuzgamiento de la URSS planeado por el nazismo.

En *D.m.*, la Segunda Guerra Mundial es ininteligible si no se lee como el engaño perpetrado por el “movimiento político judío” para arrastrar a Occidente a defender a los soviéticos de una justificada agresión alemana. En este sentido,

⁴⁹ Borrego, *Derrota mundial*, op. cit., p. 118.

responde a los postulados negacionistas según los cuales la Unión Soviética constituía un foco de degeneración moral y política y un peligro para Occidente que el nazismo se vio obligado a conjurar mediante un ataque preventivo.

Borrego retrata unidimensionalmente a los países involucrados en la guerra como fuerzas históricas, impersonales, síntesis de virtudes y aspiraciones heroicas en un estado de pureza originaria antes de contaminarse con la influencia del judaísmo. Así, el imperio ruso aparece como un ejemplo de progreso y orden, gracias a cuyas tradiciones monárquicas y religiosas constituía una patria, concepto que Borrego entiende y admira como aquella entidad en la que los elementos raciales y religiosos tienen un carácter uniforme. Dicha unidad habría sido destruida en 1917 por el movimiento “revolucionario marxista”, pérdida que Borrego lamenta citando nuevamente a Nietzsche, para quien, según aquél, Rusia era el lugar en el que “la fuerza de voluntad” se encontraba más desarrollada.

Borrego sostiene (sin indicar fuentes) que “son innumerables los investigadores que habiendo estudiado la psicología del ruso coinciden en que bajo su dureza acorazada por el sufrimiento de siglos y que bajo su crueldad propia de los caracteres primitivos, late un vigoroso sentimiento místico”,⁵⁰ carácter supuestamente vulnerado por la injerencia judía. De igual forma, la génesis del comunismo es de innegable origen judío, ya que las doctrinas del “judío Marx”, tras fracasar en su intento de corromper el espíritu alemán, encontraron un ambiente propicio en el imperio ruso. Según esta lógica, las doctrinas marxistas originaron la escisión entre los “agitadores hebreos” que dio

⁵⁰ *Ibidem*, p. 25.

paso a la creación de las facciones bolchevique y menchevique.⁵¹ Borrego escribe que “los orígenes antirreligiosos del bolchevismo son evidentes” y la amenaza a la civilización cristiana de Occidente es mayúscula (a pesar de que, aunque la agenda anticlerical de los bolcheviques era ciertamente una parte sustancial de su proyecto de ingeniería social, estaba lejos de ser su motor principal).⁵²

El antisemitismo en *D.m.* es responsable por la deformación del carácter nacional ruso que el propio Borrego se había encargado de ofrecer en términos relativamente favorables. Paulatinamente, haciendo énfasis en un proceso de degeneración propio de la retórica nazi, da paso a la imagen de las “masas soviéticas” carentes de opinión propia, violentas y anticristianas, víctimas del engaño bolchevique. En la propaganda anticomunista y negacionista, estos contingentes embrutecidos, incapaces de redención, son blanco legítimo de destrucción por parte del régimen nazi.

La condena negacionista del bolchevismo lleva en último término a la demonización del pueblo soviético en su conjunto. Este proceso resulta evidente cuando se afirma que “en los altos círculos alemanes, y particularmente en Hitler, privaba la idea de que el bolchevismo y el pueblo ruso se hallaban tan mezclados que no era posible tratar separadamente con este último”.⁵³ Se recurre aquí a una

⁵¹ Aunque ciertamente había judíos entre los líderes comunistas, como León Trotsky, Borrego insiste en que dicho movimiento era enteramente judío, y prueba de ello sería la legislación contra el antisemitismo que los bolcheviques pusieron en práctica apenas tomaron el poder en Rusia.

⁵² Borrego enfatiza el carácter lesivo (y judío) de la legislación anticlerical bolchevique, en particular de la prohibición para “impartir enseñanza religiosa a menores de 16 años”. Sin embargo, el historiador del conflicto entre bolchevismo y cristianismo en la Unión Soviética en la década de 1920, Paul Gabel, ofrece un cuadro de radicalización gradual para dicho periodo. Según este autor, en 1922, efectivamente, estaba penado por ley el empleo de menores de 18 años en instituciones eclesiásticas, que por entonces seguían operando aunque bajo onerosas cargas fiscales. Véase Paul Gabel, *And God Created Lenin. Marxism vs. Religion in Russia, 1917-1929*, Prometheus Books, 2005 [edición electrónica], loc. 2184.

⁵³ Borrego, *Derrota mundial*, *op. cit.*, p. 263.

estrategia discursiva propia del negacionismo más tardío que distingue entre el pueblo soviético y sus líderes para sostener que “los rusos fueron engañados por los rojos”.⁵⁴ Para Deborah Lipstadt, este argumento, al que se vuelve en los casos de Estados Unidos e Inglaterra, sienta el precedente para una valoración favorable del pueblo alemán en la posguerra como una víctima tanto de la retórica y el liderazgo nazi como de las vejaciones Aliadas entre 1945 y 1948.

La distinción entre los pueblos y sus líderes sirve al negacionismo para afirmar que las élites Aliadas engañaron a sus ciudadanos para hacer la guerra a Alemania. Esta nación, al verse enfrentada contra su voluntad a gobiernos hostiles y a masas desinformadas de “idiotas útiles”, se vio entonces facultada para hacerles frente de forma legítima, con todos los medios ofensivos y defensivos a su disposición. Por lo anterior, Borrego sostiene que “[Hitler y sus seguidores] se declaraban enemigos de las masas soviéticas, a las que consideraban ya como instrumento de aquél movimiento [el bolchevismo], carentes de voluntad y destino propio”.⁵⁵ Al caracterizar así al pueblo soviético, Borrego reelabora la justificación ideológica del nazismo para avanzar sobre la URSS y sojuzgar a las naciones eslavas que, como supuestos títeres de los bolcheviques, al “no ser dueños de su voluntad y de su destino”, se convertían automáticamente en blancos legítimos de exterminio.⁵⁶ En este escenario, y bajo la lógica de que el bolchevismo es una creación “israelita”, el genocidio judío se encuentra justificado.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 22.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 42.

⁵⁶ Borrego anticipa aquí la descripción y apología de un proceso que puede identificarse como uno de los antecedentes del Holocausto. Cuando escribe que “el comunismo organizó millones de saboteadores a retaguardia de las líneas alemanas y era muy difícil hacer distinciones entre la población pacífica y los saboteadores emboscados”, se refiere a los fusilamientos masivos de judíos que ocurrieron a retaguardia del avance militar alemán a partir de 1941.

3.2 Los Estados Unidos e Inglaterra

El concepto falaz de las “masas carentes de opinión propia” justifica el aserto negacionista de que la propaganda judía engañó a Occidente para atacar a Alemania. De acuerdo con Deborah Lipstadt, “entre los revisionistas históricos de la segunda posguerra había extremistas que compartían la creencia de que una conspiración militar y política de enormes proporciones había sido perpetrada para arrastrar a los Estados Unidos a la guerra”.⁵⁷ Para Borrego, la “masa católica norteamericana” compartía el antibolchevismo nazi y “deseaba vivamente mantenerse al margen” del conflicto, y que “la opinión pública norteamericana simpatizaba con los rusos antibolcheviques y quería que se les ayudara, pero entonces toda la prensa influida por judíos se dedicó a desinformar al pueblo de Estados Unidos”.⁵⁸ Sobre este tema, el historiador Jaques R. Pauwels escribe que, en un primer momento, las élites económicas y políticas estadounidenses vieron con buenos ojos al nazismo por su antisindicalismo y porque ofreció (mediante el rearme) sustanciales oportunidades económicas. Al mismo tiempo, dichas élites temían al bolchevismo y a su retórica anticapitalista, fuente de agitación para los obreros estadounidenses. Según Pauwels, “para las élites americanas que decidían la política en E.E.U.U., el bolchevismo era peligroso, mientras que el fascismo, incluido el nazismo de Hitler, no lo era. Es más, el fascismo en general y el alemán en particular, ofrecían una solución al problema del peligro rojo”.⁵⁹ Eludiendo sus implicaciones económicas, Borrego repite el argumento: “La traición

⁵⁷ Lipstadt, *Denying the Holocaust*, op. cit., loc. 795.

⁵⁸ Borrego, *Derrota mundial*, op. cit., p. 22.

⁵⁹ Jaques R. Pauwels, *El mito de la guerra buena. E.E.U.U. en la Segunda Guerra Mundial*, Editorial Hiru, Guipúzcoa, 2004, p. 53.

de Roosevelt al pueblo norteamericano y al mundo occidental se inició en 1933 con su insidiosa fórmula de que el nacionalsocialismo alemán –y no el marxismo judío– era una amenaza para occidente”.⁶⁰

En *D.m.*, el pueblo norteamericano es retratado como fervientemente católico, “amante de la libertad, creyente y respetuoso de la vida humana”. Esta imagen ofrece un contraste con el “régimen sanguinario y ateísta de Moscú”⁶¹ para afirmar que la opinión pública en Estados Unidos, al no tener nada en común con el bolchevismo (se habla de una carencia de “relaciones espirituales y raciales”), fue engañada para ir a la guerra. Según Borrego, “la meta de esa camarilla era impopular y carecía de apoyo entre los pueblos occidentales, pero entonces la eficaz maquinaria propagandística se puso en marcha”.⁶²

El melifluo engaño de un bando [los Aliados] fue más eficaz para arrastrar pueblos al abismo que la áspera franqueza del otro [el Tercer Reich] para detenerlos en su insensata aventura. Así se consumó el absurdo de que los países occidentales –sin saberlo– lucharan en contra de sus propios ideales y hasta de su propia existencia.⁶³

Lipstadt escribe que “las revistas especializadas y las publicaciones abocadas a la negación del holocausto argumentan que la guerra contra Hitler no sólo fue insensata sino también contraproducente para los intereses norteamericanos. En consecuencia, según los negacionistas, debió haber un

⁶⁰ Borrego, *Derrota mundial*, op. cit., p. 461.

⁶¹ *Ibidem*, p. 73.

⁶² *Ibidem*, p. 115.

⁶³ *Ibidem*, p. 147.

grupo interesado en que la guerra ocurriera”.⁶⁴ Siguiendo a John T. Flynn, cuyo libro de 1948 *The Roosevelt Myth* criticaba duramente la política exterior de dicho presidente, Borrego retrata a Roosevelt como simple marioneta de una “camarilla judía”. Sobre Flynn, Lipstadt escribe lo siguiente:

En su libro “El mito de Roosevelt”, el líder de “Primero Norteamérica” John T. Flynn acusó al presidente Roosevelt de encontrar en la guerra una “magnífica y gloriosa escapatoria para todos los problemas irresueltos del país”. Flynn sostenía que nada se había logrado con la guerra, excepto poner en manos de Stalin los medios para apoderarse de una gran porción del continente europeo.⁶⁵

De acuerdo con Flynn, Roosevelt buscó un pretexto para involucrar a los Estados Unidos en la guerra y distraer a la opinión pública de las consecuencias económicas del *New Deal*. Borrego repite las críticas de Flynn, señalando el punto de contacto entre “el marxismo judío del Kremlin y los prominentes israelitas que rodeaban a Roosevelt”.⁶⁶ Aunque en un principio Borrego presenta a éste como peón de sus consejeros judíos,⁶⁷ en seguida abandona esta idea y lo retrata como un judío “impulsor de la Revolución Mundial”.⁶⁸

El caso de Inglaterra es abordado en *D.m.* bajo una luz similar a la del norteamericano: “en este punto los británicos se hallaban en idéntica situación que

⁶⁴ Lipstadt, *Denying the Holocaust*, op. cit., loc. 815.

⁶⁵ *Ibidem*, loc. 808.

⁶⁶ Borrego, *Derrota mundial*, op. cit., p. 73.

⁶⁷ Para Borrego, “el pueblo norteamericano no quería la guerra [...] pero a pesar de que Estados Unidos era una democracia, Roosevelt no actuaba de conformidad con su pueblo, sino siguiendo los consejos prosoviéticos del grupo israelita que lo rodeaba”. *Ibidem*, p. 138.

⁶⁸ Como contrapeso a los argumentos antisemitas y personalistas de Borrego, puede atenderse la postura de historiadores como Jacques R. Pauwels, para quien “la política de Estados Unidos durante la guerra no puede explicarse en función de los motivos, objetivos y pensamiento del presidente Roosevelt, como usualmente hacen muchos historiadores que todavía suscriben con fe la antigua teoría de que los llamados ‘grandes hombres’ determinan el curso de la historia”. Pauwels, *El mito de la guerra buena*, op. cit., p 27.

los norteamericanos”, ya que “la prensa inglesa azuzaba a la opinión pública para forzarla a la movilización militar, que seguía siendo popularmente rechazada porque el pueblo juzgaba inútil una nueva guerra con Alemania”.⁶⁹ Borrego vuelve a presentar la dicotomía entre el pueblo y los líderes aliados para ilustrar el carácter impopular de la guerra, afirmando que “los gobernantes ingleses –es justo precisar que el pueblo era ajeno a dichas maquinaciones– dieron otra despectiva respuesta al llamado de Hitler y firmaron con Polonia un pacto para prestarle ayuda militar si era atacada por Alemania”.⁷⁰

La idea de que Hitler buscó un arreglo diplomático con los ingleses es un tema recurrente en *D.m.*, y que más tarde pasaría a formar parte del repertorio de los argumentos negacionistas más importantes.⁷¹ Borrego sostiene que “no tenía nada de extraño que Hitler tratara de ganarse la amistad de Inglaterra y Churchill aún antes de que llegara a la cancillería del Reich”, y que “Churchill dejó a Hitler con la mano extendida” ininidad de veces.⁷² También afirma que los ingleses tenían una comunión de intereses con el nazismo y que, por otro lado, “entre Inglaterra y la URSS, no existían más nexos espirituales o materiales que los establecidos por los israelitas”.⁷³ Sin embargo, para Borrego, “sobre los auténticos intereses del pueblo británico privaban los intereses del judaísmo”: Churchill (igual que Roosevelt) habría obedecido sin saberlo a voluntades ajenas al destino de su

⁶⁹ Borrego, *Derrota mundial*, op. cit., p. 122.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 124.

⁷¹ La creación de una imagen favorable de Hitler es uno de los objetivos principales del negacionismo. Como ejemplo, debe señalarse la postura de uno de los negacionistas más tempranos, Austin J. App, quien señaló en su libro *El fraude de los seis millones* que Hitler era “un hombre de artes y arquitectura, no de guerra y armamento”. Citado en Lipstadt, *Denying the Holocaust*, op. cit., loc. 857.

⁷² Borrego, *Derrota mundial*, op. cit., p. 78.

⁷³ *Ibidem*, p. 191.

nación. Churchill “se convirtió en instrumento de otras fuerzas que desde la Casa Blanca de Washington trataban a todo trance de salvar a la URSS”.⁷⁴ A pesar de las comparaciones con el caso norteamericano, Borrego no adscribe un origen judío a Churchill, y lo retrata como eterno peón del “judaísmo internacional”:

Churchill se dejó cegar por el despecho y el odio hacia un vecino europeo que prosperaba, Alemania, y automáticamente se convirtió en dócil instrumento de intereses internacionales no británicos [...] En ese odio que Churchill sintetizó al decir que si tuviera que asociarse con el diablo lo haría, con tal de vencer a Hitler, el imperio británico dio un paso hacia la ruina. Se apartó de su antigua ruta, que oscura y tortuosa, había sido no obstante eficaz y fructífera para su propio beneficio, y se dejó empujar por intereses ocultos que habían penetrado profundamente en el egoísta, pero sano instinto vital del imperio británico.⁷⁵

Por lo que toca al papel de Inglaterra en la guerra, el paralelo entre *D.m.* y *Hitler's War*, del negacionista inglés David Irving, es notable. Este último, que escribió casi veinticinco años después de Borrego, también se empeñó en demostrar que Inglaterra cometió un error táctico al declararle la guerra a Alemania, cuyos esfuerzos por llegar a un acuerdo pacífico fueron desdeñados repetidamente por Inglaterra.⁷⁶

⁷⁴ *Ibidem*, p. 138.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 143. Borrego acierta al cuestionar los motivos Aliados para declararle la guerra a Alemania en nombre de las llamadas “cuatro libertades” que dichos países prometieron defender en la Carta del Atlántico de 1941: “libertad de expresión, de religión, de padecer hambre y de sufrir miedo político”. Los motivos para atacar a Alemania han sido cuestionados por historiadores como Jaques R. Pauwels, quien ha señalado que Inglaterra poseía a su vez un vasto imperio colonial en el subcontinente asiático y en el Pacífico. Borrego emplea estos argumentos para afirmar que las ambiciones imperialistas y genocidas de Alemania en realidad no eran muy diferentes de las de los Aliados, concretamente, de las de Inglaterra y los Estados Unidos. Véase Pauwels, *El mito de la guerra buena*, *op. cit.*, p. 22.

⁷⁶ Lipstadt, *Denying the Holocaust*, *op. cit.*, loc. 210. Lipstadt describe a Irving como “un ultranacionalista que considera que Inglaterra se encuentra en un continuo proceso de decadencia acelerado por su equivocada decisión de hacer la guerra a la Alemania nazi” (loc. 3217.)

3.3 Alemania pudo vencer: El Tercer Reich

D.m. ofrece un retrato favorable del nazismo y traza un perfil heroico y loable del pueblo alemán. Entre las características impersonales, a-históricas e inmutables que atribuye a los alemanes están la valentía, el desinterés personal, la tenacidad y la honestidad, características que los separan de los judíos: “el judío es el mejor diplomático del mundo; ésta es su más grande fuerza. Con razón Schopenhauer lo llamó el ‘maestro de la mentira’. Y en contraste, el alemán es el peor diplomático del mundo. Es ésta su más grande debilidad”.⁷⁷

Para Borrego, el éxito inicial de la *Wehrmacht* es expresión de fuerzas providenciales: sus victorias son hazañas debidas a “las cualidades de combate del soldado alemán y a las imponderables fuerzas del espíritu”;⁷⁸ el ejército alemán era “un afinado mecanismo de coordinada precisión y eficacia, escrupulosamente adiestrado para fulgurantes movimientos”.⁷⁹ Para demostrar lo anterior, emplea fuentes siempre favorables al esfuerzo bélico nazi, cuyas tácticas y estrategias se explican como maniobras defensivas o ataques preventivos. Para Borrego, “tanto por su ímpetu como por su técnica, las operaciones ofensivas alemanas no tenían paralelo en la historia de las armas”.⁸⁰

⁷⁷ Borrego, *Derrota mundial, op. cit.*, p. 145. Borrego repite el tópico nacionalista del *Lebensraum* o necesidad alemana de conquistar “espacio vital” a expensas de sus vecinos. Borrego insiste en que atacar a los soviéticos era un imperativo impostergable debido a “la pequeñez territorial del Reich”, *ibídem*, p. 237. Por otro lado, Borrego reconoce que dicha necesidad alemana de “espacio vital” es de naturaleza ideológica: “así el pueblo alemán en armas, ante la imposibilidad de eludir la guerra en occidente y ante su necesidad ideológica de hacer la guerra en el oriente bolchevique, cruzó el umbral de la paz y se internó en la siniestra grandeza de la guerra”, *ibídem*, p. 151.

⁷⁸ *Ibídem*, p. 236.

⁷⁹ *Ibídem*, p. 241.

⁸⁰ *Ibídem*, p. 363. En tanto que Borrego considera que la *Wehrmacht* era invencible (un argumento con claras implicaciones ideológicas), el ataque contra la URSS fracasó porque “el movimiento político judío” se ocupó de abrir frentes “artificiales”, lo cual explicaría el fracaso de la *Operación Barbarroja* entre 1942 y 1945.

La idea de que el ejército alemán era invencible, por lo que su derrota se debió a la falta de convicción ideológica de los generales alemanes, a su tardanza o renuencia a poner en práctica las órdenes de Hitler y a la traición interna, es parte de los argumentos negacionistas más tardíos, desarrollados en detalle por autores como David Irving. En su libro de 1977 *Hitler's War*, Irving minimiza la responsabilidad de Hitler en el genocidio al presentarlo como “un hombre débil y vacilante que no supo nada del exterminio de los judíos hasta finales de 1943”.⁸¹ Posteriormente, para la primera reedición de dicho libro (que se ha vuelto la versión canónica del texto), Irving suprimió todas las referencias al Holocausto y presentó a Hitler como un genio militar incomparable, cuya pugna con sus generales condujo a la debacle en la guerra. Borrego sostiene este mismo argumento: “esta latente pugna entre Hitler, que trataba de imponer sus concepciones estratégicas, y los generales que procuraban modificarlas, fue una de las más grandes debilidades de Alemania”.⁸²

Como se apuntó en el segundo apartado de este capítulo, puede establecerse un paralelo entre la obra de Andreas Hillgruber *Dos clases de hundimiento* y *D.m.*, específicamente en el hecho de que ambos libros exaltan a la *Wehrmacht* y ofrecen representaciones controversiales y poco ortodoxas del Holocausto. Aunque fue escrito más de treinta años antes que el libro de Hillgruber, *D.m.* también hace de la debacle en el frente oriental una tragedia, cuyo héroe es claramente el ejército alemán:

⁸¹ José L. Rodríguez Jiménez, “El debate en torno a David Irving y el negacionismo del Holocausto”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2000, núm. 22, p. 381.

⁸² Borrego, *Derrota mundial*, *op. cit.* p. 234.

Si se admite que entre los vencedores hubo rasgos heroicos –y naturalmente que los hubo–, y si se admite que el esfuerzo del ejército rojo –apoyado por su superioridad numérica y por la ayuda moral y material de todo el mundo– es un hecho relevante en la historia del mundo, entonces también debe admitirse que el sacrificio del ejército alemán alcanzó las más altas cumbres del esfuerzo humano.⁸³

La aproximación que el historiador Hayden White ha ensayado frente a este problema, como parte de su estudio sobre los límites de la representación histórica, sostiene que las formas del relato o las diversas narrativas no comprometen la objetividad de los hechos que narran. En el caso de Hillgruber, afirma White, “la propuesta de entramar el relato de la defensa del frente oriental como una tragedia no violaba ninguna de las convenciones que rigen la historia narrativa profesionalmente respetable”.⁸⁴ Sin embargo, Borrego sí lo hace, pues articula una trama de naturaleza ideológica, notoriamente influenciada por el antisemitismo y la exaltación del nazismo. Para Borrego, el ejército alemán:

Consumido –no precisamente derrotado– iba a desaparecer en la tumba de la historia llevándose la hazaña de ser un ejército invicto. Ningún otro de sus numerosos oponentes lo había vencido por sí solo. Para aniquilarlo por consunción fue necesaria la abrumadora amalgama de heterogéneos ejércitos movilizados de todos los confines del mundo por el Poder Judío Internacional.⁸⁵

Borrego es enfático en señalar que fue solo gracias al supuesto poderío económico y militar del “movimiento político judío” que la *Wehrmacht* pudo ser

⁸³ *Ibidem*, p. 521.

⁸⁴ White, “El entramado histórico y el problema de la verdad”, *op. cit.*, p. 76.

⁸⁵ Borrego, *Derrota mundial*, *op. cit.*, p. 520.

sometida, en lo que constituye un ejemplo más de sus estereotipos nacionales sobre los judíos, los soviéticos y los alemanes.

3.4 *Pintor, soldado, Fuehrer: Adolf Hitler en Derrota mundial*

La creación de una imagen favorable de Hitler es uno de los objetivos principales del negacionismo. Por ello, el liderazgo político y militar de aquél aparece en *D.m.* como un recuento de intentos frustrados por lograr la paz, librar a Alemania de la supuesta influencia corruptora del judaísmo y realizar una conducción brillante de los asuntos militares.⁸⁶ Tal como harían negacionistas posteriores, Borrego busca distanciar a Hitler del genocidio judío, y para ello emplea la biografía *Hitler: A Study on Tyranny* (1952) de Alan Bullock (a quien llama “antinazi”). Bullock, uno de los primeros en analizar la personalidad de Hitler, lo presenta como un oportunista y ambicioso sin ideología.⁸⁷ Por su parte, Borrego argumenta que éste no era el caso y afirma, minimizando el papel del antisemitismo en la conformación de la “visión del mundo” del dictador alemán, que “la ideología nazi de Hitler había nacido desde 1919 como un movimiento específicamente antibolchevique”.⁸⁸

El retrato de Hitler en *D.m.* es extraordinariamente favorable: “Hitler se forjó a sí mismo en el esfuerzo y en el ideal. De sus aptitudes de observador penetrante, de simplificador de problemas, de teorizante, de místico de su propio

⁸⁶ Borrego ensaya varias descripciones de la personalidad de Hitler, pero ésta es la más representativa: “Hitler era autenticidad. Leal como amigo, implacable como enemigo”, *ibidem*, p. 437. El título de este apartado proviene del estudio biográfico que Borrego dedicó a Hitler en 2006 titulado *Semblanza. Pintor, Soldado Fueher [sic]*.

⁸⁷ Véase *Hitler, 1889-1936*, Barcelona, Península, 2009, de Ian Kershaw, y *The Hitler of History*, Vintage, 2011 [edición electrónica], de John Lukacs.

⁸⁸ Borrego, *Derrota mundial*, *op. cit.*, p. 236.

credo y de conductor de hombres fundió su propio carácter”.⁸⁹ El tema de la voluntad y las “imponderables fuerzas del espíritu” domina la descripción de su personalidad, siempre en términos heroicos:

La llama de optimismo con que Hitler acometía las más difíciles empresas y su profunda convicción de que la voluntad categórica, firme y prolongada en alcanzar una meta logra a la postre milagros y triunfa de los obstáculos, constituyeron para él y para las tropas que lo seguían una fuerza psicológica por lo menos tan poderosa como sus armas materiales.⁹⁰

Este retrato de Hitler también se basa en comparaciones favorables con varios personajes históricos, como Napoleón, Federico II, Julio César y Alejandro Magno:

Tan notable fue la dureza de su Destino como la dureza de su voluntad para afrontarlo. Las rutilantes trayectorias de Cesar y Alejandro Magno no tuvieron jamás la prueba de una derrota seria; su prematura muerte dejó en el misterio una parte de su personalidad porque ambos vivieron solo en la fase luminosa de la victoria y nadie sabe cuál hubiera sido su reciedumbre ante el infortunio.⁹¹

La alusión a estos personajes refuerza el tema de los ciclos en la historia que pueden repetirse o romperse dependiendo de la “fuerza de voluntad”, que Borrego destaca como “sin duda alguna lo más extraordinario de la personalidad

⁸⁹ *Ibidem*, p. 523.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 535.

⁹¹ *Ibidem*, p. 538. Para Borrego, Hitler se vio “colocado en peor situación que Napoleón [y] decidió afrontar la más desesperada de las batallas”, y que “la historia de Federico el Grande se repitió en Hitler aunque sin el final de victoria, mas el esfuerzo realizado para obtenerla no fue menor”.

de Hitler”.⁹² Borrego demanda un mayor reconocimiento de la figura del dictador alemán: “[i]ndependientemente de bandos políticos, todo hombre que remonta alturas fuera de lo común es digno de estudio. Y nadie puede negar –ni siquiera sus enemigos– que sobrepasando en esto a los más grandes capitanes de la Historia, Hitler resistió sin doblegarse a la mayor coalición política y guerrera de todos los tiempos”.⁹³ Este retrato favorable de Hitler constituye una de las características principales de los escritos negacionistas, del cual *D.m.* constituye un ejemplo excepcionalmente temprano.

4. “Resurrección en masa de judíos”: el Holocausto en *Derrota mundial*

4.1 El concepto de “judaísmo internacional” en Salvador Borrego

El antagonista principal en *D.m.* es la ficción llamada “movimiento político judío”, creada para disimular el retrato antisemita del judaísmo que opone a las virtudes heroicas del nazismo. Para el investigador David Benjamín Castillo Murillo, “lo que subyace en todo el discurso antisemita de Borrego es un miedo profundo a las transformaciones del campo religioso en la modernidad”.⁹⁴ Sin embargo, no debe soslayarse la raíz religiosa (teológica) de esta visión del mundo: la creencia de que los judíos asesinaron a Jesús. Sobre este tema, Borrego sintetiza de la siguiente forma las causas de su antisemitismo:

⁹² *Ídem.*

⁹³ *Ibidem*, p. 529.

⁹⁴ David Benjamín Castillo Murillo, *A la extrema derecha del antisemitismo en México. El caso de Salvador Abascal y Salvador Borrego*, Tesis de Doctorado en Historiografía, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2012, p. 134.

[E]l judío mismo, en su milenarismo anhelo de grandeza, en su intransigencia que crucificó a Jesús porque no le daba el dominio del mundo; en esa intransigencia que lo ha mantenido casi sin mezcla de sangre a pesar de su constante peregrinar y que le impide asimilarse a ningún otro pueblo, aunque resida en él durante siglos, lleva los gérmenes de las persecuciones periódicas de que es víctima. Y jamás podrá evitar definitivamente esas reacciones en contra suya mientras él mismo no se reconcilie con los "goim" (cristianos) y deje de verlos como enemigos a los que es necesario corromper, debilitar y sojuzgar por medio del reino del Oro, de los venenos ideológicos y del poder masón y político.⁹⁵

Según el patrón establecido en los casos de la URSS, los Estados Unidos, Inglaterra, el Tercer Reich y Hitler, Borrego describe al judaísmo en forma monolítica, aunque le reconoce ciertos rasgos positivos para disimular su antisemitismo. Así, "el judaísmo no es sólo una inocente secta religiosa, sino un núcleo político con influencia internacional",⁹⁶ compuesto de una población inteligente, de tradiciones milenarias, "acostumbrada a sobreponerse a las hostilidades que su peculiar idiosincrasia provocaba al entrar en conflicto con las ajenas".⁹⁷ Más aun, "y no es que el judío carezca de moral; todo lo contrario, es un pueblo de admirables costumbres, sobrio y disciplinado, pero sus líderes utilizan todas las corrientes impuras [sic] que pueden dañar o debilitar a los no judíos. No consumen venenos, pero propician la popularización de ellos".⁹⁸ Borrego repite la creencia de que los judíos son responsables por el antisemitismo, e insiste en la necesidad de que el judío modifique su naturaleza, que se pretende nociva, y se integre a la sociedad:

⁹⁵ Borrego, *Derrota mundial, op. cit.*, p. 314.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 115.

⁹⁷ *Ibidem*, p. 13.

⁹⁸ *Ibidem*, p. 308.

El antisemitismo de Hitler, el antisemitismo del nacionalsocialismo alemán, no fue una **causa**, sino un **efecto**, una reacción fanática ante el fanatismo del movimiento político judío, y es evidente que el fenómeno no desaparece suprimiendo simplemente el efecto. Las causas primarias del antisemitismo anidan en la conducta misma del hebreo, y mientras él no se modifique, llevará latentes consigo los gérmenes de nuevos movimientos en contra suya. Ni el gigantesco poder que ha alcanzado lo librará de esa desgracia inherente a su empecinada manera de ser.⁹⁹

Como ya se apuntó, Borrego suscribe en un primer momento un antijudaísmo religioso, de acuerdo con el cual los judíos podrían redimirse aceptando la fe cristiana. Sin embargo, también considera varios aspectos del antisemitismo biológico, según el cual los judíos son una raza. Por ello, lo negativo en los judíos “se trata de una aptitud que se lleva en la sangre”:

¿Por qué en fechas tan distantes, separadas por siglos; ¿por qué en regiones tan opuestas, por qué entre pueblos tan diversos, el judío ha sufrido represiones violentas? ¿No es acaso que él mismo lleva en su sangre escrupulosamente mantenida sin mezcla, los elementos esenciales que de cuando en cuando atraen sobre sí mismo la indignada reacción de otros pueblos? ¿No es él mismo el causante de las tragedias que de tiempo en tiempo lo agobian?¹⁰⁰

Una de las premisas generales en *D.m.* es que “el movimiento político judío” está detrás de una conspiración para destruir al cristianismo, y en este sentido también es multiforme. Para Borrego, el carácter formidable de la coalición Aliada que se formó para subyugar a Alemania, baluarte Occidental contra el bolchevismo, tiene una “explicación [...] tan sencilla como increíble a simple vista:

⁹⁹ *Ibídem*, p. 314.

¹⁰⁰ *Ibídem*, p. 313.

tanto el supercapitalismo forjado en Wall Street como el bolchevismo forjado en Rusia son instrumentos del judaísmo”.¹⁰¹

4.2 El trato de los judíos a manos de los alemanes en *Derrota mundial*

Borrego considera las medidas nazis para suprimir la supuesta influencia judía en la vida política, económica y cultural alemana como una reacción en legítima defensa. Para ello, emplea abiertamente el vocabulario antisemita propio del nazismo que hasta entonces sólo había aparecido esporádicamente en *D.m.*, como “solución del problema judío”, zánganos, “secretos tentáculos”, “depuración”, “extirpar”, “barrer con las alimañas”, “implacablemente”, “ingeniería social” y “campos de concentración”.¹⁰² Para Borrego, entre 1933 y 1939, cuando “esa gran coalición [el “judaísmo internacional”] organizó todos sus inmensos recursos en la lucha contra el nazismo, los judíos residentes en Alemania no habían sido dañados en sus personas, aunque sí en sus intereses políticos y económicos”.¹⁰³ Este proceso, gracias al cual “Hitler había extirpado ya la influencia desmoralizadora que el movimiento político judío ejercía en Alemania sobre el teatro, el cine, la prensa y la literatura”,¹⁰⁴ se presenta como una depuración que se deshizo de lo que los nazis llamaban bolchevismo cultural o “arte degenerado”, descrito por Borrego como “la pintura estrambótica, la música sensualista, los bailes vulgares, la pornografía y las teorías disolventes y debilitadoras de los

¹⁰¹ *Ibidem*, p. 301.

¹⁰² En *D.m.*, el empleo de algunos de estos términos no tiene un significado históricamente preciso, como en el caso de “la noche de los cuchillos largos”, que Borrego describe como un tipo de maniobra estratégica de la lucha submarina alemana, mientras que del episodio de la purga de las SA, acontecido en 1934 y conocido con ese nombre, no se ocupa en absoluto.

¹⁰³ *Ibidem*, p. 308.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 294.

valores morales eternos”.¹⁰⁵ Para Borrego, entre las influencias negativas figuraban, sobre todo, varios literatos:

Hitler barrió con todos esos magos de la disolución social. Freud, Ludwig [?], [Erich Maria] Remarque, Tomás Mann, [Stefan] Zweig y otros personajes judíos emigraron a diversos países a seguirse haciendo adorar como benefactores de la humanidad a la que estaban envenenando o desorientando [...] un coro de protestas extranjeras acompañó a esos adalides en su desairada huida. Utilizando sus vastos recursos publicitarios y sus secretos tentáculos, la judería mundial clamó plañideramente que era víctima de persecución en Alemania.¹⁰⁶

Las expulsiones de judíos referidas aquí constituyen un ejemplo de cómo Borrego reproduce el vocabulario y la argumentación de la propaganda nazi. Respecto a este punto, la historiadora Lucy Dawidowicz señala cómo cobró fuerza en los Estados Unidos un movimiento en protesta por el trato al que estaban sujetos los judíos alemanes, y escribe que “en la manera oportunista e improvisada que le era tan particular, Hitler había decidido aprovechar la violencia ejercida por la SA al etiquetar a los judíos como enemigos de Alemania e instigadores de una campaña mundial de calumnias y mentiras para difamar al Reich”.¹⁰⁷ De esta forma, Borrego repite las críticas que en su momento hizo la propaganda nazi contra el coro de voces que se levantó en los Estados Unidos frente al trato al que estaban siendo sujetos los judíos alemanes.

La siguiente etapa en la escalada de medidas antijudías que se narra en *D.m.* es la promulgación de las Leyes de Núremberg, “tendientes a limitar la

¹⁰⁵ *Ibídem*, p. 308.

¹⁰⁶ *Ibídem*, p. 310

¹⁰⁷ Lucy Dawidowicz, *The War Against the Jews, 1933-1945*, Bantam Books, New York, 1975, p. 53.

influencia de los judíos en la vida de la nación”.¹⁰⁸ Para el negacionismo posterior, el Holocausto como ficción propagandística surgió en la “venganza judía” encarnada en los juicios de Núremberg, ya que supuestamente se habría escogido esa ciudad como sede de los juicios de posguerra, en represalia por haber sido ahí donde se promulgaron las leyes raciales de 1935. El mito del genocidio, alegan los negacionistas, fue fraguado en aquellos juicios y articulado en torno a las confesiones y exageraciones de los crímenes de los detenidos, tema que Borrego recoge y que se aborda en el siguiente apartado de la presente investigación.

Como parte de su apología del nazismo, Borrego presenta la “Noche de los Cristales Rotos” o *Kristallnacht* (episodio de noviembre de 1938 en que se dio rienda suelta a la violencia antijudía en las calles del Tercer Reich) como una manifestación legítima de descontento y una reacción popular e incontrolable, justificación que en su momento también ofreció la propaganda nazi:

En noviembre de 1938 Alemania impuso una multa de 400 millones de dólares a la Comunidad Israelita, como represalia por el asesinato del diplomático alemán Ernst von Rath, consumado en París por el judío Hershel Grynspan. Ciertamente que también hubo sinagogas dañadas y cristales rotos en los comercios judíos (tanto que el suceso es conocido como “la noche de cristal”), pero el gobierno alemán impidió que la indignación degenerase en ataques personales contra los hebreos.¹⁰⁹

Borrego aborda el Holocausto de forma más directa al seguir el curso de la guerra en el frente oriental. Es significativo que su narración del proceso comience

¹⁰⁸ Borrego, *Derrota mundial, op. cit.*, p. 313.

¹⁰⁹ *Ibidem*, p. 70. Respecto a este tema, David Irving sostiene en *Hitler's War*, contra toda evidencia, que Hitler intentó frenar la violencia durante la “Noche de los Cristales Rotos”. Para este tema, véase *Lying About Hitler* (2000), de Richard J. Evans.

con las matanzas de judíos en la retaguardia del ejército alemán a manos de los cuatro *Einsatzgruppen* o batallones especiales durante la segunda mitad de 1941. La mayoría de los integrantes de estos batallones eran policías o civiles alemanes que no estaban ideológicamente nazificados, cuya labor consistía en reunir a los judíos y fusilarlos. La racionalización de estas acciones en *D.m.* tiene dos vertientes: por un lado, se afirma que los *Einsatzgruppen* tenían un origen soviético: “incluso el mando soviético formó batallones de exterminio que operaban detrás de las líneas alemanas para matar a rusos que no combatían, para mantener un estado de anarquía y para incitar rebeliones. Algunos de estos grupos operaban con traje de civil y otros con uniforme alemán”.¹¹⁰ La segunda vertiente consiste en transmutar esa supuesta hostilidad encubierta de los soviéticos contra su propia población en una represalia alemana contra un movimiento de insurgentes judíos: “no solo la población judía de los territorios ocupados por Hitler, sino también los judíos residentes en Alemania –millares de los cuales eran nacidos ahí y se ostentaban como alemanes– organizaron y vigorizaron un movimiento de resistencia, de conspiración y de sabotaje contra el ejército alemán”.¹¹¹ Para Borrego, se habrían tomado medidas radicales de supresión contrainsurgente como represalia y en legítima defensa, y solo entonces habrían sido asesinados judíos en el Este. En pocas palabras, Borrego afirma que los judíos masacrados fueron responsables de la violencia en su contra.

La puesta en marcha en la primavera de 1942 de los planes de deportación de los judíos europeos, así como el funcionamiento de los campos de exterminio,

¹¹⁰ *Ibidem*, p. 265.

¹¹¹ *Ibidem*, p. 311.

coincide con el periodo en que Borrego sostiene que “se empezó a tratar a los judíos conspiradores con la dureza que las leyes de todos los países prescriben para aquellos que sin ser soldados regulares realizan actividades bélicas contra un pueblo en guerra”. Según Borrego, debido a que los judíos eran criminales,

entonces sí pudo hablarse cabalmente de “persecución”, aunque las condiciones ya eran tales que en realidad se trataba de una persecución de agentes emboscados de resistencia, de conspiración y de sabotaje. Es decir, era una persecución de individuos colocados al margen de la ley (posteriormente, al enardecerse los ánimos, ocurrieron abusos con los rehenes).¹¹²

Para Borrego, estas acciones “tenían más justificaciones legales que los movimientos antisemitas de otras épocas”, pues los judíos, como supuestos partisanos, se habrían colocado a sí mismos al margen de las leyes de la guerra, “en el terreno de los guerrilleros, de los espías y de los saboteadores, para los cuales en ningún país del mundo existe clemencia en tiempo de guerra”.¹¹³ La insistencia en que ésta era una práctica común diluye el carácter criminal de las acciones antijudías del nazismo, uno de los rasgos principales de la literatura negacionista. En este contexto, el lenguaje utilizado por Borrego es significativo por totalizador: los judíos “automáticamente se privaban a sí mismos de todo derecho y se hacían acreedores a la ejecución”.¹¹⁴

¹¹² *Ibidem*, p. 313.

¹¹³ *Ibidem*, p. 421.

¹¹⁴ Según Borrego, “esta vieja costumbre ha regido en todos los tiempos y en todos los países. Hitler no la inventó, pero sí se acogió a ella y ordenó en 1943 que fuera encarcelado o aniquilado todo núcleo de judíos que en alguna forma desarrollara actividades bélicas o de conspiración. La magnitud de las aprehensiones o de las ejecuciones viene a ser un índice de la magnitud del esfuerzo de resistencia que las comunidades judías europeas realizaron a retaguardia de las tropas alemanas, en tanto que sus hermanos de raza convergían desde el exterior, trayendo por delante pueblos aliados de todos los confines de la tierra. Lo que las ocultas infanterías israelitas

En este apartado, se ha seguido aproximadamente hasta 1942 el recuento que Borrego hace de la guerra ideológica y de exterminio que el nazismo llevó a cabo contra el “movimiento político judío”, recuento en el que todas las acciones antisemitas alemanas se presentan como represalias justificadas, y cuyo propósito es exonerar y reivindicar al nazismo en general y a Hitler en particular. En el siguiente apartado, concluyo la narración y justificación del Holocausto en *D.m.* y explico las razones por las que Borrego sostiene que dicho genocidio es una ficción propagandística originada en los juicios de Núremberg.

4.3 “Invención” del Holocausto en la posguerra

Existe un consenso entre diversos historiadores contemporáneos del Holocausto respecto a que éste no fue un proceso estudiado a profundidad en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial.¹¹⁵ Esto se debe, en parte, a que hacia el final de la guerra los responsables hicieron lo posible para

padecieron en Europa como consecuencia de sus sabotajes y conspiraciones, es materialmente achacable a la policía o al ejército alemán, pero evidentemente los causantes intelectuales de los encarcelamientos y las ejecuciones fueron los propios caudillos israelitas, que con el más ciego fanatismo impulsaron a sus contingentes a una acción ilegal y casi suicida. El enemigo no podía tener menos dureza para tales saboteadores que la que habían tenido los jefes judíos que las lanzaron a esa lucha”. *Ibidem*, p. 421.

¹¹⁵ Véase Lucy Dawidowicz, *The Holocaust and the Historians*, Harvard University Press, 1981. Dawidowicz analiza el proceso de investigación del Holocausto en la posguerra (hasta aproximadamente 1968) en seis contextos: británico, norteamericano, alemán, soviético, polaco y judío. Por su parte, los historiadores Ian Kershaw y Omer Bartov coinciden en señalar que la “conciencia popular” sobre el Holocausto no arraigó firmemente en Occidente sino hasta mediados de la década de 1960, y atribuyen al juicio y ejecución de Eichmann en Jerusalén en 1961, a los juicios que se llevaron a cabo en la República Federal Alemana contra diversos implicados en la administración de los campos de concentración y a la Guerra de los Seis Días (1967) el acicate para investigaciones monográficas sobre el Holocausto. Véase Ian Kershaw, *Hitler, the Germans and the Final Solution*, Yale University Press, 2008 [edición electrónica], loc. 3485; Omer Bartov, *Germany’s War and the Holocaust. Disputed Histories*, Cornell University Press, 2013 [edición electrónica], loc. 3404. Por su parte, los investigadores Peter Novick y Norman Finkelstein fijan en 1967, con la Guerra de los Seis Días, el punto en que el Holocausto entró en la conciencia popular de Occidente. Véase Peter Novick, *The Holocaust in American Life*, Mariner Books, 2000 [edición electrónica], loc. 329; Norman Finkelstein, *The Holocaust Industry. Reflections on the Exploitation of Jewish Suffering*, Verso, 2000 [edición electrónica], loc. 314.

eliminar cualquier evidencia del genocidio (ya sea desmantelando las cámaras de gas y los crematorios, exhumando e incinerando los cadáveres de las víctimas de fusilamientos masivos que yacían en fosas comunes, desalojando los campos de concentración, trabajo y exterminio y destruyendo deliberadamente archivos y documentos incriminantes), por lo que no fue posible establecer de manera inmediata la magnitud de la embestida nazi contra los judíos. *D. m.* (1953) se publicó durante el periodo en el cual el establecimiento de los hechos generales del Holocausto todavía se hallaba en sus primeras etapas.¹¹⁶ Por ello, constituye uno de los textos negacionistas más tempranos a nivel internacional, pues a mediados de la década de los años cincuenta ya presentaba características del discurso negacionista que sólo se popularizarían en Occidente al menos veinticinco años después, con los trabajos de Arthur Butz y David Irving, publicados a finales de los años setenta.

En el apartado titulado “¿Resurrección en masa de judíos?”, Borrego ubica en los juicios de Núremberg (1946) el origen del “mito” del Holocausto. Para Borrego, dichos juicios constituyen una farsa montada por los Aliados en la que se “contrariaron los más elementales principios del derecho”. En su reconstrucción de este episodio, repite el mismo argumento que la cúpula nazi utilizó en su defensa,

¹¹⁶ Entre 1945 y 1967 (periodo en el que los negacionistas insisten en que no se hablaba del Holocausto porque éste no se había “inventado”) se publicaron en el mundo francoparlante y anglosajón al menos tres estudios monográficos de gran aliento sobre la historia y las generalidades de la Solución final. Los libros *Breviario del odio* (1951) del ruso-francés Leon Poliakov, *The Final Solution* (1953) del británico Gerard Reitlinger, y *La destrucción de los judíos europeos* (1961) del norteamericano Raul Hillberg, constituyen estudios pioneros producidos en este periodo temprano de la formación de la “conciencia popular” sobre el Holocausto, periodo en el que los negacionistas afirman que nada se escribió sobre el genocidio judío porque éste no se “inventaría”, de acuerdo con ellos, sino hasta muchos años después.

a saber, que sólo obedecían órdenes,¹¹⁷ y sugiere que el carácter inédito de la corte erigida por los Aliados anulaba por completo su legitimidad, pues “sin ningún recato el tribunal fue produciendo sobre la marcha conceptos nuevos de ley penal y aplicándolos con efectos retroactivos”.¹¹⁸ Para Borrego, “Núremberg fue simbólicamente la venganza del poder secreto israelita contra el único movimiento político e ideológico que lo ha desafiado en los últimos siglos”.¹¹⁹ Esta represalia salvaje del “movimiento político judío” contra el nazismo se presenta como el escenario en el que se fabricó el “mito” del Holocausto:

El cuento de los 6 millones de judíos muertos comenzó a ser fabricado por el israelita Poliakov, partiendo de las declaraciones del Dr. Wilhelm Hoettl y de Dieter von Wisliceny, quienes dieron informes sobre "evacuaciones", "emigraciones", "decrecimiento del judaísmo europeo". Poliakov barajó estos términos y a todos les dio la acepción de "liquidación". Echo a rodar la bola y luego otros le fueron agregando dramáticos retoques.¹²⁰

Borrego se refiere a Leon Poliakov, historiador francés de origen ruso que fungió como miembro de la delegación francesa del tribunal y quien, desde 1946, contribuyó al establecimiento de los hechos generales del Holocausto mediante pesquisas documentales llevadas a cabo como parte de los preparativos para los procesos de Nuremberg.¹²¹ El segundo de los nombres listados por Borrego es el

¹¹⁷ Borrego, *Derrota mundial*, op. cit., p. 582.

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 583.

¹¹⁹ *Ibidem*, p. 581. Borrego establece un paralelo histórico para comprender Núremberg: “hace más de dos mil años los persas llamaron a los generales griegos de Ciro el joven para parlamentar y luego los asesinaron. Desde entonces nada semejante había vuelto a ocurrir en el mundo hasta Núremberg”, *ibidem*, p. 588.

¹²⁰ *Ibidem*, p. 595.

¹²¹ Con base en esta experiencia, Poliakov publicó en 1951 el *Breviario del odio*, la primera historia monográfica sobre el tema. Véase Leon Poliakov, *Breviario del odio*, Barcelona, Cómplices Editorial, 2011.

del SS Wilhelm Höttl, sobre quien Poliakov escribe lo siguiente: “Al consultar el acta de los debates, se constata que el Tribunal se basó en dos testimonios de segunda mano, los de los SS Wilhelm Höttl y Dieter Wisliceny, que en ambos casos aseguraban haber recibido de Eichmann este dato numérico [la cifra de los seis millones]”.¹²² Sobre el también SS Dieter von Wisliceny, el historiador James Owen refiere que era asesor del gobierno eslovaco en materia de la “cuestión judía” y subordinado de Adolf Eichmann en la Oficina Central de Seguridad del Reich. Según parece, Wisliceny habría proporcionado información durante los interrogatorios del juicio sobre el número de judíos que los nazis tenían proyectado asesinar, así como de los que habían sucumbido hasta 1944: “A título personal, Eichmann hablaba de, por lo menos, cuatro millones de judíos. En ocasiones mencionó cinco millones. Según mis propios cálculos, diría que por lo menos cuatro millones sufrieron la llamada Solución Final. No podría decirle cuántos de ellos sobrevivieron realmente”.¹²³ Como puede verse, Borrego señala a dos SS interrogados en Núremberg, Wilhelm Höttl y Dieter von Wisliceny, y los acusa de proporcionar información que habría sido tergiversada hacia 1946 por “el israelita Poliakov” para engendrar el supuesto “mito” del Holocausto.

Para Borrego, “el cargo más grave que se hizo a los líderes nacionalsocialistas fue el de haber cometido ‘crímenes contra la humanidad’; en otras palabras, ejecuciones de judíos. La parte acusadora, o sea los mismos israelitas, calcularon en seis millones el número de ejecutados”.¹²⁴ De acuerdo con James Owen, “fue en Nuremberg cuando se oyó por primera vez la cifra de seis

¹²² *Ibidem*, p. 359.

¹²³ Citado en James Owen, *Nuremberg. El mayor juicio de la historia*, Madrid, Crítica, 2006, p. 97.

¹²⁴ Borrego, *Derrota mundial, op. cit.*, p. 593.

millones de víctimas”,¹²⁵ a pesar de que la Carta de Londres, que especificaba los cargos y procedimientos del juicio, “no había dado ninguna relevancia especial al asesinato de judíos” y se ocupaba más en especificar los casos por los delitos de crímenes contra la paz, planificación de una guerra de agresión, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Para Owen, durante el proceso se insistió poco en el tema de los judíos debido a la renuencia de los soviéticos a minimizar la ofensiva nazi contra los eslavos:

A pesar de que se presentaron pruebas irrefutables en Núremberg del Holocausto, la acusación no plasmó del todo su singular naturaleza genocida. Este hecho se debió en parte a la negativa de los soviéticos a aceptar que el exterminio de los judíos se pudiera diferenciar de los programas nazis para tratar a otros grupos políticos y raciales indeseables, como los eslavos y los comisarios soviéticos, y en parte a que los aliados no habían logrado capturar a Eichmann, cuyo papel se empezaba a entender entonces [...]¹²⁶

Como respuesta al número de los seis millones de judíos asesinados entre 1939 y 1945, supuestamente fabricado por Poliakov, Borrego maniobra de dos maneras: en primer lugar, justifica las acciones genocidas del nazismo como una defensa legítima, razonando que los judíos fusilados en el frente oriental a partir de 1941 eran partisanos que se privaron de la protección de las leyes militares al dedicarse a actividades guerrilleras y de sabotaje. Borrego es enfático en torno a este supuesto carácter defensivo de las matanzas en el frente oriental:

¹²⁵ Owen, *Nuremberg, op. cit.*, p. 18.

¹²⁶ *Ibidem*, p. 98.

es rigurosamente cierto que muchos judíos fueron muertos o ejecutados, pero se omite que eran miembros de grupos sin uniforme y sin bandera, que a retaguardia de las líneas organizaban sabotajes, conspiraciones, espionaje y asaltos sorpresa. Este encubierto sistema de combate ha sido siempre sentenciado en todos los países del mundo a la máxima pena de la ejecución. Es un principio de ley internacional que todo aquel que combate sin uniforme y sin insignias se priva automáticamente de garantías en el caso de caer prisionero.¹²⁷

Borrego insiste en que las únicas víctimas en el frente oriental fueron los ficticios judíos guerrilleros que combatieron *ilegalmente* a la *Wehrmacht*.¹²⁸ La segunda de sus estrategias para desacreditar la cifra de los seis millones es afirmar que no fueron asesinados y en su lugar salieron de Europa para asentarse en diversas partes del mundo. Borrego (nuevamente) no ofrece sustento documental para estas aseveraciones, cuya única base consiste en afirmaciones categóricas y generalizaciones inexactas sobre el número de judíos que vivían en Europa en general y en Alemania en particular antes de 1939: “antes de la guerra había seis millones de judíos en toda Europa, y de haber sido asesinados seis millones, no habría quedado ni uno, lo cual es absolutamente falso”, porque “en todos los países las tropas aliadas encontraron numerosas colonias de israelitas y a otros muchos se les libertó de campos de concentración”.¹²⁹ Insiste en que “Antes de la guerra sólo había 600,000 judíos en Alemania. Y una vez terminada la contienda aun había tantos que pudieron asumir innumerables puestos públicos, montar tribunales de ‘desnazificación’ y ocupar cargos directivos en el comercio,

¹²⁷ Borrego, *Derrota mundial, op. cit.*, p. 597.

¹²⁸ De acuerdo con Borrego, los Aliados habrían ejercido represalias contra los soldados alemanes que se defendieron de dichos ataques: “Las ejecuciones de prisioneros prosiguieron durante seis años, a partir del armisticio. Significativamente, a todos los reos se les condenaba por haber encarcelado o ejecutado a conspiradores, sabotadores o guerrilleros judíos”, *ibídem*, p. 592.

¹²⁹ *Ibídem*, p. 595.

en la industria, en la banca y en general en todas las actividades públicas”.¹³⁰ Borrego denuncia el supuesto papel desmedido que los judíos ocupaban en la República Federal Alemana durante la posguerra para afirmar que la creencia en su liquidación es necesariamente una falacia, misma que se ha perpetuado “sin contar las decenas de miles de israelitas que al terminar la contienda emigraron de Alemania a Palestina, a Estados Unidos y a otros muchos países, inclusive México”.¹³¹ La creencia de que los judíos asesinados en realidad emigraron hacia Estados Unidos o Israel constituye uno de los tópicos negacionistas más recurrentes, del cual *D.m.* constituye un ejemplo muy temprano.¹³²

Tras los argumentos aritméticos de Borrego subyace el tópico antisemita del poder desmedido de los judíos, que no se basa en estándares de evidencia concreta: “si antes de la guerra había 600,000 judíos en Alemania; si al terminar la contienda su número era tan considerable que hacían sentir su influencia en todas partes, ¿cómo pues, se explica la ejecución de seis millones de israelitas? [...] ¿Se trata acaso de una mágica resurrección?”. Para Borrego, “una parcial explicación de estos misterios aritméticos, consiste en que los alemanes ejercieron dominio temporal sobre diversos países europeos en los que había judíos. Pero, es el caso que en cada uno de esos países también se repitió el mismo prodigioso

¹³⁰ *Ibidem*, p. 594.

¹³¹ *Ídem*.

¹³² El libro *El holocausto bajo la lupa. Testimonios oculares versus leyes de la naturaleza*, del negacionista Jürgen Graf, es un ejemplo de este razonamiento. Graf escribe lo siguiente sobre la supuesta emigración de los seis millones: “Después de la guerra y en brevísimo lapso, centenares de miles de judíos emigraron a Palestina o a los E.E.U.U. y a varios otros países [...] Algunos naufragaron en Chipre o en Persia, antes de arribar a su destino propiamente dicho; otros vivieron por años en Marruecos o Túnez. Todos estos datos están fundamentados en estadísticas demográficas oficiales así como también en citas de obras de autores judíos”. Véase Graf, Jürgen, *El holocausto bajo la lupa. Testimonios oculares versus leyes de la naturaleza* (Buenos Aires, Editorial Revisión, 1992), p. 97.

milagro de la resurrección”.¹³³ Con relación a este tema, el propio Borrego reconoce el carácter ideológico e imbuido de antisemitismo de sus razonamientos sobre la cifra de los seis millones, ya que “solamente si se admite la creencia de que el israelita es el elegido para dominar el mundo, y de que esa hipotética superioridad le permite multiplicarse en la tumba, puede aceptarse que durante la guerra perecieron seis millones de judíos, pues la inmensa mayoría vive ahora en Europa, en América y en Israel.”¹³⁴

Entre las fuentes que Borrego emplea para negar el Holocausto destaca el libro *La mentira de Ulises* (1950) del francés Paul Rassinier, a quien cita como “antiguo internado en campos de concentración” y de quien recoge el tópico de la inexistencia de las cámaras de gas. Rassinier fue un miembro de la resistencia francesa preso en Buchenwald (donde no había cámaras de gas) en 1943, experiencia que tras la guerra le permitió escribir una serie de libros sobre el supuesto fraude de los gaseamientos.¹³⁵ Sobre éstos, Borrego escribe que “el embuste fue difundido mundialmente por las agencias internacionales de prensa (controladas por el judaísmo) coreado por películas filmadas, ‘documentales’ amañados, panfletos”.¹³⁶ Para Borrego, “lo de las cámaras de gas y la liquidación de seis millones de judíos es un recurso publicitario, un fantasmón contra todo

¹³³ Borrego, *Derrota mundial, op. cit.*, p. 594.

¹³⁴ *Ibídem*, p. 596. Para el historiador Richard J. Evans, el origen de la creencia de que “cuatro quintas partes de los judíos que los historiadores afirman fueron asesinados ‘se encontraban vivos y bien al final de la guerra’” tiene su origen en los escritos de Paul Rassinier. Véase *Lying About Hitler. History, Holocaust and the David Irving Trial*, Basic Books, 2002 [ed. electrónica], loc. 2428.

¹³⁵ Walter Laqueur, *The Changing Face of Antisemitism*, Oxford University Press, 2008 [edición electrónica], loc. 2162. En una adición a *Derrota mundial* posterior a 1959, Borrego también cita el “Reporte del Doctor Pinter”, del ficticio Stephen F. Pinter, documento que, según lo cita Borrego (p. 596), afirma que “lo de las cámaras de gas para matar judíos carece totalmente de fundamento; en cuanto a los hornos crematorios, no eran para exterminar a nadie, sino para cremar cadáveres”. Sobre Pinter, véase Bettina Stangneth, *Eichmann before Jerusalem. The Unexamined Life of a Mass Murderer*, Vintage, 2014 [ed. electrónica], loc. 3249.

¹³⁶ Borrego, *Derrota mundial, op. cit.*, p. 595.

intento de poner en claro los móviles ocultos del movimiento político israelita”.¹³⁷ Borrego culpa a representantes de la literatura más temprana sobre los campos de concentración de fraguar la estafa del Holocausto, como David Rousset (*El universo concentracionario*, 1945), Eugen Kogon (*Teoría y práctica del infierno*, 1950) y Miklos Nizyili, cuyo libro sobre Joseph Mengele *Auschwitz: A Doctor's Eyewitness Account*, “se tradujo a todos los idiomas para ‘confirmar’ en el mundo entero lo de los ‘6 millones’ de ‘liquidados’”.¹³⁸

Para explicar la evidencia documental del genocidio (como las fotografías que circularon después de la guerra), Borrego recurre a uno de los argumentos más socorridos por los negacionistas posteriores. De acuerdo con él, las fotografías de los cadáveres en los campos de concentración no eran de judíos, sino de alemanes que perecieron en los bombardeos de los Aliados entre 1943 y 1945: “para elaborar el mito de los seis millones de judíos muertos (todos los que habitaban en Europa) no se omitieron trucos”, pues las “fotos de alemanes muertos por los aviones aliados fueron luego exhibidas como si se tratara de israelitas asesinados”.¹³⁹

Para Borrego, el Holocausto es una extorsión del “movimiento político judío” para hacerse de compensaciones económicas que supuestamente sustrae a Alemania desde el final de la guerra. Este dinero habría servido para fundar el estado de Israel y continuar la supuesta labor anticristiana de los judíos:

¹³⁷ *Ibidem*, p. 598.

¹³⁸ *Ibidem*, p. 595.

¹³⁹ *Ibidem*, p. 596. Deborah Lipstadt refiere el caso de Leon Degrelle, líder del movimiento fascista belga, quien en 1979 afirmaba que “no habían existido cámaras de gas ni asesinatos masivos en el Tercer Reich de Hitler, y que los judíos muertos habían sido en realidad asesinados en los bombardeos de británicos y norteamericanos”. Lipstadt, *Denying the Holocaust*, *op. cit.*, loc. 270.

Todo esto tiene por objeto desplegar una enorme cortina de compasión hacia los hebreos para encubrir los móviles políticos de sus jefes internacionales, empeñados en una lucha total contra el mundo cristiano. Y como ganancia extra –cosa muy importante– Israel se basa en ese cuento para cobrarle a Alemania las indemnizaciones que le ha venido exigiendo.¹⁴⁰

Ya hemos visto que Borrego concibe al nazismo como un movimiento en legítima defensa frente al “judaísmo internacional”. Investigadores del nazismo como Jeffrey Herf han razonado a este respecto que “los nazis atribuían sus propias intenciones agresivas y asesinas a sus víctimas, [a] los judíos en particular”.¹⁴¹ De acuerdo con este argumento, puede verse cómo Borrego reproduce el tópico nazi de que el judaísmo le declaró la guerra al Tercer Reich y éste se limitó a defenderse. En este contexto, el antisemitismo hitleriano aparece como poco menos que inexplicable: cuando Borrego alude a los supuestos partisanos judíos asesinados en Polonia y la URSS, escribe que “en realidad el movimiento político judío podría ahora proclamar con orgullo la temeridad de sus encubiertos combatientes de Europa, pero sin duda alguna le conviene más presentarlos como pasivas víctimas de una inexplicable e incoherente furia hitleriana”.¹⁴² Borrego también reproduce el lenguaje del nazismo cuando emplea la palabra “rehenes” para referirse a los judíos. Este eufemismo remite al trato que

¹⁴⁰ Borrego, *Derrota mundial, op. cit.*, p. 595. El historiador Wolfgang Benz aclara en su libro *El Tercer Reich. 101 preguntas fundamentales*, que las compensaciones económicas a las víctimas del nazismo cesan con la muerte de los beneficiarios, y que “en contra de lo que en general se supone, no se hacen pagos globales regulares, como por ejemplo a Israel”. Wolfgang Benz, *El Tercer Reich. 101 preguntas fundamentales*, Madrid, Alianza Editorial, 2006, p. 249.

¹⁴¹ Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda during World War II and the Holocaust*, Belknap Press, 2008 [edición electrónica], loc. 142. Un ejemplo puede hallarse cuando Borrego, escribe sobre los cargos contra la cúpula nazi en Núremberg: “Para probarlo se hubiera requerido el trabajo de un tribunal imparcial y de una investigación que no fuera practicada por los propios acusadores [los judíos], máxime cuando esos acusadores exageran siempre todo suceso que tienda a favorecerlos. Frecuentemente llegan incluso a desprestigiar como victimarios a quienes en realidad son víctimas de ellos”. Borrego, *Derrota mundial, op. cit.*, p. 598.

¹⁴² *Ídem.*

Hitler y Herman Göring, comandante supremo de la *Luftwaffe*, dieron a los judíos alemanes a los que se rehusaban a permitir emigrar, reteniéndolos para (supuestamente) mantener a raya a las élites judías Aliadas y evitar así que incitaran a sus gobiernos a desafiar militarmente al Tercer Reich.¹⁴³ A este respecto, Borrego escribe: “aparte de los que fallecieron por muerte natural, de los ejecutados por espiar o por sabotear y de los muertos en francos levantamientos armados en la retaguardia alemana como el de Varsovia, también es cierto que a veces ocurrieron crueles abusos contra rehenes israelitas”.¹⁴⁴

La narrativa negacionista de Borrego en su capítulo “¿Resurrección en masa de judíos?” retoma elementos de *La mentira de Ulises*, de Paul Rassinier. No obstante, formula en el ámbito latinoamericano varias premisas negacionistas que no aparecerán en Europa y los Estados Unidos hasta cerca de veinticinco años después, tras el auge del “revisionismo” a mediados de los años setenta. Entre esos elementos se encuentran la caracterización de los testimonios de sobrevivientes y testigos como falsificaciones; sus afirmaciones de que los bombardeos Aliados fueron la verdadera causa de la muerte de los judíos y la supuesta migración a Israel, a Estados Unidos e incluso a México para explicar el decrecimiento de la población judía europea entre 1933 y 1945.

¹⁴³ De acuerdo con el historiador Peter Longerich, “si Alemania comenzaba una guerra y ésta se tornaba un conflicto mundial mediante la intervención de las potencias occidentales, los judíos en la esfera alemana de influencia asumirían automáticamente el papel de rehenes bajo amenaza de muerte”. Véase Peter Longerich, *Holocaust. The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford University Press, 2010 [edición electrónica], loc. 3148.

¹⁴⁴ Borrego, *Derrota mundial, op. cit.*, p. 598.

En conclusión, Borrego reproduce el lenguaje nazi para referirse a los soviéticos, a los alemanes y a los judíos. Su texto emplea repetidamente el prisma ideológico nazi para interpretar las causas que llevaron al desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial, justificar la naturaleza (preventiva) de la invasión a la Unión Soviética y negar o justificar el asesinato de civiles judíos durante la guerra. De igual forma, comparte el punto de vista del nazismo respecto a que el desenlace del conflicto se dio más a consecuencia de las desavenencias entre Hitler y sus generales que a la superioridad militar de los aliados.

La narrativa negacionista en *D.m.* presenta al comunismo eslavo como una amenaza que el nazismo se vio obligado a conjurar violentamente mediante un ataque preventivo, coyuntura que fue aprovechada por el “judaísmo internacional” para volverse contra Alemania. Borrego es enfático en que los judíos asesinados en Polonia y la URSS eran guerrilleros que combatían ilegalmente y que su muerte sirvió para fabricar el “embuste” del Holocausto. Confrontado con la evidencia del genocidio judío que circuló tras la guerra, razona que la mitología del Holocausto nació en los juicios de Núremberg tras la exageración y distorsión a que fueron sometidos los testimonios de varios SS interrogados por el Tribunal Militar Internacional, así como en la falsificación de las fotografías de cuerpos en las ruinas de los campos de concentración capturados por los Aliados. Borrego niega la existencia de cámaras de gas y crematorios, además de afirmar, sin pruebas de ningún tipo, que la población judía europea no disminuyó significativamente entre 1939 y 1945 y, si lo hizo, se debió exclusivamente a la migración de contingentes judíos a la Unión Soviética, América y Medio Oriente.

Capítulo segundo: Arraigo

1. *La farsa judía*, de Hannerl Gossler

1.1 Descripción general: la autora, el libro y su contexto

La presente investigación identifica dos momentos en la propaganda antisemita y anticomunista en México. El primero, abarcado en el capítulo anterior, corresponde a mediados de la década de los años cincuenta y tiene en *D.m.* su expresión más acabada y mejor conocida. En esta primera etapa, el anticomunismo funge como justificación de prácticas autoritarias y represivas hacia diversos grupos de la izquierda nacional por parte del gobierno mexicano.¹ El segundo momento, al que pertenece *La farsa judía* (1982) [en adelante *L.f.j.*] objeto de estudio del presente capítulo, se ubica a principios de la década de los años ochenta, y difiere del primero en tanto que su contexto inmediato ya no es el de la Guerra Fría, sino el de una pugna de naturaleza predominantemente discursiva entre diversas cúpulas empresariales y el gobierno del país con motivo de la conducción de la política económica.

En esta segunda coyuntura, el anticomunismo en México tuvo dos fuentes principales: la primera era el reducido grupo de escritores antisemitas encabezados por Salvador Abascal y Salvador Borrego, cuya retórica giraba en torno al tópico de la “conspiración judía mundial”.² El segundo núcleo productor de actividades y literatura anticomunista estaba integrado por grupos de empresarios,

¹ Elsa Servín, “Propaganda y Guerra Fría: la campaña anticomunista en la prensa mexicana del medio siglo”, en *Signos Históricos*, núm. 11, enero-junio, 2004, p. 31.

² Borrego colaboró con Abascal en su revista mensual *La Hoja de Combate*, publicada por Editorial Tradición.

cuya retórica antigubernamental y anticomunista se radicalizó a partir de 1975 con la fundación del Consejo Coordinador Empresarial (CCE).³ A principios de los años ochenta, el discurso antigubernamental del CCE era notoriamente anticomunista; líderes como Manuel J. Clouthier expresaban en desplegados y entrevistas su temor de que, a raíz de la nacionalización bancaria, las “tendencias socializantes del gobierno” condujeran al “establecimiento de una dictadura totalitaria en nuestro país”.⁴ Producto de este contexto, *L.f.j.* puede considerarse un híbrido entre estas dos tendencias anticomunistas mexicanas, la del antisemitismo representado por Abascal y Borrego, y el anticomunismo y antiestatismo de los empresarios organizados en el CCE.

Escrito por Hannerl Gossler (probablemente un seudónimo), *L.f.j.* fue prologado por Borrego, aunque esta aportación dista de ser su única influencia en el texto. Gossler es también autora de media docena de libros publicados en México, cuyos temas son principalmente el esoterismo y la pseudociencia.⁵ Debe apuntarse que la identidad de Gossler representa un problema, ya que *L.f.j.* contiene afirmaciones contradictorias sobre sus orígenes supuestamente alemanes y sobre diversos episodios de su adolescencia ocurridos en Alemania durante la década de los años treinta. Sin embargo, existen elementos para

³ Miguel Abruch Linder, “La cruzada empresarial”, en *Nexos*, abril de 1983, p. 25. Estos organismos utilizaban el “catastrofismo como técnica de control” para ejercer presión sobre el gobierno y forzarlo, apelando a la opinión pública, a modificar políticas económicas que los empresarios consideraban perjudiciales, como el aumento en el gasto público, la limitación de las exenciones fiscales a las empresas y la cercanía del gobierno con organizaciones obreras y sindicatos.

⁴ *Ibidem*, p. 27. En el contexto de la nacionalización de la banca en 1982, el anticomunismo de los empresarios alcanzó un pico importante: el CCE emitió un comunicado anunciando que la “estatización de la banca es un golpe definitivo a la actividad empresarial privada y una clara señal de la entrada del país al socialismo”.

⁵ Los títulos que completan su bibliografía publicada son *La ciencia celeste de los aztecas* (1974), *Manual de adivinación* (1976), *La corte de las orgías* (1977), *¿Aterrizaron los ovnis en nuestras pirámides?* (1977), *Héroes o traidores, Amanecer de un nuevo mundo* (1978) y *México Agoniza* (1983), título que también se considera, en menor medida, como fuente para el presente capítulo.

suponer que en realidad se trata del pseudónimo de una escritora mexicana y no de una ciudadana alemana que emigró en 1939 a México (al que en ocasiones se refiere como “mi país”).⁶ Lo anterior se afirma porque en el texto abundan expresiones en alemán escritas de forma incorrecta y otras propias del español que se habla en México, lo que permite dudar del origen germano de la autora, quien constantemente se refiere a “los alemanes” y a su carácter, a la vez que utiliza el plural mayestático para referirse a “los latinoamericanos”.

A diferencia de Borrego, Gossler no busca rectificar la historia de la Segunda Guerra Mundial: “Yo me abstengo de dar una opinión personal y me limito a narrar los acontecimientos, ya que el único fin al escribir este libro es dar a Latinoamérica una visión clara de los hechos”.⁷ La medida en que su libro responde a necesidades políticas y propagandísticas de coyuntura se vuelve patente cuando escribe: “¿por qué nada más exhiben las humillaciones a las que los alemanes sometieron a los judíos, hace más de 35 años, y no las ignominias

⁶ Gossler afirma haber llegado a México en 1939 tras presenciar dos eventos históricos en Alemania. El primero habría sido una ceremonia militar en la que se honró a los combatientes de la Primera Guerra Mundial, sobre la cual escribe: “Yo estaba en Alemania y fui testigo por que [sic] lo transmitieron por todas las estaciones de radio, no había T.V., pero estos actos se filmaban y se pasaban en los noticieros de todos los cines”. Gossler, *La farsa judía*, op. cit., p. 149. Gossler vuelve a vincular su experiencia personal con la historia política del nazismo al afirmar que “en enero de 1939 Hitler pronunció un discurso que yo escuché [...]”. *Ibidem*, p. 151 [En este discurso, uno de los más conocidos de Hitler, éste “profetizó” el fin de la “judería europea” en caso de que ésta desencadenara una nueva guerra contra Alemania]. Por otro lado, el libro de Gossler *México agoniza* (1983), contradice su supuesto origen alemán: “Recuerdo como en sueños –escribe Gossler– en el Colegio Alemán, el maestro de civismo, el profesor Morales, nos insistía en que no había razón para que fuéramos bautizados y nos influía durante su clase a una fuerte antireligiosidad [sic] y disolución familiar. Esto a la edad de ocho o nueve años, pues hablo de 1937, nos dejaba huella [...]”, Hannerl Gossler, *México Agoniza*, México, Editorial Escorpio, 1983, p. 53. No obstante, en *La farsa judía*, publicado un año antes, Gossler escribe: “Yo estuve interna en una escuela para señoritas, localizada en una isla del Rhin frente a Rolandsack, cuyo nombre es Nennenwrth [Nennenwerth]”, y “esto lo pude constatar una vez que estuve en Berlín”, afirmaciones que, cuando menos, contradicen lo expuesto por la propia autora respecto a que su niñez transcurrió en México.

⁷ Hannerl Gossler, *La farsa judía (Juicio final)*, México, Editorial Escorpio, 1982, p. 94.

que se cometieron y aun actualmente se llevan a cabo contra los cristianos?”.⁸ Con esto último, se refiere en parte a la guerra entre Líbano e Israel que se hallaba en un punto crítico en 1982, cuando publicó *L.f.j.*⁹ En su epílogo, escribe lo siguiente, refiriéndose al Holocausto: “[...] de muchos de los crímenes de los que acusan a los alemanes existe una gran cantidad de leyenda [*sic*] como lo demuestro en este libro, pero la masacre sin precedente que actualmente están cometiendo en Líbano los israelitas, eso sí es una realidad contundente e inescrutable, una verdad evidente e ineludible”.¹⁰ El “farsa” del título alude al Holocausto, que para Gossler constituye un fraude propagado por “la judeomasonería internacional” para extorsionar a Alemania y financiar al Estado de Israel. Como ejemplo acabado de propaganda nazi producida en el ámbito mexicano a finales del siglo XX, *L.f.j.* es también un alegato contra el comunismo y una defensa de la propiedad privada y de la civilización cristiana-occidental.

El propósito de Gossler, a pesar de ocuparse de temas explícita y predominantemente europeos (y pretendidamente históricos), puede interpretarse como la proyección y descripción de los ideales de nación, régimen político y sociedad que consideraba apropiados para México. Lo anterior es un reflejo de la admiración que, hacia mediados de los años cuarenta, producían en ciertos sectores de la prensa y la sociedad mexicana el militarismo, el autoritarismo, el catolicismo y el anticomunismo de personajes como Francisco Franco, Benito

⁸ *Ibidem.* p. 51.

⁹ La portada del libro exhibe la fotografía del cadáver de un niño palestino en brazos de un joven, acompañado por las líneas escritas con tinta roja y en mayúsculas: “La masacre del Medio Oriente es la continuación de lo que inició Israel en la Alemania de Hitler... pero no es el final”.

¹⁰ Gossler, *La farsa judía*, *op. cit.*, p. 171.

Mussolini y Adolf Hitler.¹¹ Como se verá, Gossler critica al gobierno mexicano por sus políticas económicas y sociales, pues consideraba que el país estaba sucumbiendo ante el comunismo y que sólo una dictadura personalista tipo Franco-Mussolini-Hitler resolvería los problemas económico-políticos de México.

El libro *L.f.j* puede considerarse propaganda nazi porque reproduce estrategias argumentativas propias de aquélla, similares a las descritas en el capítulo anterior en el caso de *D.m*. En *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda during World War II and the Holocaust* (2008), Jeffrey Herf estudia el funcionamiento de los órganos de propaganda nazis y el proceso de formación de directivas oficiales que influían en el tipo de información distribuida dentro y fuera del Tercer Reich. Como ejemplo, toma el de las órdenes para difamar a los líderes políticos Aliados, y sostiene que asociar a los líderes de Inglaterra y los Estados Unidos con el “judaísmo internacional” era una de las estrategias propagandísticas alemanas más importantes: “Un memorándum del Ministerio de Asuntos Exteriores de enero de 1939, ‘La cuestión judía como factor de la política exterior en 1938’, describía a los Estados Unidos como las ‘sede’ de la ‘judería internacional’ y aseveraba que Roosevelt se había rodeado de consejeros judíos”.¹² Por su parte, Gossler toma de Borrego la idea de los consejeros judíos de Roosevelt, y vuelve al tema, comentado en el capítulo anterior, de la

¹¹ Véase Rubén García Vega, “‘El dictador ideal’. El semanario *Omega*: un periódico de la derecha radical mexicana (1939-1942)”, en *Legajos. Boletín del Archivo General de la Nación*, núm., 1. ene.-mar. 2014.

¹² Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda during World War II and the Holocaust*, Belknap Press, 2008, [edición electrónica], loc. 836.

separación entre los pueblos y los líderes de Occidente, estrategia propagandística del nazismo para alienar a dichas poblaciones de sus gobiernos.¹³

Al igual que Borrego, Gossler afirma que los pueblos norteamericano e inglés fueron engañados por sus líderes para involucrarse en la guerra. En este sentido, *L.f.j.* ofrece un cuadro relativamente benévolo del pueblo inglés, afirmando que “ni es cruel, ni es guerrero, quizá adusto, y tiene fama de flemático, por lo que fue incomprensible cómo esos hombres llegaron a ser tan despiadados con los alemanes”.¹⁴ Con lo anterior, se refiere a la supuesta campaña de despoblamiento, hambruna y violencia que los Aliados habrían instrumentado en Alemania entre 1945 y 1949. Su fuente para este tema es el libro *The High Cost of Vengeance* (1949), de la anticomunista norteamericana Freda Uitley, quien también forma parte del grupo de escritores aislacionistas de finales de los años cuarenta que sirvieron a Borrego como fuentes para *D.m.*

Los casos en que *L.f.j.* reproduce argumentación propia de la propaganda nazi son numerosos. Uno de ellos gira en torno al proceso por el cual “los nazis atribuían sus propias intenciones agresivas y asesinas a sus víctimas, [a] los judíos en particular”.¹⁵ En su momento, dicha atribución justificó el proceso de expoliación económica y segregación legal y física de los judíos alemanes entre 1933 y 1939, y sentó el precedente para su posterior asesinato en masa durante los últimos tres años de la guerra. Según Herf, “el patrón según el cual cada nueva

¹³ Herf sostiene que dicha estrategia se originó en el Ministerio de Propaganda del Tercer Reich, y en ese sentido escribe en *The Jewish Enemy*: “En su conferencia ministerial del 24 de julio [de 1940], Goebbels seguía instruyendo a los oficiales del Ministerio de Propaganda en el sentido de atacar “Sólo a la plutocracia británica [...] y no al pueblo en su conjunto [...] Nuestros medios oficiales de propaganda deben dejar claro al pueblo británico que la camarilla plutocrática que los gobierna no tiene nada en común con ellos, que ningún vínculo los une”, *Ibidem*, loc. 1176.

¹⁴ Gossler, *La farsa judía*, *op. cit.*, p. 49.

¹⁵ Herf, *The Jewish Enemy*, *op. cit.*, loc. 142.

medida antijudía se justificaba como una respuesta a un acto previo de agresión por parte de los judíos se instauró en los primeros meses del régimen”,¹⁶ y así lee Gossler la escalada de antijudaísmo alemán de la década de los años treinta. Para ella, “los judíos predicaron fanáticamente la guerra contra Hitler”,¹⁷ pues “todos los judíos comunistas del mundo se encargaron de desprestigiar a los alemanes por todos los medios de comunicación en forma sistemática durante años”.¹⁸

El origen histórico de la denuncia del supuesto complot judío para difamar al nazismo dentro y fuera del Tercer Reich se encuentra, según Herf, en las disposiciones tomadas por Joseph Goebbels para organizar el boicot de los negocios judíos del 1 de abril de 1933: “Una vez que la dirección de la causalidad y la cronología había sido invertida, Goebbels presentó los planes del partido para boicotear los negocios judíos como la respuesta a una campaña judía mundial de mentiras y ‘cuentos de atrocidades’ [respecto a las cuales no se especificó su naturaleza]”.¹⁹ Como Borrego, Gossler afirma que los judíos le declararon la guerra a Alemania en 1933 y ésta se limitó a defenderse de una injusta agresión.

1.2 Fuentes y criterios de verdad

En *L.f.j.* se citan algunas de las fuentes predilectas de los antisemitas latinoamericanos: *Derrota mundial* de Salvador Borrego; *El judío internacional* de Henry Ford; *El mito de Roosevelt*, de John T. Flynn; *The High Cost of Vengeance*, de Freda Uitley; los libros de “Traian Romanescu”; *Odio incondicional* de Russell

¹⁶ *Ibidem*, loc. 672.

¹⁷ Gossler, *La farsa judía*, *op. cit.*, p. 133.

¹⁸ *Ibidem*, p. 139.

¹⁹ Herf, *The Jewish Enemy*, *op. cit.*, loc. 695.

Grenfell; *La mentira de Ulises*, de Paul Rassinier; los libros del argentino Julio Meinville; la obra *Decadencia de Occidente* de Oswald Spengler y *Mein Kampf*. Una notable adición a esta lista es David Irving, quien para 1982 (cuando se publicó *L.f.j.*) ya tenía en su haber *Hitler's War* (1977).

El principal criterio de verdad de Gossler es considerar verídicas a sus fuentes si éstas coinciden entre sí. Para esta autora, el hecho de que aquéllas repitan cifras, nombres y fechas es muestra de que su información es confiable. Sin embargo, pasa por alto que sus fuentes son casi exclusivamente libros de corte antisemita que se han plagiado entre sí durante poco más de cien años y cuyo carácter apócrifo, como en el caso de los *Protocolos de los Sabios de Sión*, está ampliamente comprobado. Siguiendo a Borrego, considera el antisemitismo de un escritor motivo suficiente para otorgarle completa credibilidad, por lo que afirma que la “verdad irrefutable está avalada por escritores”,²⁰ o “todo está confirmado por los autores mencionados”. En un proceso circular, según el cual citar equivale automáticamente a confirmar y conferir validez, sigue a un grupo de escritores antisemitas por “imparciales”, a quienes describe como:

Los connotados hombres de letras cuya honradez no se pone en duda por su imparcialidad ante los hechos históricos, ya que con gran valor han puesto al descubierto las infamias que cometieron en la última guerra mundial los estadistas que hace algunos años aparecían todavía como héroes, y que con gran veracidad escriben sobre la ignominiosa publicidad elaborada por judíos y comunistas.²¹

²⁰ Gossler, *La farsa judía*, op. cit., p. 35.

²¹ *Ibidem*, p. 98.

De igual forma, afirma que no emplea fuentes alemanas (de ese origen o en ese idioma) como una muestra de imparcialidad; argumentando que al recurrir a ellas su trabajo podría dar la impresión de defender de forma poco objetiva a los alemanes: “debo decir en honor a la verdad que la mayor parte de estos escritores son americanos, españoles, ingleses, franceses, búlgaros, mexicanos, y sólo unos cuantos alemanes, por lo menos los que yo he leído”.²² Este supuesto afán de objetividad histórica se explica porque: “Los escritores que más apasionadamente defienden a los alemanes, son ingleses, franceses, norteamericanos, españoles y mexicanos, quizá se deba a que en mi búsqueda por la verdad, recurriera lo menos posible a los alemanes, o que estos últimos son menos vehementes.”²³ Esta omisión, supuestamente deliberada, permite suponer que Gossler es el seudónimo de una mujer mexicana, con poco o nulo conocimiento del alemán.

Gossler repite un elemento característico de la propaganda nazi al tener por lenguaje figurado los términos para referirse a las medidas antijudías alemanas entre 1939 y 1945 (como “tratamiento especial”, “evacuación” y “solución final”). Este doble rasero del lenguaje es propio de la retórica nazi, que ya había establecido desde sus inicios la misma distinción entre la naturaleza supuestamente metafórica de su propio lenguaje y vocabulario y el carácter literal de las temidas amenazas judías de las que afirmaba defenderse. En este contexto, Gossler tiene por literal el lenguaje amenazante y violento de los panfletos antisemitas que utiliza como fuentes, en los que los judíos supuestamente expresan sus planes para esclavizar a los pueblos cristianos:

²² *Ibidem*, p. 41.

²³ *Ibidem*, p. 155.

Aunque parezca una paradoja, Hitler fue uno de los pocos hombres que entendió el problema judío; por eso hablaba de la “solución final”, y aunque la mayor parte de los escritores pagados por los judíos ha desviado el sentido de la frase ya que la asocian al exterminio, no fue a eso a lo que se refería, puesto que nunca lo mencionó y sí hizo en cambio un llamado público a todas las naciones para que se les diera un lugar de residencia, pensó primero en Palestina; esto incluso lo han reconocido los mismos judíos [...]”²⁴

Aunque el nazismo diseñó programas antijudíos de expulsión y reasentamiento masivo (con finalidades igualmente genocidas) en Polonia, Palestina y Madagascar antes de 1940,²⁵ luego de esa fecha su lenguaje dejó de ser figurado y se imbuyó del vocabulario propio de un contexto militar, en el que “la narrativa nazi era un intento por situar las amenazas de aniquilación y exterminio dentro del marco normal o al menos familiar del lenguaje bélico”.²⁶ A este respecto, la influencia de Borrego (a quien Gossler califica en repetidas ocasiones de “connotado escritor”) en *L.f.j.* es enorme. De Borrego, recoge palabras como “exterminar”, “aniquilar”, “virus”, “enfermedad”, “alimaña” y “fiebre mortal”.

Como Borrego antes que ella y Miguel Ángel Jasso Espinosa después, según se analiza en el tercer capítulo de esta investigación, Gossler recurre al sofisma de afirmar que el no ser el creador original de un movimiento o ideología tiene dos consecuencias *directas*: por un lado, es prueba de la veracidad de dichas posturas, y por otro, exonera o rehabilita a los partidarios de tales medidas

²⁴ *Ibidem*, p. 127.

²⁵ Sobre los planes de emigración forzada y reasentamiento de los judíos, el historiador Leon Poliakov ha escrito: “[...] el Führer decidió la liquidación total del judaísmo europeo a finales de 1940 o principios de 1941, y se lo notificó a [Heinrich] Himmler en el mismo momento en que los servicios de la RSHA [Oficina Central de Seguridad del Reich] trabajaban con diligencia en el proyecto de emigración total, la transferencia masiva a Madagascar”, León Poliakov, *Breviario del Odio*, (1951), Cómplices Editorial, Barcelona, 1979, p. 145.

²⁶ Herf, *The Jewish Enemy*, *op. cit.*, loc. 247.

por su implementación. Este uso sofisticado del criterio de antigüedad establece y justifica precedentes para el antisemitismo nazi, al tiempo que acepta implícitamente la realidad histórica del mismo, aunque sea sólo para negarlo inmediatamente después. En torno a este tema, el razonamiento de Borrego, Gossler y Jasso es idéntico. En *D.m.*, el primero sostiene que:

Esas reacciones antisemitas no son nuevas ni las inventó una monomaniaca predisposición de Hitler. 2,500 años antes de que Hitler creara el nacionalsocialismo, los judíos atraían sobre sí la ira de Nabucodonosor; 2,000 años antes de que Alemania fuera acusada de intransigencia racial la intransigencia judía ya había crucificado a Jesucristo porque no consagraba al hebreo como dominador del mundo.²⁷

Por su parte, Gossler escribe que “en lo que se relaciona a los genocidios en masa [*sic*], éstos aparecieron mucho antes de que Hitler apareciera en la historia”,²⁸ y que “una revista yugoslava [de la cual no da el título] afirma que la URSS cometió el delito de genocidio antes que Hitler”.²⁹ A su vez, Jasso escribe en su tesis *La simpatía por el nacionalsocialismo y el fascismo en México* (2004) que “la paternidad de la idea de gran conspiración mundial judía, no es propiedad exclusiva de Salvador Borrego”, y que “debemos decir que Salvador Borrego no dice nada nuevo cuando afirma que una identificable camarilla de intelectuales de origen hebreo participó en la estrategia, táctica, acción y dirigencia de la

²⁷ Borrego, *Derrota mundial*, *op cit.*, p. 314.

²⁸ Gossler, *La farsa judía*, *op. cit.*, p. 133.

²⁹ *Ibíd.*, p. 134.

Revolución rusa. Antes de Borrego lo habían hecho otros escritores”.³⁰ El argumento es el mismo, y su finalidad es la justificación de las medidas antijudías: para Gossler “el antisemitismo, como se sabe, inició mucho antes de la era Cristiana”,³¹ lo que justifica el antisemitismo y la persecución nazi.

Para concluir el análisis de las fuentes y los criterios de verdad de Gossler, deben señalarse dos casos en los que toma párrafos completos de *D.m.* y los incorpora en su texto como propios. Lo anterior resulta particularmente interesante porque Borrego prologó el libro de Gossler y son precisamente algunos comentarios de esta última los que permiten identificar las ocasiones en las que Borrego reproduce como suyos textos de otros autores. Así, Gossler presenta como propio el siguiente párrafo, citado líneas arriba:

Que en Alemania hubo una reacción general antisemita, provocada por el nazismo, no cabe la menor duda, pero no la inventó Hitler; dos mil quinientos años antes de Cristo la intransigencia judía ya exaltaba la ira de Nabucodonosor, y esa misma intransigencia hace dos mil años crucificó a Jesucristo porque no consagraba al hebreo como dominador del mundo.³²

En la misma página, Gossler escribe que “Hitler solía decir en sus discursos: ‘No es que el judío carezca de moral; es una raza de costumbres, sobrio y disciplinado, pero utilizan todas sus corrientes impuras [*sic*] que puedan dañar o debilitar al no judío. No consumen venenos, pero propician la

³⁰ Miguel Ángel Jasso Espinoza, *La simpatía por el nacionalsocialismo y el fascismo en México*, Tesis de Maestría en Ciencia Política, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, p. 247.

³¹ Gossler, *La farsa judía*, *op. cit.*, p. 131.

³² *Ibídem*, p. 52.

popularización de ellos [sic]”.³³ Este supuesto discurso de Hitler aparece en *D.m.* (en el primer párrafo del capítulo “Guerra a muerte entre nazis y judíos”) como texto de Borrego. Del mismo libro, Gossler reproduce como propio el siguiente párrafo, que ilustra su idea de moral y sociedad: “se les impidió [a los judíos] que mediante la pintura estrambótica, la música sensualista, los bailes vulgares, la pornografía, y las teorías disolventes y debilitadoras de los valores morales eternos relajaran el medio ambiente [sic] de la población alemana”.³⁴ De igual forma, el texto de Gossler: “Hitler recordó noviembre de 1918, y fue entonces cuando se empezó a tratar a los judíos conspiradores con la rudeza que las leyes de todos los países prescriben para aquellos que sin ser soldados regulares realizan actividades bélicas contra un pueblo en guerra”,³⁵ que alude al Holocausto, procede del mismo capítulo de *D.m.*

La mención que Gossler hace del prólogo a *La mentira de Ulises*, libro fundacional de la literatura negacionista contemporánea, da al traste con las pretensiones de objetividad y seriedad académica a las que aspira Borrego, ya que evidencia un caso en el que éste presenta como propio un texto ajeno. Con la finalidad de enfatizar el carácter verídico de su investigación, Gossler apunta: “Para reforzar esta aseveración, transcribiré lo que Bernardo Gil Mugarza escribe en el prólogo del libro ‘La mentira de Ulises’”, y transcribe lo siguiente:

³³ *Ídem.*

³⁴ *Ibidem*, p. 151-152.

³⁵ *Ídem.*

Una de las leyendas de la mitología aliada es la de la muerte de seis millones de judíos. El estudio estadístico de Rassinier demuestra que el número de víctimas fue inferior al millón. En esto se aproxima a lo que el Dr. judío Listojewski publicó en la revista *The Broom*, de San Diego (California), el 11 de mayo de 1952: “Como estadístico me he esforzado durante dos años y medio en averiguar el número de judíos que perecieron durante la época de Hitler. La cifra oscila entre 350,000 y 500,000. Si nosotros los judíos afirmamos que fueron 6 millones, esto es una infame mentira”.³⁶

Estas líneas aparecen en *D.m.* como texto de Borrego en su capítulo “¿Resurrección en masa de judíos?”, en el que aquél escribe, supuestamente de propia voz, la segunda mitad del párrafo citado líneas arriba.³⁷ La referencia de Gossler al prólogo de *La mentira de Ulises* indica que Borrego tomó partes de ese texto y las presentó como propias.³⁸

El descuido de Gossler tiene otro ejemplo en su mención de *El cero y el infinito*, de Arthur Koestler quien, según la autora, “ha dicho todo sobre la falsedad de los testimonios que [se] ofrecieron como pruebas en el juicio de Núremberg que ya nadie toma en serio en Europa occidental”. Lo anterior a pesar de que *El cero y el infinito* trata sobre el confinamiento en una prisión soviética –basada en las experiencias de su autor en una prisión franquista durante la Guerra Civil española– y no tiene relación alguna con el juicio de Núremberg.

³⁶ *Ibidem*, p. 101.

³⁷ Borrego, *Derrota mundial*, *op. cit.*, p. 598.

³⁸ El “Dr. Listojewski” aparece como una de las fuentes proverbiales de la literatura negacionista latinoamericana, cumpliendo un papel similar al del reporte policial *Tagesbefehl* 47 sobre el bombardeo de Dresde de febrero de 1945. Este documento, tras ser tergiversado por órdenes de Joseph Goebbels, se convirtió en la fuente contemporánea (y anónima) para la cifra de 300,000 víctimas en dicho bombardeo promovida por negacionistas como David Irving (la cifra real se calcula en 25,000 muertos). Véase Deborah Lipstadt, *History on Trial. My Day in Court with a Holocaust Denier*, Harper Perennial, 2005, p. 167-171.

1.3 Idea de moral y sociedad

En *L.f.j.* se advierte contra el peligro de que México sucumba a la influencia de las “hordas comunistas” y a su “sistema de terror y opresión al que los latinoamericanos no estamos acostumbrados”. Su autora asocia al comunismo con ideas que considera disolventes, como la diversidad sexual y étnica, la liberación laboral y sexual de la mujer, el uso de estupefacientes, el ateísmo, la disolución familiar, la violencia en los medios masivos de comunicación y la pérdida de los valores y los sentimientos nacionalistas.

Cuando escribe sobre la sociedad mexicana ideal, *L.f.j.* deja de lado momentáneamente a los judíos para criticar al comunismo como supuesto disolvente social y antítesis de la civilización cristiana occidental, y pasa a centrarse, por ejemplo, en la integración de personas de color en la sociedad como factor de disolución.³⁹ El racismo de Gossler es un tema recurrente, al que vuelve al recordar su supuesta estancia en la escuela para señoritas de Nennenwerth, donde que habría escuchado los relatos de las monjas sobre la ocupación francesa del Ruhr en 1923, en la que “lo peor fueron las violaciones por los hombres de color que mandó Francia”.⁴⁰

³⁹ Para Gossler, esa disolución social se expresa en la integración de personas de color en la sociedad: “Una película altamente nociva que hizo un gran impacto en la juventud actual fue: “Jesus Christ Super Star” en la que ridiculizan a Cristo el representante de Dios en la tierra para los cristianos, sale cantando como “Hippie” en un dúo con María Magdalena, y hacen destacar a Judas que lo representa un negro, y no es que yo sea racista, pero Judas Iscariote jamás fue negro. Total, el Nuevo Testamento se convierte en una comedia musical. ¿Cómo es posible que se denigre al hombre que para nosotros los cristianos merece el mayor de los respetos? Gossler, *La farsa judía*, *op. cit.*, p. 12.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 93. Estas líneas son similares a las que Hitler escribiera en *Mein Kampf*: “Fueron los judíos los que trajeron al Rin a los negros, siempre con el pensamiento oculto y la clara meta de destruir, mediante las necesarias bastardías, a la raza blanca que tanto odia”, citado en Bernard Lewis, *Semitismo y antisemitismo*, México, Editorial Diana, 1991, p. 24.

El antisemitismo de Gossler tiene un papel secundario en lo que respecta a sus ideales de moral y sociedad, pero ocupa un lugar preponderante cuando critica al “comunismo judío” para denunciar los supuestos peligros que acechan a la sociedad mexicana. Al mismo tiempo, culpa a los judíos por el antisemitismo:

No tendría nada en contra de los hebreos si estos no intentaran dominar al mundo no judío por medio de mentiras, injusticias, violencias y exterminios, si no intentaran pisotear y aplastar la cultura occidental por medio de música de negros, pintura extrabótica [sic], literatura pornográfica, películas de agresiones, etc. Pero desgraciadamente esa es la situación.⁴¹

Su preocupación por la disolución social y familiar como consecuencias del comunismo la expresa cuando denuncia al ateísmo como la mayor amenaza para el cristianismo mexicano: “[al] pensar que no hay nada más después de la muerte, que nos desintegramos para convertirnos en partículas, incluyendo el alma, si en los momentos de dolor no nos sostiene la fe en una resurrección [...] la lucha por la vida carecería de valor”.⁴² Más adelante, advierte contra la disolución familiar si el comunismo arraiga en México:

[S]i a eso agregamos la negación del amor a los seres queridos como sería la disolución familiar, si procreáramos hijos sólo como consecuencia de un momento efímero de placer para después ni siquiera reconocerlos, no tendría significado la existencia, ya que seríamos como animales irracionales, que es a lo que llevaría la disgregación familiar y el escepticismo religioso.⁴³

⁴¹ *Ibidem*, p. 125.

⁴² *Ibidem*, p. 124.

⁴³ *Ídem*.

Finalmente, la relación entre comunismo, judaísmo y decadencia social se establece como una amalgama de elementos pergeñados para engañar a Occidente y perpetuar el “fraude” del Holocausto:

Es tiempo ya de abrir los ojos y no seguir permitiendo en primer lugar que nos abrumen con literatura y películas de “su Drama”, porque lo que están logrando con ello es descristianizar al mundo, y en segundo, que nos embrutezcan con temas de sexo, crímenes, robos, asaltos, agresiones, asesinatos, en tercero, que nos enajenen con sus programas de deportes, para que no utilicemos la mente, de pintura extrambótica [*sic*] para que no seamos creativos, de literatura nociva para crear odios entre los hombres, de música de locos, cuyos autores son drogadictos para exaltarlos como ídolos, y por último, que nos transformen en títeres manipulados en un “todos contra todos” porque en verdad de esa manera lograrán su objetivo y nos convertirán en sus esclavos, hasta el día en que llegue el Juicio Final.⁴⁴

Aunque no especifica títulos o autores, Gossler considera a la literatura sobre el Holocausto como un factor de disolución social, una avalancha corruptora y falaz, bastión de la propaganda comunista para subvertir a México: “esa literatura es altamente nociva, porque nos mantiene en la ignorancia de la realidad y no nos revela el verdadero peligro que está al acecho para asestarle un golpe de gracia a Occidente y entregarlo en manos de las hordas comunistas”.⁴⁵ El análisis de los ideales de nación y sociedad de Gossler permite afirmar que sus diatribas antisemitas y anticomunistas en realidad funcionan como expresión de sus aspiraciones autoritarias, militaristas y racistas.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 136.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 155.

1.4 Las contradicciones negacionistas: el Holocausto en *La farsa judía*

Gossler dedica una parte sustancial de sus esfuerzos a denostar la literatura sobre el Holocausto como propaganda judía. Sin embargo, su tratamiento de dicho tema es contradictorio: aunque su objetivo es negar toda credibilidad al genocidio como hecho histórico, reconoce la gravedad del antisemitismo nazi (con expresiones como “este punto ni se pone a discusión”), pero siempre en el marco de una legítima defensa alemana contra una embestida del judaísmo, lo que le sirve para presentar un equivalente moral y criminal de los Aliados.

Como ya se observó, Jeffrey Herf ubica en 1941 el momento en que la retórica del nazismo para referirse a los judíos dejó de ser figurada y adquirió un tono mucho más radical y agresivo. Este cambio en el lenguaje, que acompañó y facilitó la aceptación pública de la remoción de los judíos de Alemania y Europa, se apoyaba en el contexto bélico para justificar la guerra que se hacía a los judíos como una guerra defensiva o justa. Gossler utiliza el mismo mecanismo de justificación; cuando no niega el Holocausto, lo presenta como una medida de represalia que tiene a la guerra (medida defensiva de Alemania contra un injusto ataque internacional) como un atenuante: “constantemente se alude a los campos de concentración que hubo en Alemania, donde se asesinaron a un par de miles de judíos, según ellos millones, pero en ningún momento se aclara que esto sucedió durante la guerra y no antes”.⁴⁶ Para esta autora, al igual que Borrego,

⁴⁶ *Ibidem*, p. 13. El historiador Pier Paolo Poggio también ha identificado este argumento de los negacionistas: “por lo que se refiere a los crímenes, como la masacre de los judíos, hay que contextualizarlos en el escenario de guerra y, en todo caso, se cometieron a espaldas de Hitler”. Véase Pier Paolo Poggio, *Nazismo y revisionismo histórico*, Akal, 2004, p. 25.

esta postura relativista se basa en la premisa de que “las condiciones en los campos se justifican porque el contexto era uno de confrontación bélica”:

[N]o justificaré la matanza de judíos que se llevó a cabo en Alemania, a pesar de que existen atenuantes dadas las circunstancias y antecedentes que existieron para tomar dichas determinaciones, ya que ningún ser humano o nación tiene autoridad o derecho a cometer “genocidio”, aunque este acto no sea ni remotamente en la magnitud ni en la forma en que se ha presentado en miles de películas, artículos periodísticos y libros.⁴⁷

Estas ideas se basan en los trabajos de “revisionistas” de la segunda posguerra, como Freda Uitley. Para estos autores, tras su derrota, el Tercer Reich fue víctima de atropellos mucho peores que el asesinato de los judíos a manos del nazismo, por lo que consideran el supuesto genocidio cometido por los Aliados contra la población alemana de posguerra como el “verdadero” holocausto. A este respecto, Deborah Lipstadt escribe: “[Freda] Uitley y otros revisionistas afirmaron falsamente que durante años, luego de la rendición incondicional, los Aliados mantuvieron a los alemanes con raciones de alimentos que eran menores, o en el mejor de los casos, iguales a las que podían obtenerse en un campo de concentración”.⁴⁸ El libro de Uitley *The High Cost of Vengeance* es una de las fuentes de Gossler para afirmar que “sólo una cosa es cierta, el bárbaro exterminio de los judíos por Hitler fue superado por el exterminio de alemanes a cargo de las potencias democráticas y amantes de la paz de las Naciones Unidas”.⁴⁹

⁴⁷ *Ibidem*, p. 18.

⁴⁸ Lipstadt, *Denying the Holocaust*, *op. cit.*, loc. 894.

⁴⁹ Gossler, *La farsa judía*, *op. cit.*, p. 87.

De *La mentira de Ulises*, Gossler recoge el tópico de que “los campos [de concentración] en Alemania estaban bajo el control de los prisioneros”, lo que resta responsabilidad a los alemanes.⁵⁰ La coerción a la que eran sometidos los prisioneros para, a su vez, abusar de otros reclusos, es prueba del carácter pérfido de los judíos y los comunistas, a quienes juzga “responsables de la muerte de cientos de miles de los ahí reclusos”. Aquí, Gossler reconoce por momentos el antisemitismo nazi para relativizarlo en comparación con los actos de los Aliados. Cuando escribe que “todos estuvieron sujetos a equivocaciones, errores, genocidios, etc.”,⁵¹ reconoce implícitamente que el nazismo tenía un proyecto antijudío, aunque lo justifica como una defensa legítima contra una supuesta agresión previa del “judaísmo internacional”. Más tarde, abandona este reconocimiento parcial y explícito del antisemitismo nazi:

[D]esde luego no se disculpa a los alemanes del mísero e inhumano trato que se le daba a la mayor parte de los deportados, ya que poner a los prisioneros en manos de desalmados, sean estos antinazis, polacos, rusos, checos u lo que sean [sic], también es una responsabilidad que recae sobre las fuerzas de comando de la S.S., pero, en cierta forma, aminora la culpabilidad de ellos [sic], puesto que no eran directamente los que incurrían en el robo y en el maltrato, pero sobre todo, exime de responsabilidad a los directivos de Berlín, ajenos a lo que sucedía en los campos.⁵²

⁵⁰ De acuerdo con la historiadora Inga Clendinnen, la mayoría del personal que se ocupaba de regular la vida diaria de los campos eran, efectivamente, prisioneros: “La mayoría del trabajo en Auschwitz, incluyendo la coerción y el castigo de los prisioneros, era llevado a cabo por prisioneros [...] En Treblinka, un campo cuya función era únicamente la producción de muerte, el trabajo era llevado a cabo por un millar de prisioneros judíos de diversas nacionalidades, bajo la supervisión de ochenta guardias ucranianos y cuarenta miembros de las SS, de los cuales solo veinte estaban de guardia en cualquier momento dado”. Inga Clendinnen, *Reading the Holocaust*, Cambridge University Press, 2002, p. 63.

⁵¹ Gossler, *La farsa judía*, op. cit., p. 95.

⁵² *Ibidem*, p. 107.

Aquí, Gossler aborda inadvertidamente un debate historiográfico de finales de los años sesenta que planteó el estudio del Holocausto en términos de dos posturas antagónicas: el intencionalismo y el estructuralismo. La primera de éstas (también llamada “hitlerismo”) suponía la existencia de un plan concebido por Hitler entre 1919 y 1923 para asesinar a los judíos. Esta postura se basa en el supuesto de que aquél era un dictador “fuerte” y de que sus decisiones e intenciones eran determinantes y podían estudiarse para comprender las causas de la guerra racial que emprendió contra los judíos.⁵³ La historiografía intencionalista pretendía asignar “responsabilidad histórica” y emitir “juicios históricos” con relación al Holocausto, en contraposición a los postulados teóricos y objetivos prácticos de su contraparte, la escuela estructuralista.⁵⁴ Este segundo enfoque (también llamado “funcionalismo”) suponía que Hitler era un dictador “débil”, sin control absoluto sobre lo que acontecía en el Tercer Reich, por lo que da preponderancia a las estructuras o funcionamiento de las instituciones nazis y desestima la existencia y la importancia de un plan u orden de Hitler para asesinar a los judíos (sin afirmar, claro que está, que desconociera o desaprobara

⁵³ Para el historiador Ian Kershaw, “la explicación intencionalista (o hitlerista) del Holocausto se apoya fuertemente en la aceptación de la fuerza y la autonomía de la libertad de los individuos como determinantes del curso de la historia”. Kershaw, *Hitler, the Germans and the Final Solution*, Yale University Press, 2009 [edición electrónica], loc. 3506. El historiador Michael Marrus sugiere que el intencionalismo surgió en fecha tan temprana como 1945, durante los procesos de Nuremberg, cuando los fiscales norteamericanos “presentaron los crímenes de guerra nazis como una conspiración cuidadosamente orquestada, emprendida al mismo tiempo que la propia guerra”. Michael Marrus, “The History of the Holocaust: A Survey of Recent Literature”, en *The Journal of Modern History*, vol. 59, núm. 1, marzo de 1987, p. 120.

⁵⁴ La historiadora Lucy Dawidowicz hizo la siguiente crítica al enfoque estructuralista: “Dado que utilizan las estructuras y funciones para explicar decisiones críticas hechas en coyunturas históricas, los estructuralistas no pueden asignar responsabilidad histórica a sus actores históricos. Por lo tanto, son incapaces de hacer juicios históricos”. Lucy Dawidowicz, *The War Against the Jews, 1933-1945*, New York, Bantam Books, 1975, p. XXXII.

el genocidio). Para el historiador Omer Bartov, el estructuralismo como teoría es deficiente para explicar el genocidio porque en dicho enfoque:

la ideología es admitida e inmediatamente descartada como irrelevante; el sufrimiento de las víctimas es prontamente reconocido y luego omitido al no poder decirnos nada sobre la mecánica del genocidio; y perpetradores individuales, desde Adolf Hilter, Heinrich Himmler y Reinhard Heydrich hasta los SS de más bajo rango, son empujados fuera del cuadro histórico como despreciables y en último término insignificantes peones en el esquema mayor de un “estado plutocrático”, cuya predilección por la “radicalización acumulativa” era más una función de su estructura que un producto de la planificación intencionada o la autoproclamada voluntad.⁵⁵

Aunque Gossler no se ocupa directamente de las sutilezas del debate intencionalismo/funcionalismo, sus alegatos a favor de exonerar a los nazis por el planeamiento y ejecución del genocidio terminan por aludir a dos instancias concretas en las que el negacionismo tomó nota de dicho debate para cuestionar el Holocausto. En el primer caso, se pervierten las nociones y los objetivos del intencionalismo para sugerir que Hitler (o el nazismo) no tenía planes o propósitos antijudíos de ningún tipo, *más bien al contrario*; en el segundo, se lleva al extremo la postura estructuralista para sugerir que la falta de pruebas concretas sobre la existencia y en último término la importancia de una orden directa de Hitler para asesinar a los judíos es una prueba en sí misma de la inexistencia de dicho plan.

⁵⁵ Omer Bartov, *Germany's War and the Holocaust, Disputed Histories*, Oxford University Press, 1992, [edición electrónica], loc. 1994. Las principales críticas al estructuralismo se basan en que dicha corriente tiende a explicar el Holocausto como el resultado accidental de iniciativas locales para dar solución a un “callejón sin salida” en el que el nazismo se introdujo al invadir la Unión Soviética y deportar desorganizada y precipitadamente hacia Polonia (o Gobierno General, como pasó a llamarse) a miles de judíos, proceso que diluye y despersonaliza la responsabilidad de altos funcionarios nazis encargados de la logística de las deportaciones y los asesinatos masivos.

En *L.f.j.*, el descargo de responsabilidad de los “directivos de Berlín, ajenos a lo que sucedía en los campos,” citado líneas arriba, aparece de forma abrupta, inconexa y gratuita, pues hasta ese momento no se había sugerido en ningún sentido o contexto que aquéllos tengan (o se les atribuya) responsabilidad alguna, y sin embargo se les menciona, *para exculparlos*. Así, la imagen que Gossler presenta de Hitler y el nazismo en relación con el Holocausto se encuentra en contradicciones, ya que los defiende de un acto que asegura no cometieron:

Aunque ahora se exhiba en Dora [Nordhausen-Dora, en Turingia, Alemania] disque la cámara de gas, es la más abominable mentira; que jamás existió ahí una cámara de gas, así como tampoco en Buchenwald para el exterminio de seres humanos. Y que si se hubieran utilizado para algo semejante, no fueron ciertamente los alemanes los que cometieron ese crimen, o si entre ellos había alguno, no era precisamente nacionalsocialista, sino comunista o antinazi, de lo contrario no habría estado internado, y fueron los presos y no los de la S.S. los que ejecutaron todo tipo de barbarismos, aunque [Rassinier] no descarta la posibilidad de que algún loco de los de las S.S. hubiera incurrido en crímenes de esa magnitud, sólo que no existe un documento que pueda evidenciar que estos hechos obedecieron a órdenes recibidas de los altos jefes del partido nacionalsocialista.⁵⁶

Este párrafo es una síntesis notable de las contradicciones negacionistas: en primer lugar, reconoce la existencia de los campos de concentración y exterminio; pasa de cuestionar la existencia de las cámaras de gas a reconocer su uso, pero sólo para exculpar a los “directivos de Berlín”, que se supone nada sabían de ellas; y tras eximir a los miembros de la SS de la ejecución de “todo tipo

⁵⁶ *Ibidem*, p. 108.

de barbarismos”, se contradecirse inmediatamente después al afirmar que todo ello (los gaseamientos y las torturas) sí ocurrieron pero sin el consentimiento de Hitler, para lo cual recurre al tópico negacionista de afirmar la inexistencia y demandar la presentación de una orden escrita de para asesinar a los judíos.⁵⁷

1.5 El problema de la “relatividad moral”: el juicio de Núremberg

Una de las estrategias argumentativas y retóricas más utilizadas por los negacionistas consiste en establecer un paralelo entre el genocidio judío (aquí se le reconoce implícitamente) y la invasión y el avasallamiento del Tercer Reich a manos de los Aliados, así como con la destrucción atómica de Hiroshima y Nagasaki. La finalidad de este razonamiento es diluir la naturaleza criminal del nazismo y minimizar su responsabilidad por el Holocausto.

La historiadora Deborah Lipstadt ubica el origen de la equivalencia o relatividad moral del Holocausto como alegato negacionista en la obra de escritores norteamericanos de la segunda posguerra como Charles C. Transil, Harry E. Barnes y Freda Uitley, quienes sostenían que “la guerra no podía ser definida como una lucha moral, ya que todos los bandos habían sido igualmente taimados e igualmente culpables”.⁵⁸ Asimismo, Lipstadt sostiene (además de que la guerra podía ser *efectivamente* definida como una lucha moral”) que “el argumento de que los Estados Unidos cometieron atrocidades de igual o mayor

⁵⁷ La historiografía crítica más reciente desestima la controversia sobre la existencia (y en último término, la importancia) de dicha orden, y pone énfasis en el escalamiento de la violencia antisemita en el contexto de la *Operación Barbarroja* en el verano de 1941, así como en la desorganización institucional del Tercer Reich como factores que condujeron al asesinato de los judíos. Véase el libro de Richard J. Evans *The Third Reich in History and Memory*, Oxford University Press, 2015.

⁵⁸ Deborah Lipstadt, *Denying the Holocaust. The Growing Assault on Truth and Memory*, Free Press, Amazon Digital Services, loc. 856.

magnitud que aquellas cometidas por Alemania se ha convertido en pivote del negacionismo contemporáneo y un tema al que se vuelve continuamente en dicha literatura”.⁵⁹ De esta postura se desprende un supuesto de enorme trascendencia para el estudio del negacionismo: en tanto que los “revisionistas” emprenden juegos de manos conceptuales y establecen equivalencias morales para relativizar el Holocausto, comparándolo con las acciones de los Aliados, para historiadoras como Deborah Lipstadt el genocidio judío sí tiene un carácter absoluto, no-relativo, es decir, singular o *único*. En este esquema, el nazismo también aparece como un absoluto (esencialmente criminal), pues los negacionistas buscan “mitigar, si no es que disipar por completo la singularidad (*uniqueness*) del comportamiento alemán durante la guerra”.⁶⁰

En el marco de estos debates, Gossler sostiene que los Aliados cometieron crímenes de igual o mayor magnitud que el nazismo con la destrucción de Hiroshima y Nagasaki, el bombardeo de ciudades alemanas como Dresde, Hamburgo y Berlín, y el supuesto genocidio cometido en la posguerra con el desarraigo de alemanes étnicos en Europa Oriental: “sabemos perfectamente que la invasión de Alemania por los ejércitos rojos fue una verdadera guerra de exterminio que se llevó a cabo con un salvajismo sin nombre [...] y que detrás de esta masacre estaban los judíos”.⁶¹ Afirma que “la crueldad de los aliados en la ocupación de Alemania no tuvo límite”, ya que “se trataba de exterminar a los ‘malditos’ alemanes lentamente por medio del hambre, del frío y de las penurias”.⁶²

⁵⁹ *Ibidem*, p. 869.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 853.

⁶¹ Gossler, *La farsa judía*, *op. cit.*, p. 135.

⁶² *Ibidem*, p. 48.

Como puede verse, Gossler inadvertidamente niega el Holocausto en el marco de debates historiográficos más amplios sobre la naturaleza del nazismo y el genocidio, debates que plantean la cuestión de si éstos son únicos (o no) y en qué sentido lo son. Su relativismo moral, residuo de las teorías explicativas de corte estructuralista sobre el carácter “improvisado” (en el sentido de la carencia de un plan general) del Holocausto, funge como marco de comparación para establecer una equivalencia moral entre el genocidio y las acciones de los Aliados.⁶³ “Juicio Final [*L.f.j.*] relata el infierno de las ciudades alemanas bombardeadas, el holocausto de Hiroshima y Nagasaki, las vejaciones, saqueos y crímenes cometidos contra la población civil alemana, después de que terminó la guerra [y] la crueldad con la que actuaron las tropas de ocupación”.⁶⁴ El paralelo que establece entre el nazismo y los Aliados es evidente.

Debe señalarse que *L.f.j.* presenta dos momentos no siempre claramente diferenciados entre sí por lo que respecta a las equivalencias morales. El primero corresponde a la negación rotunda del genocidio judío, es decir, un negacionismo “fuerte”, cuyas implicaciones ya han sido abordadas en el apartado anterior de este mismo capítulo. El segundo corresponde al relativismo moral, en el que implícita o explícitamente se reconoce la realidad y magnitud del Holocausto pero comparándolo siempre con las acciones de los Aliados, para mitigar el carácter criminal del primero.

⁶³ Gossler establece la equivalencia de la siguiente forma: “los alemanes también cometieron crímenes, pero estos no fueron ni peores, ni más horribles, ni en mayor cantidad que los que cometieron los aliados y los rusos”. Gossler, *La farsa judía*, op. cit., p. 34.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 5.

El relativismo moral constituye el argumento principal de Gossler para protestar contra el juicio de Núremberg. Afirma que “es importante saber hasta qué punto puede un asesino enjuiciar a un criminal”,⁶⁵ y reconoce que el nazismo fue responsable de ciertos crímenes, cuya magnitud ve atenuada frente al comportamiento de los Aliados en Nagasaki, Hiroshima, Dresde y Berlín. Con respecto a los campos de concentración, considera que el hecho de que los alemanes construyeran campos (mismos que afirma eran dirigidos por comunistas, judíos y “antinazis”) pierde importancia frente al hecho de que los Aliados construyeron los suyos propios: “el mercado literario está atestado de una propaganda nauseabunda en contra de los alemanes en general en lo que se relaciona a los campos de concentración, sin embargo, los de los demás países apenas se mencionan”.⁶⁶ Aquí, Gossler se apoya en un criterio de antigüedad que no está definido con claridad ni enunciado explícitamente, ya que es de la mayor significación que “los ingleses se adelantaron a los alemanes en el empleo de los campos de concentración”,⁶⁷ lo que, en última instancia y desde su punto de vista, exime de culpa a los alemanes por incurrir en la misma práctica.

Cabe apuntar que es la propia Gossler quien, apenas enunciarla, niega o minimiza las consecuencias de su propia argumentación. Cuando escribe que “el hecho de que en otros países también hubieran existido [campos de concentración] no exime a Alemania de ese crimen, sólo que no podía ser castigada por crímenes que también habían cometido los países que la

⁶⁵ *Ibidem*, p. 18.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 97.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 157.

inculparon”,⁶⁸ en realidad está considerando la existencia de los campos como fundamentalmente justificada, ya que constituyó una reacción defensiva contra la embestida del “judaísmo internacional” para destruir al Tercer Reich y “no es un crimen por parte de Alemania haber tratado de impedir tales actos”.⁶⁹ En última instancia, para Gossler carece de importancia que el comportamiento de los Aliados haya sido o no igualmente criminal, ya que en la medida en que Alemania construyó los campos para internar comunistas (encabezados e integrados, según ella, por una abrumadora mayoría de judíos), su existencia se justifica por sí misma, por lo que condenar a la cúpula nazi en Núremberg fue un acto criminal:

El hecho de que en Alemania hayan o no existido las cámaras de gas ex profeso para exterminio, y de las que tanto se ha hablado, de que hayan muerto por genocidio *o incluso por otras causas* seis millones de judíos o un millón; que en los campos de concentración se obligara tanto a deportados como a alemanes antinazis a trabajos forzados en los que perecieron varios cientos de miles, no exime a los alemanes de la responsabilidad de esas muertes, aunque no sea [*sic*] ni en la magnitud en la que nos la han presentado, pero sí de haber sido a los únicos a los que se juzgó y mandó a la horca en el juicio de Núremberg.⁷⁰

Para Gossler, los procesos de Núremberg constituyen un “juicio espectáculo”, y los llama “el proceso más extravagante, más injusto y más absurdo que ha existido”, en el que “se violaron todos los Derechos Internacionales y humanos”, porque el carácter inédito del tribunal es motivo suficiente para negarle toda legitimidad. Esto lo afirma sobre el supuesto de que

⁶⁸ *Ibidem*, p. 100.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 128.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 158.

en 1939 el concepto de guerra de agresión no estaba tipificado como delito en ninguna legislación y no existía precedente histórico de una facción victoriosa sometiendo a juicio a la facción derrotada.

La postura relativista de Gossler, que por momentos reconoce el genocidio judío, insiste en la descriminalización del nazismo y en la necesidad de superar el carácter traumático del Holocausto a riesgo de que México sucumba fatalmente a la influencia del comunismo:

[N]o podemos darle vuelta retrospectiva al tiempo; el pasado no se puede revivir pero si podemos edificar en el presente un futuro mejor. Dejemos los rencores, olvidemos los genocidios que se cometieron, tanto de un lado como de otro. No permitamos que la semilla del odio germine en nuestras mentes, pero tampoco permitamos que nos dominen seres sin valores morales y humanos.⁷¹

Aquí, advierte contra el peligro de que el “judeo-comunismo” arraigue en México, lo que para Gossler implica la destrucción del orden social del país. Su anticomunismo/negacionismo se corresponde con la periodización general de un proceso que vio, a partir de mediados de los años cuarenta, la difusión, comprensión, cuestionamiento y utilización política del conocimiento en Occidente sobre los hechos generales del Holocausto. Para negacionistas como Gossler, los estudios sobre el Holocausto son demasiados y además propagandísticos, y el que se investigue el antijudaísmo nazi constituye una afrenta. En esencia, lo que estos autores afirman es que el Holocausto no debe ser investigado y mucho

⁷¹ *Ibidem*, p. 155.

menos recordado,⁷² y presentan el proceso que llevó a Occidente a ser consciente de dicho genocidio como “la invención del Holocausto”. Como se verá en el siguiente capítulo, los hitos historiográficos e históricos de dicho proceso⁷³ han sido leídos (en fecha tan reciente como la primera década del siglo XXI), como embestidas propagandísticas de la “industria del Holocausto”, en lo que constituye una de las modalidades más recientes adoptadas por el negacionismo.

Al igual que Borrego, Gossler utiliza vocabulario nazi para referirse a los judíos, aunque su retórica negacionista es más “sofisticada”. Mediante las equivalencias morales, intenta diluir el carácter criminal del nazismo pero degenera en la defensa de los campos de concentración y las cámaras de gas. A pesar de la similitud temática y de la notable influencia de Borrego. *L.f.j.* tiene características que lo señalan como un texto anticomunista mexicano producido a principios de los años ochenta. En dicho contexto, el anticomunismo eclesiástico y empresarial presionaba al gobierno del país por una mayor rigidez en la conducción de las políticas económicas. Esta defensa de la propiedad privada aparece en *L.f.j.* (teñida de antisemitismo) como escenario para la diatriba de Gossler sobre el Holocausto como una ficción histórica fabricada por los judíos.

⁷² La retórica del negacionismo que aboga por olvidar el Holocausto comparte similitudes con expresiones propias de las cúpulas militares sudamericanas en los años setenta que buscaban minimizar (cuando no negar) las campañas de terror desatadas contra las poblaciones de Argentina, Uruguay y Chile. En este sentido, la petición de Hannerl Gossler: “Dejemos los rencores, olvidemos los genocidios que se cometieron, tanto de un lado como de otro. No permitamos que la semilla del odio germine en nuestras mentes”, es parecida en tono y forma, por ejemplo, al espíritu que animaba a las leyes argentinas conocidas como de Punto Final y de Obediencia Debida, de 1986 y 1987, respectivamente, cuya finalidad era “superar” el pasado de la dictadura militar entre 1976 y 1983 y permitir una “reconciliación nacional”. Para una comparación entre el nazismo y el militarismo argentino, véase Daniel Feierstein, *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.

⁷³ La publicación del *Breviario del odio* (1951) de Leon Poliakov y *The Destruction of the European Jews* (1961) de Raul Hilberg, la fundación del Estado de Israel en 1948, el secuestro, juicio y ejecución de Adolf Eichmann en 1961 y la Guerra de los Seis Días en 1967, entre otros.

Capítulo tercero: Legado

1. El “revisiónismo” y la negación del Holocausto en México en el siglo XXI

El tema de este capítulo son dos ejemplos de escritos en defensa del “revisiónismo” y de Salvador Borrego. Las tesis de maestría y doctorado en Ciencia Política *La simpatía por el nacionalsocialismo y el fascismo en México* (2004) y *Salvador Borrego Escalante: Un escritor conservador en el siglo XX* (2013), [en adelante *L.s.p.e.n.* y *S.B.E.*, respectivamente], de Miguel Ángel Jasso Espinosa¹, reelaboran rasgos propios del “revisiónismo” desde una perspectiva nacional y contemporánea. Estos textos se abordan de forma conjunta por lo que respecta a la similitud de sus temas, estructura, metodología, fuentes, formas de argumentación y marco teórico-conceptual. Como se mostrará, estos trabajos son similares a los de otros “revisionistas” europeos y norteamericanos y a los del propio Borrego, ya que buscan enmendar lo que consideran versiones mitificadas o falseadas de la historia de México y de la Segunda Guerra Mundial. En este capítulo se argumenta que, tal como Borrego hace una apología del nazismo en *Derrota mundial*, Jasso hace lo propio con Borrego mediante sus tesis de posgrado.

Tras comentar la vida y la obra de Gerardo Murillo (el “Dr. Atl”), Rubén Salazar Mallén y José Vasconcelos, *L.s.p.e.n.* dedica su sexto capítulo a “Salvador Borrego. El caso excepcional de un revisionista mexicano”. Dicho trabajo busca responder a una supuesta carencia de estudios que sitúen a estos personajes en su justa dimensión como representantes del conservadurismo mexicano:

¹ Ambas presentadas y defendidas por Jasso en la Universidad Nacional Autónoma de México.

El empeño de numerosos investigadores por construir la historia de las repercusiones del ideal socialista durante el siglo XX, contrasta con la carencia de estudios serios sobre una tendencia ideológica distinta, la del conservadurismo de derecha [...] en tanto muchos investigadores ocuparon demasiado tiempo centrándose en los progresos de las “fuerzas innovadoras”, se olvidaron del estudio de las mentalidades conservadoras como si estas fueran *restos agonizantes*, por no decir *reliquias*, en medio de unas sociedades civiles y políticas modernizantes.²

La reivindicación de estos escritores de un injusto rechazo por parte de la academia es el objetivo principal de *L.s.p.e.n.*, que elabora un caso a favor del conservadurismo mexicano y denuncia el supuesto soslayo intencional de personajes como Borrego. Por otro lado, *S.B.E.* constituye en varios sentidos una continuación de *L.s.p.e.n.*, aunque difiere en aspectos importantes. Por ejemplo, modera notablemente el tono laudatorio hacia Borrego; muestra una postura relativamente crítica hacia el “revisionismo”;³ reconoce explícitamente la naturaleza fraudulenta de panfletos como *Los Protocolos de los Sabios de Sión*, y denuncia el mito de la conspiración “judeo-masónica-comunista” como una fantasía política e histórica. Todos estos elementos aparecen en mayor o menor medida avalados de forma implícita en *L.s.p.e.n.* Por lo demás, *S.B.E.* constituye la investigación de orden historiográfico-biográfico que Jasso consideraba necesaria y todavía por

² Miguel Ángel Jasso Espinosa, *La simpatía por el nacionalsocialismo y el fascismo en México*, Tesis de Maestría en Ciencia Política, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, p. 10. Las citas de las tesis de Jasso se reproducen de forma literal, con subrayados de intención (cursivas, comillas y negritas) tal como aparecen en el original.

³ No obstante lo anterior, en *S.B.E.* el “revisionismo” sigue tratándose de forma ambigua: el término ya no aparece entrecomillado, pero se presenta como una corriente historiográfica respetable debido a su naturaleza supuestamente no-conformista, con la cual Jasso trata de ligar a Borrego para calificar a su obra de innovadora. Jasso sólo busca distanciar veladamente a Borrego del “revisionismo” cuando el parentesco de este discurso con la negación del Holocausto vuelve impresentable la obra de aquél.

escribirse cuando defendió *L.s.p.e.n.* en 2004. Y es que en su segundo trabajo ahonda en los primeros años de la vida de Borrego, en su trayectoria periodística en el diario *Excélsior* y en la cadena de noticias García Valseca durante la década de los años treinta, y ofrece una “Lista de fuentes para el estudio de Salvador Borrego”, así como una catalogación de parte del archivo personal de dicho autor.⁴ No obstante, el entramado teórico-conceptual de ambos trabajos es idéntico, pues critican la labor de los historiadores y la academia en general y presentan ambigüedades en su tratamiento del “revisionismo”.

Con la finalidad de ofrecer un análisis ordenado de los problemas historiográficos de orden retórico y argumentativo que estas tesis plantean en torno al “revisionismo”, he distinguido en ellas dos niveles discursivos. El primero corresponde a las instancias en que se emplean argumentos “revisionistas” para defender a Borrego. En efecto, la lectura de *L.s.p.e.n.* pone de manifiesto la gran admiración que Jasso profesa por el autor de *D.m.*⁵ En tanto que este primer nivel o momento está imbricado en su apología de Borrego, tiene un carácter relativamente implícito y se encuentra mejor representado por *L.s.p.e.n.*, aunque también es posible identificar elementos correspondientes en *S.B.E.* La segunda dimensión discursiva tiene una naturaleza más bien explícita, y se refiere al supuesto análisis (y defensa) que Jasso hace del “revisionismo” al presentarlo como una corriente historiográfica respetable, para lo cual también emplea elementos de

⁴ Estos elementos de trabajo archivístico, así como las entrevistas personales que Jasso sostuvo con Borrego, constituyen los únicos elementos de investigación original en *S.B.E.*

⁵ Jasso considera a Borrego “un dedicado y perseverante crítico social”, “un hombre independiente, con sentido crítico, valeroso, que nunca temió divulgar los hechos tal y como sucedieron”, cuya obra, “grandiosamente contemporánea”, “titánica” y “magistral”, ha sido injustamente ignorada y pobremente estudiada. Éstos y otros epítetos se encuentran en el sexto capítulo de la tesis de maestría de Jasso, “Salvador Borrego Escalante. El caso excepcional de un revisionista mexicano”.

dicho discurso. Este segundo momento tiene un peso mayor en *S.B.E.*, aunque también es posible identificar los mismos elementos en *L.s.p.e.n.* Con la definición de estas categorías busco esclarecer la metodología de la presente investigación y evitar cualquier posible confusión que pueda derivarse del hecho de que Jasso aborda directamente el tema del “revisionismo” al ofrecer un supuesto análisis de éste, al tiempo que sus trabajos reproducen elementos de dicho discurso.

Para hacer un examen cronológico de estos textos, explicaré primero cuáles son las características que tiene su “revisionismo” cuando aparece implícito como parte de sus loas a Borrego. Para ello, considero una serie de ejemplos tomados principalmente (pero no de forma exclusiva) de la tesis *L.s.p.e.n.* La segunda parte de este mismo estudio se ocupa de la exposición y el supuesto examen (ambos explícitos) que Jasso hace del “revisionismo”, poniendo de manifiesto sus intentos mutuamente excluyentes por desligar a Borrego y a sí mismo de dicho movimiento y presentarlo como una corriente historiográfica o metodología de investigación histórica seria e injustamente criticada por historiadores académicos. Esta segunda parte se sirve casi en su totalidad de ejemplos tomados de la tesis *S.B.E.*

El conjunto de autores que Jasso utiliza como sustento teórico y conceptual en ambas tesis es significativo, ya que se trata de los historiadores Arno J. Mayer, François Furet y Ernst Nolte, involucrados e invocados en varias polémicas académicas y “revisionistas” entre 1986 y 1995. Estos historiadores reevaluaron las interpretaciones del papel del antisemitismo en el desarrollo del genocidio judío (Mayer), del nazismo y de las formas de producción de conciencia histórica en la Alemania contemporánea (Nolte) y del comunismo como ideología política en el siglo XX (Furet). Antes de pasar al análisis del “revisionismo” en estas tesis,

atendiendo a los dos niveles discursivos definidos líneas arriba, debe comentarse brevemente la obra de cada uno de estos autores y la forma en que Jasso la tergiversa en aras de su apología de Salvador Borrego.

1.1 Marco teórico-conceptual

a) La subestimación del antisemitismo: Arno J. Mayer

El historiador luxemburgués Arno J. Mayer es autor de los libros *La persistencia del antiguo régimen* (1981) y *Why Did the Heavens not Darken? The "Final Solution" in History* (1988), ambos citados por Jasso. El primero de estos aparece en *L.s.p.e.n.* como sustento para la afirmación de que en México la ideología conservadora no es un residuo moribundo de un mundo aplastado por la modernidad, sino un elemento que persiste pese a los embates de aquella por desplazarlo.⁶ De acuerdo con Jasso, Mayer afirma que se ha descuidado el estudio de dichos elementos arcaizantes debido a la parcialidad ideológica de los investigadores:

⁶ Jasso utiliza las tesis de Arno J. Mayer sobre la naturaleza del Antiguo Régimen para abordar el problema de la persistencia histórica de elementos conservadores en México, de los cuales Borrego representa, según Jasso, un ejemplo notable y digno de estudio. Jasso afirma que el conservadurismo mexicano no constituye un anacronismo, pues representa estructuras de la sociedad "holista" (pre-moderna), como la economía campesina, la sociedad rural, la hegemonía de la clase terrateniente, el predominio ideológico de la Iglesia católica, la autoridad de la corona y las tradiciones feudales, que coexisten con elementos propios del mundo moderno, pero de signo contrario. De acuerdo con Mayer, según lo cita Jasso, dichos elementos de la sociedad holista se encuentran en conflicto con la modernidad, entendida ésta como un proceso secularizador. La tesis de Mayer es que los elementos arcaizantes u holistas no son vestigios agonizantes que se marchitan al contacto con las tendencias secularizadoras de la modernidad, sino que sobreviven y se traslapan con aquéllas.

en gran medida, los historiadores de la primera mitad del siglo XX ocuparon demasiado tiempo centrándose excesivamente en los progresos de la ciencia y la tecnología, del capitalismo industrial y mundial, de la burguesía y de la clase media profesional, de la sociedad civil liberal, de la sociedad política democrática y del modernismo cultural.⁷

En *S.B.E.*, se afirma que los historiadores (anónimos) de la primera mitad del siglo XX mencionados en el párrafo anterior “se ocuparon –dice Arno Mayer– mucho más de estas ‘fuerzas innovadoras’ y de la ‘formación de la nueva sociedad’ que de las ‘fuerzas de la inercia y la resistencia que frenaron y postergaron la caída del Antiguo Orden’”.⁸ En este contexto, los argumentos de Mayer funcionan como base para establecer un paralelo entre el nacimiento y la naturaleza del conservadurismo europeo a principios del siglo XX y el mexicano, surgido tras la caída del Porfiriato. Para Jasso, “la sociedad conservadora europea de principios del siglo XX, no estaba conformada por restos agonizantes, sino por una generalidad suficientemente viva [*sic*], capaz de enfrentar a las corrientes modernizadoras”,⁹ juicio que a su parecer es aplicable también a la sociedad y al conservadurismo mexicanos, ya que “la coexistencia –escribe Jasso– de dos mundos heterogéneos en movimiento dentro de un mismo espacio geográfico: sociedad holista y sociedad modernizante, es perfectamente aplicable a la realidad mexicana del siglo XIX y principios del XX”.¹⁰

⁷ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo*, *op. cit.*, p. 15.

⁸ Miguel Ángel Jasso Espinosa, *Salvador Borrego Escalante. Un escritor conservador en el siglo XX*, Tesis de Doctorado en Ciencia Política, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013, p. 23.

⁹ *Ídem.*

¹⁰ Jasso Espinosa, *La simpatía por el nacionalsocialismo...*, *ibídem*, p. 19. En los trabajos de Jasso, el sustento para esta idea es el libro del historiador francés François-Xavier Guerra, *México. Del antiguo régimen a la Revolución* (1985).

En *L.s.p.e.n.*, Jasso escribe que el proceso secularizador de la modernidad que provocó la caída del Antiguo Régimen en Europa, con el consecuente debilitamiento (que no desaparición) de sus “elementos arcaicos”, también se hizo presente en México. Explica de este modo la caída del Antiguo Régimen y la instauración de gobiernos republicanos de corte liberal, así como la adopción de ideologías de corte fascista o comunista, tanto en Europa como en México: “Sin el análisis y entendimiento de la dependencia cultural de las élites ilustradas mexicanas con respecto a Europa, durante todo el siglo XIX, es imposible comprender la fuerza con la que las capas cultas abrazaron a las dos grandes ideologías políticas de la primera mitad del siglo XX: comunismo y fascismo.”¹¹

La forma en que se utilizan los argumentos de Arno J. Mayer, tal como éste los expuso en *La persistencia del antiguo régimen*, responde a un intento de rehabilitación histórica del conservadurismo mexicano. De acuerdo con Jasso, éste ha sido objeto de una “condena sumaria” que ha sumido en el olvido a sus representantes más importantes, como Borrego, quien ha sido injustamente ninguneado por la academia, el mundo editorial y el público en general.

Por otro lado, Jasso también cita el libro de Mayer *Why Did the Heavens Not Darken? The "Final Solution" in History*, en el que se afirma que el anticomunismo era parte más sustancial de la ideología nazi que el antisemitismo y que el exterminio de los judíos fue consecuencia del fracaso de Operación Barbarroja.¹²

¹¹ *Ibidem*, p. 41.

¹² Mayer escribe lo siguiente en *Why Did the Heavens Not Darken?*: “En tanto la *Wehrmacht* y sus ejércitos aliados cosecharon triunfos, el sufrimiento de los judíos se limitó a su victimización por las fuerzas alemanas de seguridad y colaboradores locales. Estas matanzas esencialmente asistemáticas de judíos coincidieron con las expectativas nazis de una victoria rápida sobre el Ejército Rojo y una liquidación completa del régimen bolchevique. Fue en ese momento de euforia que los líderes nazis interesados en la “cuestión judía” concibieron la eventual evacuación de los

Con estos argumentos, Mayer minimiza (o ignora) el papel del antisemitismo en las empresas bélicas, de repoblación y genocidio del régimen nazi. Con base en el supuesto de que Hitler *no pretendía* hacerse de “espacio vital” *con la finalidad* de sojuzgar a los judíos que allí vivían, Mayer sostiene que la “cuestión judía” no era el principal móvil de su política exterior y de su estrategia militar, lo que se ha convertido en uno de los argumentos más socorridos de los “revisionistas”.¹³

Además de otorgar crédito a los planes provisionales que el nazismo diseñó entre 1937 y 1940 para trasladar con fines genocidas a los judíos a “colonias” en Polonia, Siberia o Madagascar, Mayer sostiene que el fracaso en la guerra contra la Unión Soviética fue el desencadenante del Holocausto.¹⁴ Lo anterior minimiza lo que el nazismo debe al antisemitismo, ya que “si la visión que tenía Hitler del mundo poseía un epicentro, era su profunda animosidad hacia la sociedad contemporánea, y no su odio por los judíos, que más bien se encontraba injerto en la primera”, y que “dado que el antisemitismo no era el núcleo de las creencias de Hitler, no tenía prioridad por encima de sus otros dogmas, particularmente su antimarxismo y su

judíos europeos hacia el Este, quizá más allá de los Urales”. Arno J. Mayer, *Why Did the Heavens not Darken? The “Final Solution” in History*, New York, Verso World History Series, 2012, p. 12.

¹³ En *D.m.*, una de las premisas principales de Borrego es que Hitler se lanzó contra la Unión Soviética (“La guerra que Hitler sí quería”) como parte de una embestida apocalíptica contra el “judaísmo internacional”, y que las masacres de judíos ocurrieron únicamente como represalia, tras el supuesto involucramiento de aquéllos en la guerra de guerrillas a retaguardia de la *Wehrmacht* en el verano de 1941. Como se expuso en el primer capítulo de esta investigación, en la medida en que Borrego acepta la existencia del Holocausto, responsabiliza de éste a los propios judíos.

¹⁴ A este respecto, Mayer escribe lo siguiente: “En efecto, de haber triunfado la *Blitzkrieg* en el Este como lo hizo en la campaña del Oeste, Europa podría, irónicamente, haberse librado de los peores horrores del siglo XX. Los pueblos de Europa del Este, en especial los eslavos, ciertamente habrían sido esclavizados, pero no se habrían visto sometidos a la barbarización extrema y las miserias de la guerra que empezó a cobrar su terrible cuota en el otoño de 1941. De igual forma, los judíos, en vez de ser masacrados, probablemente habrían sido deportados al extremo interior de Rusia, o, en caso de que hubiese podido llegarse a un acuerdo con Inglaterra, habrían sido conducidos a una colonia de ultramar”. Arno J. Mayer, *Why Did the Heavens not Darken? op. cit.*, p. 12.

antibolchevismo”.¹⁵ En una valoración casi por completo negativa de *Why Did the Heavens not Darken?*, el historiador israelí Yehuda Bauer se expresa en los siguientes términos:

Cuando un sobreviviente del Holocausto como Arno J. Mayer de la Universidad de Princeton [...] populariza el sinsentido de que los nazis veían en el marxismo y el bolchevismo a su principal enemigo, y que los judíos se vieron desafortunadamente involucrados en ello; cuando vincula la destrucción de los judíos con las vicisitudes de la campaña bélica alemana en la Unión Soviética, en un libro tan arrogantemente seguro de sí mismo que no necesita un aparato crítico en forma, en realidad está comprometiéndose con una forma mucho más sutil de negación del Holocausto. En efecto, Mayer niega las causas de la masacre y contradice documentación bien conocida.¹⁶

Los argumentos resumidos aquí, cuya simplificación permite una rehabilitación histórica del nazismo, han recibido otras críticas por parte de la comunidad académica.¹⁷ Por lo que toca a la subestimación del antisemitismo en la ideología nazi (operación que llevan a cabo tanto Jasso como Borrego), estas ideas

¹⁵ *Ibidem*, p. 107.

¹⁶ Yehuda Bauer, "A Past That Will Not Go Away", en Michael Berenbaum y Abraham J. Peck, eds., *The Holocaust and History. The Known, the Unknown, the Disputed, and the Reexamined*, Indiana University Press, 1998, p. 15.

¹⁷ El historiador Christopher Browning escribe en su libro de 1992 *The Path to Genocide. Essays on Launching the "Final Solution"*, (p. 79) que "el anticomunismo y el antimodernismo de Hitler eran parciales y relativos", y que "en contraste, su antisemitismo racial era total, implacable e intransigente". Christopher Browning, "The Holocaust as By-product? A Critique of Arno Mayer", en *The Path to Genocide. Essays on Launching the "Final Solution"*, Cambridge University Press, 1992. Browning razona (p. 83) sobre la improbabilidad de que el asesinato de los judíos haya sido una consecuencia del fracaso de la guerra contra Rusia, y considera (p. 84) que "Mayer se rehúsa a entender la "Solución Final" por lo que fue: el plan de los nazis para matar a cada judío en Europa del que pudieran apoderarse". Por su parte, el historiador Richard J. Evans considera, con relación a los trabajos de Mayer, que "los intentos reduccionistas de algunos historiadores por presentar la "Solución Final" de la cuestión judía en Europa en términos de racionalidad económica relacionada con la guerra resultan poco convincentes no sólo en su vasta sobreestimación de los recursos obtenidos por el Reich alemán al matar a los judíos, sino que también erran en grado sumo al sopesar la profundidad y magnitud del antisemitismo nazi". Richard J. Evans, *The Third Reich in History and Memory*, Oxford University Press, 2015, (edición electrónica), loc. 376.

ya habían sido expuestas como argumentos “revisionistas” en *D.m.* hacia 1953, y fungen como justificación para la obra de Borrego en los trabajos de Jasso.

A pesar de que el objetivo de Mayer es hacer una revaloración del Holocausto, su investigación (aceptada por la comunidad internacional de historiadores como se ha visto, con críticas), aparece en *L.s.p.e.n.* como un endoso al “revisionismo” de Borrego. Con esta finalidad, Jasso sostiene que el historiador Raul Hillberg, famoso por su obra *La destrucción de los judíos europeos* (1961), se manifestó a favor del “revisionismo”:

Tanto **Arno Mayer**, en su importante estudio sobre el holocausto nazi, como Raul Hillberg citan publicaciones donde se niega la existencia del Holocausto. “Si estas personas quieren hablar, dejémosles que hablen” –observa Raul Hillberg—. Es un acicate para aquellos que investigamos con objeto de analizar de nuevo lo que podríamos haber dado por sentado. Y eso nos resulta útil”.¹⁸

La afirmación de Hillberg en el sentido de que las tesis de los negacionistas son de provecho para el quehacer de los historiadores está asentada más en una defensa tácita de la libertad de expresión que en la convicción de que su labor “revisionista” es una herramienta indispensable para la investigación histórica, como Jasso implica. En tanto que el investigador Norman Finkelstein, quien recoge la cita original de Hillberg en su libro *La industria del Holocausto*, una imagen aceptable del “revisionismo”, Jasso utiliza el texto de Finkelstein para retratar a Arno J. Mayer como un ejemplo académico presentable del mismo, cuando el historiador

¹⁸ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo...*, *op. cit.*, p. 235. Como fuente de dicho texto, Jasso cita sin saber un artículo del escritor y ensayista Christopher Hitchens (“El fantasma de Hitler”, publicado en la revista *Vanity Fair* en junio de 1996), citado a su vez en *La industria del Holocausto. Reflexiones sobre la explotación y el sufrimiento del pueblo judío* (2000), de Norman Finkelstein.

luxemburgués no suscribe dicha corriente, pues no pone en duda la veracidad del Holocausto, cite o no publicaciones “revisionistas”.

El tratamiento que Jasso da a Arno J. Mayer en *S.B.E.* insiste en considerarlo como un exponente respetable del “revisionismo”, con quien Borrego es susceptible de comparación. En *S.B.E.* se ofrece un análisis de “La derecha como ideología de los conservadores”. Tras ocuparse del “Neoconservadurismo y antisemitismo” y explorar los orígenes del mito de la conspiración judía siguiendo el libro clásico del historiador Norman Cohn *Warrant for Genocide. The Myth of the Jewish World Conspiracy* (1965), se sintetizan, como propias de una rama del conservadurismo contemporáneo (Borrego incluido), las características del antisemitismo racial que obsesionó al nazismo. Sin embargo, en los apartados posteriores,¹⁹ Jasso adelanta una serie de consideraciones inconexas sobre la historiografía del Holocausto –que nada tienen que ver con la descripción del antisemitismo como ideología de la derecha o los conservadores–, con la intención de sugerir que el tema es demasiado nebuloso como para conocerlo con exactitud y que los historiadores que se han ocupado del particular son incapaces de ofrecer estudios concluyentes, ambos argumentos propios del “revisionismo”.

En su digresión sobre el debate intencionalista/funcionalista, Jasso recurre nuevamente a Mayer y escribe que “quizás unas palabras de este último sirvan para sintetizar sus postulados básicos”;²⁰ de acuerdo con el primero, Mayer afirma que “[p]ocos, si es que algunos, de los estudiosos del Judeocidio todavía mantienen que

¹⁹ “Genocidio de los Judíos durante la Segunda Guerra Mundial”, “Escuela ‘intencionalista’ y ‘Escuela funcionalista’” y “Revisionismo Histórico y/o ‘Negacionismo’”.

²⁰ Jasso Espinosa, *Salvador Borrego Escalante...*, *op. cit.*, p. 72.

Hitler tenía un plan maestro y una intención preconcebida para exterminar a los judíos desde el principio del movimiento nazi o de su régimen”.²¹ Estas líneas se insertan de manera disonante como una respuesta espontánea, implícita e instintiva de Jasso a los posibles detractores, (pasados y futuros), del “revisiónismo”, es decir, como una respuesta a los críticos de Borrego. Y es que, si no se interpreta como respuesta en contra de esos críticos, la referencia al texto de Mayer carece de sentido en el contexto de la exposición general a la que Jasso se había entregado sobre el antisemitismo como parte integral de la ideología “conservadora de derecha”. Como puede verse, Jasso se encuentra debatiendo con los críticos del “revisiónismo” (los críticos de Borrego):²² el consenso del que habla Mayer cuando afirma que “pocos, si es que algunos” de los historiadores del “Judeocidio” aún consideran la existencia de “un plan maestro” o una “intención preconcebida” desde 1923 o 1933 para asesinar a los judíos de Europa, es presentado ambiguamente como sustento a la tesis “revisionista” de que no hubo ningún plan para tal fin, es decir, de que no hubo un genocidio judío, opinión de negacionistas como Borrego.

Jasso recurre a Mayer una última vez para dar respetabilidad a las fuentes filosóficas del nazismo y reivindicar el negacionismo de Borrego. Escribe que “los autores citados en *Derrota mundial* pertenecen al grupo de autores que el historiador Arno Mayer señala como ‘guardianes del acervo clásico y humanista’ o

²¹ *Ídem*. La fuente que Jasso provee para este texto de Mayer es el libro del historiador español Enrique Moradiellos *La semilla de la barbarie. Antisemitismo y Holocausto*.

²² Con estos exabruptos, Jasso trata de refutar de forma indirecta los argumentos de historiadoras de línea intencionalista “dura”, como Deborah Lipstadt o Lucy Dawidowicz, quienes, sin dejar de enderezar sus argumentos contra las tesis funcionalistas sobre el papel limitado de Hitler o de la ideología antisemita en la puesta en práctica de la “Solución final”, han señalado de forma enérgica la falta de sustento de los “revisionistas” cuando éstos afirman que Hitler y el nazismo no tenían “un plan maestro y una intención preconcebida para exterminar a los judíos”, tal como han hecho, entre otros, David Irving, Arthur R. Butz, Robert Faurisson y Salvador Borrego.

bien que otros autores rotulan como ‘promotores de la ideología popular racista’, de la cual se nutrieron, por ejemplo, los altos jerarcas del nacionalsocialismo alemán”.²³ Los autores en cuestión, tanto aquellos (según Jasso) citados por Borrego, como los que a su vez consideran a los primeros como “promotores de la ideología popular racista” (*völkisch*), no son mencionados por nombre, siendo para Jasso lo importante señalar que, de acuerdo con Mayer, los primeros son “guardianes del acervo clásico y humanista” [?], mientras que por otro lado anula, reduciéndolos al anonimato, a aquellos que equiparan las fuentes de Borrego con literatura *völkisch*.

b) El nazismo como “esperanza”: François Furet

El segundo de los historiadores utilizados por Jasso para rehabilitar la obra de Borrego es François Furet, quien publicó en 1995 *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, una revisión historiográfica sobre lo que representó el comunismo para las generaciones que lo experimentaron y que se entusiasmaron con él. Para el historiador Tony Judt, el esfuerzo de Furet por desmitificar al marxismo como “gran narrativa” histórica significó que:

Todos los crímenes de Stalin, todas las vidas y recursos desperdiciados en la transformación de sociedades bajo dirección estatal, todos los errores y fracasos en los experimentos del siglo XX por instaurar Utopías por *diktat*, cesaron de ser “dialécticamente” explicables como movimientos en falso a lo largo de la senda correcta. En su lugar se volvieron justo lo que sus críticos habían afirmado siempre que habían sido: pérdidas, desperdicio, fracasos y crímenes.²⁴

²³ *Ibidem*, p. 123.

²⁴ Tony Judt, *Postwar: A History of Europe Since 1945*, Penguin Books, (ed. electr.) 2006, loc. 13081.

Las reflexiones de Furet tienen implicaciones de peso para la revaloración del impacto del comunismo en la historia del siglo XX, y su intento por sopesar en su justa dimensión las características y las consecuencias del “socialismo real” se basaba en una profunda investigación de índole histórica y filosófica. Sin embargo, Jasso emplea la empresa genuinamente revisionista de Furet para brindar legitimidad académica al anticomunismo y a las simpatías nazis de Borrego (a las que llama “esfuerzo de comprensión histórica”). Les pide a sus lectores, siguiendo y citando a Furet, “realizar el ejercicio de situarnos antes de las catástrofes a que dieron lugar esas ideologías [comunismo y nazismo]”, situándose “en el momento en que fueron esperanzas”.²⁵ Jasso utiliza a Furet para equiparar el negacionismo de Borrego con la empresa intelectual del filósofo e historiador alemán Ernst Nolte, sugiriendo que ambos han sufrido persecución intelectual debido a sus interpretaciones del comunismo:

Quiero establecer aquí un paralelismo entre la obra de Salvador Borrego y la de Ernst Nolte (uno de los más grandes especialistas en el estudio de los movimientos fascistas). François Furet en el libro "El pasado de una ilusión" dice lo siguiente: (...) "A propósito de la interpretación del nazismo, el pensamiento de Ernst Nolte fue objeto, en Alemania y en Occidente, de una condena tan sumaria, que merece comentarios especiales (...) podemos concebir cómo y por qué los libros de Nolte escandalizaron a las generaciones de posguerra, abrumadas por la culpabilidad, o por el temor de debilitar el odio al fascismo tratando de comprenderlo, o simplemente por conformismo de la época".²⁶

²⁵ Jasso Espinosa, *La simpatía por el nacionalsocialismo...*, op. cit., p. 10.

²⁶ *Ibíd.*, p. 251.

Jasso toma la postura de Furet como una licencia para sugerir que el antibolchevismo de Borrego es similar al de Ernst Nolte (respetable). Considera que la interpretación que Borrego ha hecho del nazismo también ha sido injustamente perseguida, y que “sus libros escandalizaron a generaciones de posguerra” debido al “conformismo de la época”, del que insinúa que Borrego no era partícipe, pues éste último no tenía “temor de debilitar el odio al fascismo tratando de comprenderlo”. De igual forma, sugiere que desestimar la obra de Borrego obstaculiza la comprensión cabal del comunismo: citado por Jasso, Furet afirma que no se puede “ignorar lo que el advenimiento de Hitler debe a la anterioridad de la victoria bolchevique y al contra ejemplo de la violencia pura erigida por Lenin en sistema de gobierno; por último, a la obsesión kominterniana de extender la revolución comunista a Alemania”.²⁷ El objetivo es sugerir que el antisemitismo nazi tiene un antecedente en el bolchevismo/estalinismo, y que el anticomunismo de Borrego tiene un equivalente intelectual en el de Nolte, que no responde a motivaciones pedestres o ideológicas (nazis). Por ello, Jasso piensa en Borrego cuando repite las palabras que Furet dirige a quienes censuran a Nolte:

En realidad, el veto impuesto a ese tipo de consideraciones impide construir la historia del fascismo; en el orden histórico, hace contrapeso al antifascismo en su versión soviética en el orden político. Al prohibir la crítica del comunismo, ese tipo de fascismo historiográfico bloquea también la comprensión del fascismo. Entre otros méritos Nolte tuvo el de romper ese tabú.²⁸

²⁷ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo...*, op. cit., p. 252.

²⁸ *Ídem.*

Con base en los argumentos de Furet, Jasso denuncia un “veto impuesto” a la crítica del comunismo, supuestamente prohibida (no se dice por quién) sin que importe quién la ejerza, sea Nolte o Borrego. El anónimo “fascismo historiográfico” denunciado por Furet casa perfectamente con las ideas de negacionistas como Borrego, quienes llevan años denunciando un “acérrimo boicot” contra sus libros y en lid perpetua contra la “historia oficial” y la academia. Jasso insinúa que, por anticomunista, y lo mismo que Nolte, Borrego rompe tabús, lo que se corresponde con la imagen que de sí mismo tiene el “revisionismo” como un movimiento transgresor, contestatario, intelectualmente independiente y no-conformista.

c) El Holocausto como “medida preventiva”: Ernst Nolte

Jasso presenta las ideas de este filósofo como un símil intelectual del negacionismo de Borrego. Nolte es autor de los libros *El fascismo en su época* (1963), *La guerra civil europea 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo* (1989) y *Fascismo y comunismo*. (2001). A mediados de la década de 1980, Nolte se volvió una figura controversial tras formular varias preguntas retóricas en un artículo en el que abogaba por la “historización” o superación del pasado nazi para que Alemania pudiera finalmente hacerse de una conciencia histórica “normal”. En su artículo “El pasado que se niega a pasar” (1986), y refiriéndose al Holocausto, Nolte se preguntaba lo siguiente:

¿Acaso no Hitler y el nacionalsocialismo cometieron una acción “asiática”, quizá solamente porque temían que ellos mismos y aquellos que eran como ellos fueran víctimas reales o potenciales de una acción “asiática”? ¿Acaso no fue el Archipiélago Gulag anterior a Auschwitz? ¿No fue el “asesinato de clase” de los bolcheviques el condicionante lógico y real del “asesinato de raza” de los nazis?²⁹

Estas reflexiones sugieren que el nazismo no es singular o único y es posible compararlo con otros regímenes, como el estalinista. Como Arno J. Mayer, Nolte no pretendía hacer una apología del nazismo y el Holocausto, sino redefinir estos conceptos. El filósofo Dominick LaCapra sugiere que, “mediante preguntas retóricas, Nolte pone a la comparación en el sendero ambiguamente metafísico (y quizá mágico) de hacer que los crímenes nazis sean un derivado o una imitación de algo más básico y originario, e incluso llega a insinuar que fueron preventivos”.³⁰ La sugerencia de Nolte de que los campos de exterminio nazis fueron una copia y una respuesta a los gulags soviéticos dio pie al comentario y la crítica de varios historiadores.³¹ En este sentido, el especialista en la historia del ejército alemán

²⁹ Citado en Richard J. Evans, “The New Nationalism and the Old History: Perspectives on the West German *Historikerstreit*”, en *The Journal of Modern History*, vol. 59, no. 4, diciembre de 1987, p. 765. Me parece hallar una posible contradicción en esta propuesta de Ernst Nolte, quien afirma que el nazismo y el Holocausto no deben singularizarse ni constituyen un “paréntesis extraordinario” en la historia de Alemania. Al parecer, de forma inexplicable, Nolte sí considera susceptibles tanto al gulag como al bolchevismo de dicho tratamiento especial, y es en razón justamente de esa singularización “originaria” que los toma como referente para la violencia nacionalsocialista.

³⁰ Dominick LaCapra, “Representar el Holocausto: Reflexiones sobre el debate de los historiadores”, en *En torno a los límites de la representación*, Buenos Aires, 2007, p. 179.

³¹ Por ejemplo, Charles S. Maier, *The Unmasterable Past, Past: History, Holocaust, and German National Identity*, Harvard University Press, 1998 (edición electrónica). Maier señala que Nolte tuvo la virtud de sugerir (loc. 287) que el estudio del Tercer Reich se hiciera “desapasionadamente y de forma no obsesiva [habiendo Nolte insinuado que hasta ese momento la historia del nazismo se había estudiado de forma apasionada y obsesiva], en conjunto con los episodios de terror padecidos por otras naciones”. Maier critica a Nolte por sugerir que “los nazis temieron que el terror soviético fuera desatado contra los alemanes, y que la Solución Final puede ser vista como una especie de defensa preventiva” (loc. 949). No obstante, también señala (loc. 1061) que “los soviéticos no construyeron instalaciones específicas para el exterminio. Las condiciones de trabajo en los campos siberianos eran ciertamente letales [...] pero no existió [en la Unión Soviética] un campo como Treblinka, construido expresamente para asesinar masas de seres humanos apenas llegaran”. Por último, este autor afirma (loc. 658) que “Nolte removió el estigma de la singularidad que pesaba sobre

Omer Bartov sopesa en su libro *Disputed Histories. Germany's War and the Holocaust* (2003) la intención de Nolte al cavilar sobre la naturaleza del genocidio judío, y encuentra sus reflexiones parecidas a las de los “revisiónistas”:

Quando el “revisiónista” Ernst Nolte afirmó que la única diferencia entre el Holocausto y los gulags soviéticos era el uso del gas como instrumento para asesinar, y que en cualquier caso el gulag había engendrado Auschwitz porque Hitler actuó como lo hizo por temor a los bolcheviques, tanto las implicaciones éticas como la evidencia documental de estas afirmaciones fueron duramente cuestionadas por muchos de sus colegas.³²

Las críticas de los historiadores a las posturas de Nolte subrayan los peligros de la vulgarización de las premisas expuestas en el artículo “El pasado que se niega

los crímenes nazis”. Por otro lado, el historiador británico Richard J. Evans comenta en su artículo “The New Nationalism and the Old History: Perspectives on the West German *Historikerstreit*” la sugerencia de Nolte de que “es tiempo de dejar de hablar de la culpabilidad de ‘los’ alemanes, entre otras razones porque seguir haciéndolo perpetúa el tipo de pensamiento mediante el cual los nazis se convencieron a sí mismos de la culpabilidad de ‘los’ judíos”. De igual forma, Evans valora la noción de Nolte respecto al Holocausto como un acto “preventivo”: “Nolte insiste en que Alemania no actuó sin provocación: Hitler tenía buenas razones para suponer que sus enemigos pretendían aniquilarlo. Estos enemigos incluían a los judíos, y Nolte sostiene que las declaraciones de Chaim Waizmann en el Congreso Mundial Sionista de 1939 respecto a que los judíos de todo el orbe pelearían junto a Inglaterra y contra Alemania pudieron haber sido justificación suficiente para que los nazis recluyeran a todos los judíos alemanes como prisioneros de guerra”. Richard J. Evans, “The New Nationalism and the Old History: Perspectives on the West German *Historikerstreit*”, en *The Journal of Modern History*, vol. 59, no. 4, dic. de 1987, p. 766-767. Entre los críticos más severos de Nolte se encuentra Deborah Lipstadt, quien considera irresponsable por parte de aquél validar diversos elementos del discurso nazi. En su libro *Denying the Holocaust*, Lipstadt sostiene que Nolte “ha descrito los argumentos de los negacionistas como ‘no carentes de fundamento’ y sus motivos como ‘con frecuencia honorables’”. De forma específica, por lo que toca a la supuesta “declaración de guerra” que Chaim Weizmann habría hecho al Tercer Reich en nombre de la “judería internacional”, Lipstadt reprocha a Nolte por dar crédito a los alegatos de Hitler (repetidos por el “revisiónismo”) respecto a que Alemania sólo se defendió de una guerra que los judíos le habían declarado en 1933 a través de la prensa. De acuerdo con Lipstadt, “Weizmann no tenía ejército, gobierno o aliados con los cuales pelear esa guerra. La ‘judería mundial’ no era una entidad nacional capaz de montar una ofensiva contra los nazis. Lo que es más, Hitler no empezó a oprimir a los judíos en septiembre de 1939, cuando Weizmann hizo su declaración. Esta última fue una reacción a seis años de brutal opresión nazi”. Deborah Lipstadt, *Denying the Holocaust. The Growing Assault on Truth and Memory*, Free Press, (ed. electrónica), 2012, loc. 4315.

³² Omer Bartov, *Germany's War and the Holocaust. Disputed Histories*, Cornell University Press, New York, 2003, (edición electrónica), loc. 438.

a pasar”, simplificación que ha permitido a los negacionistas utilizar sus argumentos para redefinir el Holocausto como un acto no criminal, ejecutado por el Tercer Reich en legítima defensa.³³ Esta justificación corresponde al uso que Jasso hace de las tesis de Nolte para defender a Borrego, lo que éste a su vez había hecho previamente por el nazismo. En este sentido, de acuerdo con Deborah Lipstadt,

Nolte fue el historiador más prominentemente asociado en la década de los 80 con lo que se conoció en Alemania como la *Historikerstreit*, el esfuerzo de parte de algunos historiadores, particularmente de aquellos con tendencias políticas conservadoras, por normalizar y relativizar la historia del pasado nazi argumentando que muchas de las políticas del nacionalsocialismo, incluida la persecución de los judíos, fueron reacciones defensivas a amenazas externas y que no fueron diferentes de lo que otros países han hecho en el pasado.³⁴

Durante la *Historikerstreit*, el filósofo Jürgen Habermas intervino criticando a Nolte, sugiriendo que su postura y la de quienes lo respaldaron podía interpretarse como un velado “resurgimiento neo-nacionalsocialista”, que buscaba “reescribir el pasado nazi con el fin de ofrecer una identidad germana ‘positiva’ o afirmativa en el presente”.³⁵ Para Lipstadt, la radicalización de posturas como la de Nolte y su utilización como intentos velados de despojar al nazismo de su carácter singular (específicamente antijudío) y compararlo con el régimen bolchevique, presentándolo como una reacción defensiva frente a éste, o estableciendo un

³³ Deborah Lipstadt considera que el abuso de las tesis de Nolte permite relativizar el Holocausto, lo que resulta atractivo y útil para el “revisiónismo” al posibilitar la creación de una imagen del Tercer Reich libre de asociaciones criminales, en la que el nazismo se limitó a defenderse de una supuesta embestida judía previa.

³⁴ Deborah Lipstadt, *Denying the Holocaust. The Growing Assault on Truth and Memory*, Free Press, 2012, [edición electrónica], loc. 2209.

³⁵ LaCapra, “Representar el Holocausto...”, *op. cit.*, p. 172. Para el historiador Charles S. Maier, “en esencia, la *Historikerstreit*, se trata de una contienda por establecer distinciones morales que, de oscurecerse, dan licencia al barbarismo”. Maier, *The Unmasterable Past...*, *op. cit.*, loc. 1077.

paralelo con las acciones de los Aliados (las “equivalencias morales”), constituyen tácticas negacionistas para “normalizar” al nazismo y mostrarlo como una ideología moralmente aceptable. Este es el objetivo de Jasso al recurrir a las críticas que Nolte hizo al comunismo para defender a Borrego y al “revisiónismo”.

La comparación entre Nolte y Borrego es doble: por un lado, insinúa que, como críticos del comunismo, son pares intelectuales, y por otro, que ambos han sufrido persecución y acoso en los círculos académicos:

Tanto Nolte como Borrego pretendieron hacer una temprana crítica del comunismo así como una interpretación del nacional socialismo y el fascismo sin limitaciones de evidente orden político. A cambio, ambos recibieron una condena sumaria que a menudo vino más por la crítica hacia sus interpretaciones del comunismo que por la construcción de la historia del fascismo.³⁶

Jasso insinúa que Borrego, debido a su implacable anticomunismo, está libre de trabas ideológicas (“sin limitaciones de evidente orden político”) para escribir de forma libre y veraz sobre el Holocausto y el nazismo. También apunta que, tanto las críticas de las que fue objeto Nolte como la supuesta recepción negativa de los libros de Borrego en los planos académico y mercantil (la llamada “condena sumaria”),³⁷ deben entenderse más como una consecuencia de sus “interpretaciones del

³⁶ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo...*, *op. cit.*, p. 252. Jasso emplea adjetivos calificativos para reforzar sus argumentos, y en este caso particular no escribe a qué se refiere con “evidente”. John Lukacs ha identificado este rasgo del discurso “revisionista” en los trabajos de David Irving: “Uno de los hábitos retóricos de los adalides del discurso ideológico es el uso enfático de adverbios y adjetivos, que emplean no para calificar sino para llevar la carga principal de sus argumentos. Aquéllos se convierten en sustitutos retóricos para la evidencia”. Lukacs analiza ejemplos tomados de *Hitler's War*, en los que Irving emplea con liberalidad los adjetivos y adverbios *convincing*, *optimistically*, *obviously*, y *evidently* para dar peso a sus argumentos. John Lukacs, *The Hitler of History*, Vintage, 2011 (edición electrónica), loc. 5077.

³⁷ El supuesto ninguneo de la academia y el mundo editorial al que, de acuerdo con Jasso y Borrego, se encuentran sometidas las publicaciones de este último, se aborda en detalle en el siguiente apartado de este mismo capítulo.

comunismo” que como una respuesta a, en el caso de Nolte, su intento de “normalizar” el nazismo, y por lo que respecta a Borrego, su abierta apología de Hitler, el nazismo y las campañas de la *Wehrmacht* en *D.m.* Con base nuevamente en *El pasado de una ilusión*, Jasso establece más similitudes entre las obras de Nolte y Borrego, implicando de forma inexacta que Nolte ha hecho suyas las tesis del “revisionismo”, mismas que no compartía “al principio de sus investigaciones”:

[L]a virulencia contra Salvador Borrego fue en este caso mucho mayor que contra Ernst Nolte ya que este último al principio de sus investigaciones no discutía la veracidad del genocidio, “varias veces expresó su horror ante la exterminación de los judíos por los nazis, y ante la singularidad del genocidio judío considerado como liquidación industrial de una raza sostuvo la idea de que la supresión de los burgueses como clase por los bolcheviques señaló el camino y que el GULAG es anterior a Auschwitz”.³⁸

Al dejar sin nombrar a quienes supuestamente atacan a Borrego por cuestionar la “veracidad del genocidio”, Jasso crea una imagen presentable del “revisionismo”, aparentemente avalada por Arno J. Mayer, François Furet y Ernst Nolte. Sugiere que, por emular el anticomunismo de Nolte, *D.m.* es un libro digno de encomio: “Mientras que Nolte o muchos otros historiadores alemanes que pretendían hacer una historia del nacional socialismo tenían que adaptarse a una posición más conservadora puesto que se encontraban en las entrañas de Europa, para Salvador Borrego no fue tan difícil ofrecer una investigación especial acerca del tema del Holocausto”.³⁹ Esta supuesta “investigación especial” es el capítulo en *D.m.* titulado “Resurrección en masa de judíos”, basada, como se vio en el primer

³⁸ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo...*, op. cit., p. 253.

³⁹ *Ídem.*

capítulo, en la denostación del genocidio judío como una mentira propagandística, en la relativización del asesinato masivo al compararlo con las penalidades de la población civil alemana en los últimos años de la guerra, en el ajuste invariablemente a la baja del número de judíos asesinados, en malabarismos y falsedades estadísticas sobre el tamaño e influencia de la población judía europea entre 1939 y 1945, en cuestionamientos pseudocientíficos sobre las supuestas dificultades logísticas y técnicas para gasear seres humanos y cremar cadáveres, y en afirmaciones hiperbólicas y contradictorias sobre el nivel (o falta) de involucramiento de Hitler en el genocidio, nociones todas que Jasso califica en *L.s.p.e.m.* con la ambigua figura de “argumentaciones polémicas”.⁴⁰

En *S.B.E.* se vuelve a invocar a Nolte para insinuar que, en tanto que el bolchevismo y el gulag no sólo anteceden, sino que también explican al nazismo y a los campos de exterminio, el Holocausto debería reexaminarse para dejar de condenar tanto a los nazis como a Borrego. En medio de la exposición general que elabora sobre el conservadurismo como ideología de la derecha, exposición que interrumpe para introducir de forma inconexa consideraciones sobre el antisemitismo, las disputas historiográficas sobre el nazismo, el Holocausto y el quehacer de los historiadores –a la que ya se ha aludido–, Jasso vuelve a referirse a Nolte para comparar sus tesis con las de Borrego, tildándolas de polémicas:

⁴⁰ *Ídem.*

Mención aparte y no obstante en amplia vinculación con el revisionismo histórico merece el trabajo del historiador alemán Ernst Nolte, quien si bien nunca ha negado el asesinato de millones de judíos, sus polémicas tesis refieren que antes de juzgar a los alemanes, cabe recordar que el gulag soviético, históricamente es anterior a Auschwitz. De modo que éste último se explica como una reacción defensiva del régimen de Hitler al internacionalismo bolchevique y la persecución de los disidentes políticos por parte del régimen de Stalin.⁴¹

Como puede verse, Jasso simplifica enormemente las especulaciones histórico-filosóficas de Nolte sobre el Holocausto y el nazismo para sugerir que tienen un carácter absoluto, según el cual el gulag soviético y el internacionalismo bolchevique “explican” o determinan cabal e inequívocamente el genocidio. Con base en este razonamiento propone que, de la misma manera que la equiparación entre nazismo y bolchevismo no consiente el “juzgar a los alemanes”, tampoco permite entablar una crítica legítima a los trabajos y las ideas de Borrego.

...

En síntesis, el sustento teórico y conceptual de Jasso consiste en tergiversar las ideas de un grupo de historiadores que han propuesto evaluaciones críticas del nazismo y el Holocausto. Aunque ninguno de los planteamientos adelantados por Arno J. Mayer en *Why Did the Heavens not Darken?*, François Furet en *El pasado de una ilusión* o Ernst Nolte en “El pasado que se niega a pasar” sugiere que el Holocausto no haya tenido lugar, Jasso manipula los argumentos y cuestionamientos que aquellos hicieron sobre el particular para afirmar que Borrego, quien sí niega el Holocausto, simplemente llevó a cabo una “investigación especial”

⁴¹ Jasso, *Salvador Borrego Escalante...*, op. cit., p. 74.

o “polémica” sobre el tema, similar a la de dichos historiadores. Bajo la premisa de que el “revisionismo” tiene un sustento científico respetable, se manipulan las tesis de estos investigadores para darle a la obra de Borrego un fundamento que pretende volver racional, crítico e incluso necesario el anticomunismo y la admiración por Hitler y el nazismo que caracterizan a *D.m.*

En el siguiente apartado, se comenta la forma en que el “revisionismo” aparece explícitamente como objeto de supuesto análisis y justificación para la obra de Borrego en las tesis de Jasso. De igual forma, se abordan sus críticas Jasso a los “historiadores oficialistas” (término que emplea para referirse a los detractores de la obra de Borrego), críticas articuladas con base en elementos “revisionistas”, como la consideración de “fuentes alternativas” para el estudio de la historia, la denuncia de una supuesta prohibición para estudiar críticamente al comunismo y el ficticio contubernio que mantiene los estudios del Holocausto en una esfera estrictamente anti-nacionalsocialista.

1.2 El “revisionismo” y la negación del Holocausto

a) El “revisionismo” como herramienta

1. La subversión como virtud

De acuerdo con el historiador Pier Paolo Poggio, “el objetivo estratégico de los negacionistas es conseguir reconocimiento y legitimación como exponentes de una escuela historiográfica que se opone, en el tema del genocidio de los judíos, a la verdad oficial”. Para este autor, los “revisionistas” recurren al argumento de “acusar a toda la historiografía no revisionista de ser mentirosa y estar al servicio de los

sionistas o, en todo caso, sometida a motivaciones irracionales, ideológicas o no científicas”.⁴² En las tesis de Jasso, la historiografía “no revisionista” especializada en el Holocausto y en el conservadurismo mexicano aparece como un conjunto de dogmas impuestos de forma autoritaria, cuya naturaleza es más ideológica que científica. En contraste, se presenta al “revisionismo” como una corriente historiográfica que ha sido injustamente criticada por una élite académica empeñada en distorsionar y ocultar la verdadera naturaleza del nazismo, la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto y la obra de Borrego.

Para ofrecer una imagen negativa de los historiadores que han estudiado dichos temas, se ofrece la siguiente formulación retórica en *L.s.p.e.n.*: “¿Cuántas veces hemos leído o visto en los manuales de Historia mundial, en las revistas ‘especializadas’ de la Segunda Guerra Mundial, en crónicas de la guerra, en los libros de texto de primaria y secundaria, en programas para la televisión, o incluso a últimas fechas, la siguiente información?”.⁴³ Como respuesta a esta pregunta, y presentándolo como una cita textual, Jasso escribe un párrafo de su autoría que pretende estar publicado y constituye un resumen paradigmático de los conocimientos que tiene el público en general sobre la Segunda Guerra Mundial.⁴⁴ Dicho texto (del que no indica la procedencia) es supuestamente representativo de la ortodoxia y el dogmatismo con que el mundo académico estudia dichos temas:

⁴² Pier Paolo Poggio, *Nazismo y revisionismo histórico*, Akal, Madrid, 2004, p. 83.

⁴³ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo...*, *op. cit.*, 244.

⁴⁴ “Con la invasión al país soberano de Polonia, y el consecuente atropello a la democracia por parte del régimen nazi, las naciones aliadas de occidente se levantaron en armas para contestar la agresión del régimen xenófobo y despótico de Adolfo Hitler”. El párrafo todo, invento de Jasso. *Ídem.*

Palabras más, palabras menos. Los pocos datos son fijos e inamovibles. En realidad un conjunto cerrado de adjetivos que un lector o televidente común identifica con cierta familiaridad sin necesidad de "exponerse" a interpretar o en el mejor de los casos a discernir. Frases elementales donde no hay espacio para profundizar en las ideas, en la información ni en la naturaleza de los personajes. Se trata en efecto de la sola "transmisión de un contenido".⁴⁵

Jasso insinúa que ni él ni Borrego son lectores (o televidentes) comunes, ya que ambos interpretan y profundizan más allá de la mera "transmisión de un contenido". Esta supuesta capacidad del "revisionismo" para acceder a un estrato de discurso que subyace tras las palabras y los "hechos oficiales" es elogiada cuando Borrego da voz a "los vencidos", categoría conformada por dos grupos: los conservadores mexicanos de mediados del siglo XIX y la élite nazi del Tercer Reich. Con relación al primer grupo, Jasso celebra que la labor "revisionista" de Borrego rescate "las palabras textuales de quienes de antemano sabemos que nunca van a tener un lugar privilegiado en la historia de México".⁴⁶ Esta apología no se limita a la celebración de la supuesta eficacia de Borrego para dar voz a "los vencidos", ya que termina por incluirlo en las filas de estos últimos: "reza el dicho que la historia la escriben los vencedores. En ello no hay lugar a dudas salvo pequeñas excepciones. La intención de este apartado [el sexto capítulo de *L.s.p.e.n.*, dedicado a Borrego] es justamente analizar una de esas descontadas salvedades".⁴⁷ En *S.B.E.*, se recurre a una fórmula parecida: "[Borrego] no olvida referir que la historia

⁴⁵ *Ídem.*

⁴⁶ A este respecto Jasso escribe lo siguiente: "Las voces soterradas y condenadas al silencio de los conservadores toman en el libro de Borrego un lugar preponderante. Así, por ejemplo, sus lectores saben de alguna manera que las ideas políticas de los conservadores estuvieron condenadas al fracaso, pero ¿qué libro de historia oficial recupera esas ideas políticas desde la voz de los vencidos?" Jasso, *Salvador Borrego Escalante...*, *op. cit.*, p. 176.

⁴⁷ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo*, *op. cit.*, p. 244.

la escriben los vencedores. De allí que el examen revisionista de la historia de México no resulte tarea innecesaria”.⁴⁸ El razonamiento es que Borrego no sólo escribe sobre “los vencidos” (conservadores mexicanos o nazis), sino que también es uno de ellos; para Jasso, el “revisionismo” es loable porque representa el discurso o la voz, supuestamente censurados, de “los vencidos”, Borrego incluido.

En términos generales, Jasso entiende al “revisionismo” como una serie de rectificaciones críticas e independientes a lo que tanto él como Borrego llaman “Historia oficial”. En este sentido, la obra de aquél tendría diversas virtudes: “La primera de esas cualidades es la de cuestionar la escritura de la historia producida en los espacios hegemónicos de poder. Esta es la voz más empeñada de Borrego y la que más han querido callar, su crítica hacia la Historia oficial”.⁴⁹ Para Jasso, esta “Historia oficial” comprende dos conceptos: 1) el pretendido dogma estatal que dicta lo que debe entenderse por historia de México, y 2) el conjunto de supuestas mentiras e imposiciones que los historiadores “oficialistas” del Holocausto se han encargado de difundir y perpetuar. Aludiendo a la obra de Borrego, Jasso escribe que “reinterpretar la historia no era una tarea ociosa sino crítica”, aspecto en el cual se corresponde con la declaración de intenciones de “revisionistas” europeos como Robert Faurisson, Gerd Honsik, Jürgen Graf y David Irving, quienes afirman ocuparse solamente de una reevaluación (o revisión) historiográfica profesional del pasado nazi.⁵⁰ Por su parte, tras sopesar lo que considera son las virtudes subversivas de la obra de Borrego, Jasso escribe:

⁴⁸ Jasso, *Salvador Borrego Escalante...*, op. cit., p. 171.

⁴⁹ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo...*, op. cit., p. 263.

⁵⁰ Véase Gerd Honsik, *¿Absolución para Hitler?* Buenos Aires, Editorial Revisión, 1990; Jürgen Graf, *El Holocausto bajo la lupa*, Buenos Aires, Editorial Revisión, 1992.

De la lectura del libro **América Peligra** se puede inferir inmediatamente que el autor busca [...] no renunciar al ejercicio de "subvertir y reinterpretar la historia de México desde sus orígenes". Se trata de un ejercicio ya realizado anteriormente por Salvador Borrego en **Derrota Mundial**. Ejercicio consistente en hacer a un lado la "historia oficial" para ensayar un nuevo examen de los "hechos documentados", y de esa manera comprobar *si se soporta la veracidad* de la Historia.⁵¹

Este párrafo sugiere que el Holocausto se ha camuflado indebidamente entre los "hechos documentados" (léase, verdaderos). Además, el subrayado de intención (cursivas, negritas y comillas) dificulta enormemente la distinción puntal entre el texto o la voz de Jasso y la de Borrego. Así presentado, el "revisionismo" aparece como una mera reinterpretación, examinación o comprobación de "*la veracidad de la Historia*", carente por completo de motivaciones ideológicas o políticas, por lo que, en la medida en que su ejercicio y defensa resultan legítimos, el censurarlos se vuelve moral y académicamente reprehensible:

Una lectura real [*sic*] a **Derrota mundial**, revela que Salvador Borrego no aceptó de ninguna manera la ortodoxia oficial de la historia de la Segunda Guerra Mundial. Su libro impone una viva controversia histórica que a pesar de ofrecer diversas contribuciones, desde 1953, no se le ha permitido ocupar un lugar tan solo [*sic*] para el debate público en el que se rebatan sus ideas con argumentaciones. Las interpretaciones personales de Salvador Borrego no demeritan todo el trabajo de investigación, éstas últimas entran en el derecho de la diversidad.⁵² [*sic*]

Esta apología del "revisionismo" aparece como refutación a las críticas de una legión invariablemente anónima de supuestos historiadores (los críticos de

⁵¹ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo...*, op. cit., p. 262.

⁵² *Ibídem*, p. 254.

Borrego), y adopta la forma de generalizaciones inverificables, ya que Jasso pone en boca de los supuestos críticos líneas completas de su propia autoría que pretende son citas textuales, de las que no indica procedencia.⁵³ Así, el “revisiónismo” aparece como una práctica contestataria y subversiva en *S.B.E.*:

En sus obras [Borrego] no se limita al mero cuestionamiento de la escritura de la historia, sino que, al mismo tiempo plantea el problema de la legitimidad de las versiones alternativas. En esto ha sido enfático; sus libros proponen que se conozca la validez histórica de fuentes alternativas en las que se basan sus escritos. Borrego sugiere que los “silencios irrecuperables de la historia no se olviden”. Para ello las opciones alternas permiten rescatar lo particular, lo singular, lo heterogéneo, con la intención de afectar la memoria histórica oficial.⁵⁴

Jasso establece un paralelo entre Borrego y Salvador Abascal, dirigente del sinarquismo a finales de la década de los años treinta. El argumento es que estos autores se limitaron a defenderse, con sus escritos, de un injusto embate estatal por callar a la disidencia. Abascal utilizó “la historia como instrumento o arma bien para destruir a la otra historia (la de los liberales, la revolucionaria), bien para defenderse de ésta, y porque mantuvo una continua polémica con la historiografía oficial del Estado mexicano triunfante en el siglo XX”.⁵⁵ La obra de Borrego también tiene una naturaleza dual, defensiva y de ataque: tanto *América peligra* como *D.m.* constituyen invectivas contra la “historia oficial”, trátase del conservadurismo mexicano o del nazismo durante la Segunda Guerra Mundial.

⁵³ En *L.s.p.e.n.*, y refiriéndose a *D.m.*, Jasso escribe el siguiente ejemplo: “Publicado por primera vez en 1953, el libro cayó como brasa ardiente en el mundillo de los intelectuales mexicanos. Algunos críticos dictaminaron su rechazo hacia **Derrota Mundial** por su ‘alto contenido antisemita y antimarxista’”, (p. 217).

⁵⁴ Jasso, *Salvador Borrego Escalante...*, *op. cit.*, p. 175.

⁵⁵ *Ibídem*, p. 43.

Lo expuesto hasta aquí sobre las tesis de Jasso y su apología de Borrego demuestra cómo se corresponden sus argumentos con lo afirmado por Pier Paolo Poggio sobre las pretensiones del “revisionismo” por desplazar y subvertir la “historia oficial”. Para Deborah Lipstadt, dicho fenómeno responde a que “los negacionistas buscan socavar la confianza de sus lectores en el compromiso de los historiadores ‘ortodoxos’ por comunicar la verdad. Argumentan que esta táctica de distorsión con fines políticos, empleada por “historiadores oficialistas” [*court historians*] alcanzó su punto culminante en el ‘mito’ del Holocausto”.⁵⁶

2. La justificación del antisemitismo

Jasso minimiza o relativiza el antisemitismo de Borrego argumentando que dicho factor no influye negativamente en la calidad de lo que llama sus “investigaciones”. En un primer momento, sostiene en *L.s.p.e.n.* que llamar antisemita a la obra de Borrego es una táctica de sus supuestos críticos para descalificarla: “Desde que publicó en 1953 **Derrota Mundial**, Salvador Borrego ha recibido a lo largo de las décadas, toda clase de condenas sumarias que con el tiempo se convirtieron en un rechazo de su persona/obra. La más persistente y reiterada de las sentencias, es la de ser un autor ‘antisemita’. Y en la década de los setenta, como decíamos anteriormente, sus “críticos” lo afilian con la corriente de pensamiento europea: el negacionismo”.⁵⁷ Estas líneas ejemplifican la práctica recurrente de entrecomillar la palabra *críticos*, sugiriendo que éstos no son tales y se en realidad se encuentran empeñados en una injusta campaña de desprestigio.

⁵⁶ Lipstadt, *Denying the Holocaust*, op. cit., loc. 485.

⁵⁷ Jasso Espinosa, *La simpatía por el nacionalsocialismo*, op. cit., p. 231.

Jasso insiste en denunciar los supuestos ataques que mantienen a Borrego indebidamente al margen del mundo académico e impactan negativamente en la venta de sus libros pero no ofrece citas textuales, limitándose a reiterar generalizaciones de este tipo: “más allá de ser un simple autor antisemita, como sus ‘críticos’ lo han descalificado durante generaciones, Salvador Borrego es sin duda una personalidad destacada del pensamiento conservador en México”.⁵⁸ Las críticas infundadas por el antisemitismo no se limitan a *D.m.*, pues también estarían dirigidas contra los demás libros que Borrego ha dedicado a la historia de México: “si bien es cierto que casi todos sus libros tocan los temas de política y economía, algunos títulos no necesariamente se refieren a esos rubros y sin embargo corren la misma suerte de crítica hostil y censura, por tratarse de la obra de un ‘antisemita’”.⁵⁹ Jasso recurre a las palabras del propio Borrego, quien niega ser antisemita a pesar de las múltiples expresiones abiertamente racistas que pueden encontrarse en *D.m.* (comentadas en el primer capítulo de esta tesis) y en el resto de su obra. En palabras de Borrego, según lo cita Jasso, el señalarlo como antisemita ha oscurecido el debate intelectual alrededor de su obra, ya que “en vez de discutir las ideas de esa persona, se le descalifica y ya. En vez de refutar las ideas y los hechos que se relatan en **Derrota Mundial**, descalifican con una sola palabra: antisemitismo. Y como el antisemitismo es impopular, con ese término ya eliminan toda discusión”.⁶⁰ Jasso cita así a Borrego sobre el particular:

⁵⁸ *Ibidem*, p. 268.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 221.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 253.

Eso de que soy antisemita no es exacto, porque yo no estoy en contra del judío por ser judío, sino de un movimiento político hecho por judíos, como también muchos de izquierda no son anti germanos, sino son antinazis, un movimiento político hecho por alemanes. A mí me llaman antisemita porque me opongo a un movimiento político que está hecho por judíos pero no estoy precisamente en contra del judío por ser judío, porque eso sería tan absurdo como ser antifrancés o ser antiitaliano, esas son posiciones infantiles.⁶¹

El rechazo de las imputaciones de antisemitismo es característico de los escritores “revisionistas”. Este prejuicio permea sus discursos, ya que al rehabilitar al nazismo terminan por adoptar su retórica maniquea, señalando a los judíos como responsables de las guerras y las crisis económicas. En *L.s.p.e.n.*, se soslaya el antisemitismo de Borrego explicándolo como el producto de una interpretación “polémica” de la Segunda Guerra Mundial, haciendo hincapié (como ya se señaló en el primer capítulo) en un criterio falaz de antigüedad, cuya finalidad es demostrar que las críticas antisemitas de Borrego son legítimas porque no es el primero o el único en proferir invectivas antijudías.⁶² Para Jasso, “la paternidad de la idea de gran conspiración judía, no es propiedad exclusiva de Salvador Borrego”, ya que “cuando Borrego señala que el origen de la mayoría de los revolucionarios rusos es

⁶¹ *Ídem*. [De entrevistas Jasso/Borrego en *L.s.p.e.n.*]. Para negar las acusaciones de antisemitismo, Borrego recurre a la ficción de afirmar que sus críticas van dirigidas no contra los judíos, sino contra el “movimiento político judío”, término acuñado por él mismo e intercambiable por el más abiertamente antisemita de “judaísmo internacional”. Por su parte, el “revisionista” inglés David Irving también niega ser antisemita, a pesar de referirse a los judíos en sus obras y entrevistas como “nuestros enemigos tradicionales”. De la misma manera en que Jasso trata de minimizar el antisemitismo de Borrego, Irving hace lo propio con Hitler, de quien en varios discursos ha afirmado que era el “mayor amigo que tenían los judíos en el Tercer Reich”. Véase Lipstadt, *Denying the Holocaust*, *op. cit.*, loc. 3226.

⁶² Jasso escribe lo siguiente en *L.s.p.e.n.*: “Para comenzar desde el principio, debemos decir que Salvador Borrego no dice nada nuevo cuando afirma que una identificable camarilla de intelectuales de origen hebreo participó en la estrategia, táctica, acción y dirigencia de la Revolución rusa. Antes de Borrego, lo habían hecho otros escritores. Las evidencias abundan, pues la producción fue tan prolífica [*sic*] que incluso la encontramos antes y después de *la Revolución de Octubre*” (p. 247).

hebreo, tampoco informa algo desconocido”, pues “esta atribución racial a los líderes de los movimientos emancipadores, ya ha sido señalada incluso por investigadores que en ningún momento han tenido la intención del ofender al pueblo judío”.⁶³ Por ejemplo, sostiene que Borrego no es el primero en atribuir un origen judío a los líderes de la revolución de 1917, y enfatiza que esto lo distingue inequívocamente, en un sentido positivo y original, de la llamada “historia oficial”:

Las diferencias entre **Derrota Mundial** y otras crónicas oficiales de la Segunda Guerra Mundial, empiezan desde que Borrego establece **un eslabón soslayado o nunca mencionado** en el origen de la "Revolución rusa". De acuerdo con Salvador Borrego, ese eslabón es: "*la participación perfectamente identificable de personajes y grupos judíos en los puestos clave de la estrategia, táctica y dirigencia revolucionaria*".⁶⁴

Jasso atribuye la mala crítica y el supuesto boicot comercial a los libros de Borrego a que este último sea señalado como antisemita, y escribe que “afirmar que un Secreto Comité Judío se había encargado de encauzar la Revolución rusa y además argumentar que el llamado ‘Holocausto’ no es de ninguna manera en las proporciones [sic] como lo presentan los dogmáticos, motivó la reacción inmediata de rechazo y de condena”.⁶⁵ Jasso se empeña en enfatizar, para defender, lo que considera es la originalidad de los planteamientos adelantados por Borrego:

⁶³ *Ibidem*, p. 248.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 245.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 252.

Hasta este punto en el libro de Borrego [*Derrota mundial*], encontramos puntos de coincidencia con otros autores, pero en definitiva, su investigación se aparta de la generalidad cuando atribuye al "secreto comité judío", la paternidad u origen de toda una serie de posicionamientos políticos a nivel mundial con la finalidad inmediata de detener, bajo cualquier costo [*sic*], la consolidación y el posterior avance del nacionalsocialismo alemán.⁶⁶

Jasso sostiene que el antisemitismo es la razón por la que la obra de Borrego ha sido injustamente ignorada por una cohorte anónima de historiadores y críticos, cuyas supuestas invectivas contra Borrego permanecen sin especificarse:

El libro de Salvador Borrego [*América peligra*] es finalmente una interpretación de la historia mexicana, pero los "críticos" de su época le respondieron sobre todo con el insulto, la violencia, la fuerza injusta de la ley o con vagas consideraciones políticas, morales o filosóficas. En esencia es la misma respuesta que recibieron los escritores "revisionistas" de Europa por atreverse a reinterpretar la historia. El libro quedó entonces en eso, en una sola expresión acusatoria: "antisemita".⁶⁷

La justificación del antisemitismo ocupa un lugar ciertamente mucho menor en *S.B.E.*, donde se enfatiza con eufemismos la "dificultad de Salvador Borrego para superar su 'prejuicio judío'".⁶⁸ También se redefine al antisemitismo para privarlo de significado, anulando así las críticas de quienes han señalado este prejuicio de Borrego: el "'antisemitismo' es una construcción absurda, por cuanto no existe algo así como 'semitismo', al cual oponerse":

⁶⁶ *Ibidem*, p. 249.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 264.

⁶⁸ Jasso, *Salvador Borrego Escalante...*, *op. cit.*, p. 12. Más adelante (p. 231), Jasso escribe que "en este tema el autor de **Derrota Mundial** al parecer tiene dificultades para superar sus viejos prejuicios".

Aun así, habiendo dicho lo anterior, no tiene mucho caso librar batallas que no se puedan ganar. Los combates semánticos están condenados a fracasar; no queda sino seguir la tendencia popular y usar el término no científico, inadecuado, confuso, y engañoso de “antisemitismo” como un cesto donde cabe todo, y considerar “odio al judío” y “judeofobia” como sinónimos.⁶⁹

En su disquisición sobre la supuesta ineficacia del antisemitismo como categoría de análisis, Jasso reproduce varios tópicos antisemitas, por ejemplo, al caracterizar a los judíos como inusualmente prósperos o sugerir que son responsables de las persecuciones en su contra: “La hostilidad y persecución contra los judíos, fenómeno que impropia, pero indeleblemente, se conoce como antisemitismo, había proliferado en la Edad Media por motivaciones religiosas que encubrían envidias mortales contra la prosperidad y solidaridad del pueblo judío”.⁷⁰ Jasso elabora sobre premisas que no guardan relación alguna entre sí y con base en las cuales no puede extraerse una conclusión lógica. Como se mencionó al inicio de este capítulo, *S.B.E.* resulta más moderada que *L.s.p.e.n.*, y uno de los aspectos que se ven modificados es el reconocimiento explícito que se hace del mito de la conspiración judía como una fantasía antisemita (tema que aparece de forma ambigua en *L.s.p.e.n.*). Recurriendo nuevamente a un criterio falaz de antigüedad, se declara en *S.B.E.*: “Es oportuno agregar dos afirmaciones, por una parte, el gran mito de la secreta dominación judía-masónica-comunista es una falsedad histórica, sin embargo, y en esto radica la segunda afirmación, esto último no implica negar que un amplio sector de la sociedad mexicana no incurrió en este tipo de ideas

⁶⁹ *Ibidem*, p. 51.

⁷⁰ *Ídem*. En *L.s.p.e.n.* (p.34), Jasso escribe que “como los judíos eran comerciantes y traficantes, se les consideraba mentirosos y avariciosos”.

políticas antisemitas”.⁷¹ El párrafo anterior constituye la justificación final del antisemitismo de Borrego: Jasso reconoce que dicho prejuicio está basado en una “falsedad histórica”, y como si de esta sola afirmación se dedujera lógica y necesariamente que dichas ideas no fueron aceptadas ampliamente, procede a aclarar el sofisma introducido por él mismo (mediante el uso de una triple negación). Cuando escribe que “esto último no implica negar” que “un amplio sector de la sociedad mexicana no incurrió en este tipo de ideas”, se basa en la popularidad de las mismas para defender su uso por parte de Borrego. Así, se justifica el antisemitismo al ignorar, minimizar o redefinir dicho concepto, afirmando que no constituye una crítica legítima a las “investigaciones” de aquél (*D.m.*)⁷²

En síntesis, Jasso presenta a Borrego como un historiador de valía, cuya obra no se demerita por sus prejuicios ideológicos (nazis) o racistas (antisemitas), y como historiador lo nombra en *S.B.E.*:

Para una buena parte de los historiadores neo conservadores del siglo XX, el gran mito de una secreta dominación judía a escala mundial que, al mismo tiempo, fue asociada con el internacionalismo de los masones, adquirió una fuerza inaudita. De aquí que muchos de estos autores vieron con simpatía, el ascenso de Adolfo Hitler al poder en 1933 en Alemania. Algunos de estos historiadores lo vieron como el “antídoto” indispensable para detener el avance “ateo” y hasta demoniaco del judeo-comunismo que amenazaba con poner fin a la era cristiana.⁷³

⁷¹ *Ibidem*, p. 227.

⁷² Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo*, *op. cit.*, p. 221.

⁷³ Jasso, *Salvador Borrego Escalante*, *op. cit.*, p. 42.

Con miras al proceso de transfigurar a Borrego y presentarlo como un *historiador*, Jasso escribe que “con pocas palabras se puede catalogar a **Derrota mundial** como una ‘crónica de la Segunda Guerra Mundial’. Hasta los más acérrimos ‘críticos’ de este libro no han dudado en registrarlo como tal”, y que “como ‘crónica’ es también ‘libros de relación de sucesos’, no me opondré en esta investigación en adjetivar de esa manera a **Derrota Mundial**”.⁷⁴ Para Jasso, “más allá de ser un simple autor antisemita, como sus ‘críticos’ lo han descalificado durante generaciones, Salvador Borrego es un sin duda una personalidad destacada del pensamiento conservador en México”.⁷⁵

3. Borrego como precursor del “revisionismo”

En las tesis de Jasso puede identificarse una definición doble e intercambiable de los conceptos de *historiografía* y “revisionismo”. La primera acepción de ambos términos tiene connotaciones negativas e implica la inclusión de Borrego en dos grupos: por un lado, en el de los escritores conservadores o de derecha, es decir, de aquellos que expresaron su oposición, por ejemplo, hacia la modernidad o la Revolución mexicana, y por otro, en el de los negacionistas; Jasso insinúa que incluir a Borrego en ambas categorías es metodológicamente incorrecto y responde a motivaciones extra-académicas. La segunda acepción de *historiografía* empleada por Jasso, tiene connotaciones positivas y se refiere, por un lado, a las obras críticas de corte académico y secundario que, como investigaciones de posgrado, publicaciones especializadas y periodismo de investigación, estudian a los

⁷⁴ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo*, op. cit., p. 244.

⁷⁵ *Ibídem*, p. 268.

escritores conservadores como fuentes primarias. En cuanto al “revisionismo”, su segunda acepción también es positiva, y se refiere a un cuerpo de literatura no-conformista en contra del dogma de la “Historia oficial” del Holocausto. Jasso busca ligar a Borrego con la segunda acepción de ambos términos, y su inversión intencional de estas definiciones da pie a contradicciones sobre el papel de Borrego tanto en la historiografía crítica sobre la derecha en México como en la escena “revisionista” internacional. Esta dualidad terminológica permite retratar a Borrego como víctima de persecución y al mismo tiempo como un representante ampliamente reconocido del conservadurismo y la derecha en México.⁷⁶

Haciendo uso de la segunda acepción del término *historiografía*, Jasso lamenta que “ningún historiador de los llamados serios se ha interesado abiertamente por su obra. Hasta ahora ningún escritor mexicano ha tenido el interés de publicar un ‘Breve ensayo sobre la obra de Salvador Borrego’”. Para Jasso, el “denominador común de la intelectualidad mexicana al preguntarle sobre la obra de Salvador Borrego es: ‘silencio total’”, con lo cual “lamentablemente [...] se ha privado a **Derrota Mundial** (y a toda la obra de Salvador Borrego en su conjunto) de la alternativa crítica, que es decir [*sic*] del único modo congruente de la alta

⁷⁶ Como ejemplo de estas contradicciones, considérese lo siguiente: en *L.s.p.e.n.* (p. 220), Jasso sostiene que, a pesar del “acérrimo boicot”, Borrego es un éxito de ventas: “Contra lo que quisieron los detractores de Salvador Borrego, al iniciar el año de 2003, **Derrota Mundial** y **América Peligra** alcanzaron las ediciones 44 y 20 respectivamente. Y el hoy octogenario Salvador Borrego es autor de más de treinta libros que aunque son ninguneados por la crítica de la “república de las letras” los vende con buen éxito en forma independiente”. No obstante, en *S.B.E.* (p. 107), Jasso reitera el éxito comercial de Borrego: “Establezco que durante la presente investigación se pudo comprobar que sus textos tuvieron y tienen amplia demanda no sólo en el mercado de libros mexicano, sino incluso en el de habla hispana: particularmente su libro **Derrota Mundial** ha tenido varias ediciones en España, Argentina y Chile”. En la misma tesis (p. 213), Jasso escribe: “De otro modo no se puede entender cómo fue que este autor durante el último medio siglo vendió y puso en circulación, aproximadamente 400 mil libros de sus más de 51 títulos, recayendo en **Derrota Mundial** la cantidad de 51 ediciones, para un total de 165,000 ejemplares vendidos en México y en el extranjero”.

cultura”.⁷⁷ Insiste en que “la historia de la historiografía conservadora mexicana, en definitiva no ha sido bien investigada, existen documentos en donde podemos abordar su estudio, pero la carencia de trabajos reflexivos, determina el somero análisis de dicho fenómeno”,⁷⁸ y concluye en *L.s.p.e.n.*, con relación a Borrego, que “la censura que editorialistas e intelectuales de izquierdas mexicanos han impuesto a sus libros no permite polemizar acerca de su obra”.⁷⁹ No obstante, afirma (de forma contradictoria) que Borrego ha sido ampliamente reconocido (sin especificar por quién o quiénes) como exponente del conservadurismo en México, y en *S.B.E.* escribe que “durante la década pasada, asistimos a un eventual interés generalizado entre los académicos e investigadores por el estudio y análisis de los grupos conservadores y de derecha en México”:

De hecho su defensa del catolicismo, su nada velado antisemitismo y su tenaz e imperioso ataque contra el comunismo internacional –sobre todo con la constante reimpresión de su libro **Derrota Mundial**–, es lo que le ha dado a Salvador Borrego un lugar de privilegio entre los lectores de la Historiografía Conservadora Mexicana y las agrupaciones de la derecha mexicana [...] ⁸⁰

Citando únicamente una obra crítica⁸¹ además de *Ls.p.e.n.*, Jasso escribe que “respecto de esas publicaciones, en muchas de ellas se ha especulado que desde la segunda mitad del siglo XX ha existido una influencia decisiva del libro **Derrota Mundial** entre los grupos históricos de la derecha mexicana”. Insiste

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 230.

⁷⁸ *Ibíd.*, p. 257.

⁷⁹ *Ibíd.*, p. 274.

⁸⁰ Jasso Espinosa, *Salvador Borrego Escalante, op. cit.*, p. 6.

⁸¹ Jasso se refiere a la tesis de maestría en historia de Rodrigo Ruiz Velasco Barba, *El antijudaísmo en el pensamiento de Salvador Borrego Escalante, entre la cruz gamada y la cruz de Cristo* (2007).

veladamente en un supuesto boicot académico y editorial cuando escribe que “varios estudiosos de ese mismo tema, han identificado a Salvador Borrego como a un líder ideológico de los grupos conservadores, coincidiendo también en señalar cómo al escritor [Borrego] no se le ha dedicado una lectura crítica ni atenta”.⁸² La ficción del boicot, supuesta prueba del clima de persecución ideológica que sufren los “revisionistas”, y aparente producto de los esfuerzos del “sionismo internacional” o de las anónimas elites académicas empeñadas en censurar a los “revisionistas”, tal como éstos pretenden, funge en realidad como una estrategia mercantil para alegar que sus escritos han sido injustamente prohibidos. El propio Borrego es el principal difusor de esta idea, ya que en la contraportada de la quincuagésima edición (2009) de *D.m.* puede leerse: “Hace 56 años se publicó la primera edición de este libro. No es usual que un libro se mantenga por tanto tiempo en la atención del público, ni menos [*sic*] cuando es objeto de acérrimo boicot”.⁸³

En *S.B.E.* se asevera que “el reflexionar sobre el ideario político conservador de Salvador Borrego es pertinente porque la literatura analítica sobre la derecha política mexicana de la que hoy disponemos ubica a Salvador Borrego como un escritor representativo de la derecha católica mexicana”.⁸⁴ Oraciones hiperbólicas de este tipo le permiten a Jasso afirmar contradictoriamente, que la *historiografía* reconoce a Borrego como un escritor de renombre en la literatura conservadora y derecha mexicana y que, al mismo tiempo, con base en una carencia de estudios

⁸² Jasso Espinosa, *Salvador Borrego Escalante, op. cit.* p. 1.

⁸³ En vista de que *D.m.* ha venido editándose de forma ininterrumpida desde 1953 y de que es extraordinariamente asequible en librerías de la Ciudad de México, puede argüirse que el supuesto boicot de académicos, editores y organismos internacionales como la *Anti-Difamation League* ha resultado singularmente ineficaz.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 149.

críticos y académicos motivada por el supuesto boicot, su lugar como figura prominente del conservadurismo mexicano se encuentra injustamente disputado.

Como se mencionó líneas arriba, debe atenderse a una problemática similar cuando Jasso aborda el tema del “revisionismo” y el lugar que Borrego ocupa en dicha corriente. En este caso, la confusión de los términos sirve para presentar a Borrego como un ignorado pero valioso pionero del “revisionismo” en América Latina. Jasso emplea este último término de dos formas diferentes y contradictorias. En primer lugar, se presenta como un descalificativo empleado por los críticos de Borrego para censurarlo (similar al de antisemita), implicando con ello que es un concepto cargado de connotaciones negativas. En dichos casos, se busca distanciar a Borrego del “revisionismo”: “**Derrota Mundial** argumentan muchos: *‘forma parte de la ralea de los que niegan el Holocausto’*; porfían que la genealogía del libro ‘es de los que pretenden construir un movimiento ideológico que justifique la barbarie nazi borrando de la memoria histórica la magnitud de sus asesinatos.’⁸⁵ No obstante, también ofrece una definición distinta de “revisionismo” como una corriente historiográfica contestataria, “profana”, crítica y científica. Estos dos momentos se encuentran mezclados, por lo que en ocasiones el primero de ellos constituye el inicio de un argumento y durante el mismo se transita al segundo. Considérese el siguiente ejemplo:

⁸⁵ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo*, op. cit., p. 218.

Desde que publicó en 1953 **Derrota Mundial**, Salvador Borrego ha recibido a lo largo de las décadas, toda clase de condenas sumarias que con el tiempo se convirtieron en un rechazo de su persona/obra. La más persistente y reiterada de las sentencias, es la de ser un autor "antisemita". Y en la década de los setenta, como decíamos anteriormente, sus "críticos" lo afilian con la corriente de pensamiento europea: el negacionismo.⁸⁶

Jasso distancia a Borrego del "revisiónismo", pero no deja de expresar elogios para dicha corriente: "si bien no lo dice explícitamente [el periódico] *El financiero*, identifica implícitamente a **Derrota mundial** de Salvador Borrego con el principal tema del revisionismo histórico: el holocausto, a su vez la negación crítica, científica y argumentativa de los negacionistas".⁸⁷ Estas líneas son significativas porque Jasso define explícitamente al "revisiónismo" como la "negación crítica, científica y argumentativa" del Holocausto, a pesar de todo lo cual trata de distanciar a Borrego del mismo: "Poco importa que Borrego no esté consciente de su filiación con los revisionistas europeos, los escándalos suscitados en la década de los setenta por los primeros revisionistas, provocan en México estridentes voces que inmediatamente afilian a **Derrota Mundial** con el trabajo de los negacionistas europeos, además de encasillar la obra completa de Borrego con toda clase de anatemas".⁸⁸ En estas líneas, las "estridentes voces" pertenecen a los críticos invariablemente anónimos que descalifican "la obra completa de Borrego con toda clase de anatemas" y comparan su trabajo con el de negacionistas europeos, por lo que Jasso concluye que dicho paralelo es una campaña de difamación. No obstante, sus intentos por desligar a Borrego del "revisiónismo" coexisten en *S.B.E* con una

⁸⁶ *Ibidem*, p. 231.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 219. De acuerdo con Jasso, se trata de las ediciones del 10 al 12 de mayo de 1995.

⁸⁸ *Ídem*.

valoración positiva de esta misma corriente. En este sentido, formula el siguiente reclamo, muestra de su indignación frente al hecho de que no se cuente a Borrego entre las filas de los “revisiónistas” más renombrados a nivel internacional y de que los más conspicuos representantes europeos y norteamericanos de dicha corriente no presten mayor atención a su homólogo y predecesor latinoamericano:

Es este un elemento importante que ha escapado a la clasificación de los mismos revisionistas europeos siembre tan afectos como todos sus paisanos a desconocer el trabajo de los escritores del "tercer mundo". Sin embargo, merecería a Salvador Borrego un lugar privilegiado en esa corriente de pensamiento dado que el libro **Derrota Mundial** fue escrito cuando Robert Faurisson, el escritor negacionista más conocido a nivel mundial y uno de los primeros exponentes de esa corriente, todavía no se hacía célebre por sus escritos polémicos.⁸⁹

El párrafo aquí transcrito marca el punto en que Jasso empieza a nombrar las obras de otros negacionistas para después emplearlas como fuentes críticas. Aunque este tema se aborda en detalle más adelante para los casos de David Irving y Roger Garaudy, aquí se refiere a Robert Faurisson, señalado por Deborah Lipstadt por afirmar que “los llamados gaseamientos’ de judíos fueron una ‘gigantesca estafa político financiera cuyos beneficiarios son el estado de Israel y el Sionismo Internacional”.⁹⁰ Jasso cita a Faurisson (a pie de página) como parte de su argumento sobre por qué considera infundadas las críticas al negacionismo: “sobre el particular –escribe Jasso–, Robert Faurisson, el escritor revisionista más conocido mundialmente, en su artículo titulado ‘Las organizaciones judías imponen el credo

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 218.

⁹⁰ Lipstadt, *Denying the Holocaust*, *op. cit.*, loc. 222.

del holocausto', dice: 'los revisionistas no conocen en realidad ni amo ni discípulo'", sugiriendo así que la obra de Borrego tiene un carácter independiente, crítico y transgresor (y por lo tanto, válido).⁹¹ Jasso basa en la siguiente cita de Faurisson su argumento a favor de contar a Borrego entre las filas "revisionistas": "el conflicto que asistimos [*sic*] entre 'exterminacionismo' y 'revisionismo', es decir, entre una historia oficial, estancada, sagrada, por un lado, y una historia crítica, científica y profana, se inscribe en la lucha sin fin que se entabla en las sociedades humanas desde milenios atrás, entre la fe y la razón o la creencia y la ciencia".⁹²

Jasso oscila entre presentar al "revisionismo" como una corriente deplorable, de la que es preciso desligar a Borrego, o bien respetable, con la que desea relacionarlo (y de la que incluso insiste en presentarlo como un valioso precursor), por lo que incurre en contradicciones: Como ejemplo, pueden tomarse las siguientes líneas de *L.s.p.e.n.*: "Curiosamente, en la obra de Salvador Borrego no encontramos ninguna referencia hacia el negacionismo o hacia el revisionismo histórico sino hasta el año de 1984. En este año, particularmente en el mes de mayo, [Borrego] hace una serie de comentarios respecto al trabajo del profesor Robert Faurisson".⁹³ No obstante, más adelante escribe: "Por lo que toca a Salvador Borrego, el rechazo a su investigación estaba prácticamente garantizado. Entre otras cosas porque desde la primera edición de **Derrota mundial** cuestionó, en el penúltimo capítulo, la veracidad del llamado 'Holocausto'. Afirmar o decir esto en el año de 1953 era

⁹¹ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo*, *op. cit.*, p. 218.

⁹² *Ibidem*, p. 219. El término "exterminacionismo" es el nombre que negacionistas como Faurisson emplean para referirse a la historiografía académica sobre el Holocausto. A ésta pretenden oponer una "escuela" opuesta, basada en un cuestionamiento, reevaluación o revisión de la historia, es decir, el "revisionismo"/negacionismo, misma que apuntaría a que el nazismo no llevó a la práctica un plan sistemático para el asesinato de los judíos europeos.

⁹³ *Ibidem*.

bastante temerario”.⁹⁴ Jasso sugiere que cuestionar la veracidad del “llamado ‘Holocausto’” le ha traído a Borrego “acoso, persecución policiaca y represión en distintos grados”,⁹⁵ y sigue a Faurisson para denunciar un supuesto contubernio académico que impide a los “no judíos” escribir sobre el tema: “sobre este particular elemento el historiador revisionista, Robert Faurisson, ha escrito que la propia comunidad judía hace la crítica del Holocausto [...] teniendo cuidado de hacer clara su reverencia infinita por el *holocausto* en sí”.⁹⁶ Con este fin, Jasso cita en extenso el artículo de Faurisson “Los dirigentes de los estados musulmanes deberían romper el silencio sobre la impostura del ‘Holocausto’”:

Que si la explotación industrial o comercial del sufrimiento real o supuesto de los judíos constituye una rica veta de oro, la crítica de esta explotación se está convirtiendo desde hace algunos años en otra veta más; ahora bien, estos dos veneros, y más aún, el segundo, resultan estrictamente reservados a los judíos. Se encuentran *off limits*, y un gentil que se atreviese a imitar a Norman Finkelstein en su denuncia de la mafia del *Holocausto* sería cazado inmediatamente por la jauría de los guardianes del tesoro.⁹⁷

Jasso ajusta a Borrego a esta descripción como una víctima de “la mafia del *Holocausto*”. El supuesto acoso es explicado como parte de un movimiento internacional para censurar a los escritores “no judíos” y a cualquiera que cuestione “el sufrimiento real o supuesto de los judíos”:

⁹⁴ *Ibidem*, p. 252.

⁹⁵ A este respecto, Jasso escribe lo siguiente en su tesis de maestría (p. 252), entrecomillando cada vez la palabra Holocausto: “En países europeos, cuestionar el ‘Holocausto’ como en el caso de los revisionistas históricos, les ha significado acoso, persecución policiaca y represión en distintos grados. En Alemania, por ejemplo (2003), se incurre en ‘delito de opinión’ si se niega el ‘Holocausto’, y se castiga con cárcel y multas”.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 236.

⁹⁷ *Ídem*.

De acuerdo con Salvador Borrego, esta incisiva señal de fastidio contra su obra por parte de un enemigo siniestro, ‘comenzó a materializarse y a adquirir rostro’ en la medida en que representantes de la *Liga Antidifamación* se presentaron hasta la puerta de su casa para amenazarlo con llevarlo ante tribunales por ser el autor de un libro que difunde odio racial contra la comunidad judía.⁹⁸

Jasso sugiere que únicamente los judíos tienen permitido escribir sobre el Holocausto, e incluso alude a una organización de grupos sionistas (“un enemigo siniestro”) que resguarda el dogma del Holocausto, dogma que, en su opinión, es irrefutable pero *sólo en apariencia*:

Si bien no tenemos pruebas concretas que demuestren que la *Liga Antidifamación* se acercó a Salvador Borrego para boicotear el libro **Derrota Mundial** y exigirle que retirara el libro del mercado comercial, a cambio encontramos un contexto internacional que evidencia una campaña de relaciones públicas entre poderosos grupos sionistas concertada a nivel internacional, que defiende bajo cualquier costo [sic] el punto capital de un acontecimiento histórico en apariencia irrefutable, pero del que, incluso, estos mismos grupos, se reservan el derecho exclusivo de análisis.⁹⁹

Las otras dos fuentes en las que se basa la supuesta persecución de que es objeto Borrego son *La industria del Holocausto. Reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío*, del politólogo norteamericano Norman Finkelstein, y *Los mitos fundacionales del Estado de Israel*, de Robert Garaudy, filósofo francés, escritor de panfletos negacionistas y figura destacada del antisemitismo y la ultraderecha europeos.¹⁰⁰ Jasso presenta la referencia al texto de Garaudy (una dirección

⁹⁸ *Ibidem*, p. 232.

⁹⁹ *Ibidem*, p. 236.

¹⁰⁰ Walter Laqueur, *The Changing Face of Antisemitism*, Oxford University Press, 2006, (edición

electrónica) a pie de página, pero sus alusiones al texto de Finkelstein son más elaboradas y requieren un comentario en detalle.

Jasso escribe que “Finkelstein sostiene [...] que **no toda la literatura revisionista carece de valor**, aun cuando la ideología o motivos de quienes la practican sean denigrantes”.¹⁰¹ Con la finalidad de presentar al “revisionismo” como una corriente acosada por “historiadores oficialistas”, Jasso repite (copia) una grave inexactitud presente en la traducción al español del libro de Finkelstein, cuando éste escribe sobre el proceso judicial entablado en Inglaterra por el “revisionista” David Irving contra Deborah Lipstadt. En dicho caso, el británico demandó a Lipstadt por difamación, tras haberlo calificado en su libro *Denying the Holocaust* como antisemita y “revisionista” y por promover con sus escritos la negación del Holocausto. Al escribir sobre la supuesta campaña de acoso mediático y legal que los judíos ejercen contra quienes se atreven a cuestionar la “ortodoxia” del Holocausto, Jasso repite de forma literal (y sin indicar procedencia) la traducción al español de Finkelstein, que afirma lo siguiente: “Lipstadt acusa a David Irving de ser ‘uno de los portavoces más peligrosos del negacionismo del Holocausto’ (por esta y otras afirmaciones, Lipstadt ha perdido recientemente en Inglaterra un juicio entablado contra ella por difamación)”.¹⁰² Es necesario precisar que el original en inglés de Finkelstein sí expresa correctamente cómo se resolvió el juicio, es decir, a favor de Lipstadt, y en sentido opuesto en el que Jasso, siguiendo la incorrecta

electrónica), loc. 2079. En un caso similar al de José Vasconcelos, la obra de Garaudy consta de dos etapas: una primera, de fecunda producción intelectual (como especialista en Hegel), y una tardía, en la que se acercó a la ultraderecha y publicó panfletos negacionistas de corte antisemita.

¹⁰¹ Jasso Espinosa, *La simpatía por el nacionalsocialismo*, op. cit., p. 235.

¹⁰² *Ídem*.

traducción al español de Finkelstein, lo sugiere.¹⁰³ De forma similar, en *L.s.p.e.n.* el concepto “industria del Holocausto” formulado por Finkelstein, es empleado de forma literal para dar cuerpo a la supuesta campaña de acoso contra Borrego:

Finkelstein advierte sobre el peligro histórico al que se enfrentan particularmente los ciudadanos judíos de todo el mundo, a consecuencia de la Industria del Holocausto. Porque además de que la memoria de las víctimas del nazismo está siendo manipulada por los que se erigen como sus defensores, las críticas de los no judíos, han sido apagadas o perseguidas, negándoles cualquier posibilidad de contribución para el entendimiento del Holocausto.¹⁰⁴

En *La industria del Holocausto*, Finkelstein no se ocupa de la supuesta censura que los judíos ejercen contra los “gentiles” escriben sobre el genocidio. Su libro aborda dos temas: el proceso de creación de la conciencia popular sobre el Holocausto entre el final de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra de los Seis Días (1967) y los intentos de explotación mercantil de dicha conciencia por parte de varias organizaciones judías en el último cuarto del siglo XX. No obstante, Jasso presenta dicho estudio como prueba de la existencia de una conspiración judía.¹⁰⁵

¹⁰³ Sobre el particular, véase Deborah Lipstadt, *History on Trial: My Day in Court with a Holocaust Denier*, Haper Perennial, 2006; Richard J. Evans, *Lying about Hitler. History, Holocaust and the David Irving Trial*, Basic Books, 2002 y D. D. Guttenplan, *The Holocaust on Trial*, W. W. Norton & Company, 2002. El texto original de Finkelstein en inglés es completamente exacto: “Lipstadt brands David Irving ‘one of the most dangerous spokespersons for Holocaust denial’ (he recently lost a libel suit in England against her for these and other assertions”. Finkelstein, *The Holocaust Industry. Reflections of the Exploitation of Jewish Suffering*, Verso, New York, [edición electrónica], 2015, loc. 1028.

¹⁰⁴ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo*, op. cit., p. 235.

¹⁰⁵ “Finkelstein es sentencioso en señalar que en la construcción del andamiaje de la industria del holocausto jugaron un papel considerable el Consejo Mundial Judío, la Jewis [sic] Claims Conference, la Liga Antidifamacion, así como señalados escritores. Finkelstein sostiene que el holocausto se ha convertido en arma ideológica indispensable”, *ibídem*, p. 234.

En su defensa de Borrego, Jasso da muestras de haber tergiversado el texto de Finkelstein. Al denunciar la existencia de *la industria del holocausto*, transcribe el siguiente párrafo: “Finkelstein escribe: ‘Es interesante comprobar cómo, de ser un tema *tabú* para las **elites judías norteamericanas**, hasta finales de los años cincuenta, la *Solución Final* se convirtió en una industria a mediados de los años sesenta, cuando el holocausto nazi fue *descubierto* por dichas elites y convertido en el *Holocausto* (con letra mayúscula)’”.¹⁰⁶ En estas líneas, que difieren *por completo* del original de Finkelstein tanto en la versión en inglés de *The Holocaust Industry* como en la traducción más reciente al español (2014),¹⁰⁷ el subrayado de intención es enormemente significativo, pues (además de no hallarse en el original), sugiere que “las élites judías norteamericanas” han perpetuado la “industria del Holocausto”. Aunque Finkelstein ciertamente adelanta el concepto de “holocausto nazi” para referirse al asesinato de los judíos, no trata del supuesto descubrimiento (léase, invención) del Holocausto por parte de las “élites judías norteamericanas”. Este abuso de *La industria del Holocausto* es un ejemplo de los intentos de Jasso por ligar a Borrego con el “revisionismo” e incluso de mostrarlo como su precursor, al presentar a aquél como una corriente académica respetable y legítima y a este último como su adalid latinoamericano, ambos supuestamente acosados por una

¹⁰⁶ *Ídem.*

¹⁰⁷ El original en inglés: “*The Final Solution was a taboo topic of American Jewish elites for yet another reason. Leftist Jews, who were opposed to the Cold War alignment with Germany against the Soviet Union, would not stop harping on it. Remembrance of the Nazi holocaust was tagged as a Communist cause*”. N. Finkelstein, *The Holocaust Industry. Reflections on the Exploitation of Jewish Suffering*, Verso, New York, 2015, (ed. electrónica), loc. 301. Aquí la traducción del mismo fragmento al español: “Aún había otra razón que daba cuenta de que la solución final era un asunto tabú para las elites judeo-estadounidenses: que era uno de los temas favoritos de los judíos izquierdistas, que se oponían a la alineación de posguerra con Alemania y en contra de la Unión Soviética. Así pues, el afán de recordar el holocausto nazi se tildó de causa comunista”, Norman Finkelstein, *La industria del Holocausto. Reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío*, Akal, Madrid, 2014, p. 26.

élite internacional de judíos que censura a los “gentiles” que escriben sobre el Holocausto, para lo cual Jasso no deja de insistir en el boicot editorial del que supuestamente son objeto los libros de Borrego.

b) El “revisiónismo” como tema

1. El “revisiónismo”/negacionismo en *Salvador Borrego Escalante*

En *S.B.E.*, se presenta al “revisiónismo” como una escuela historiográfica “polémica”, difamada por historiadores “oficialistas”, por lo que ya no se pone distancia entre Borrego y dicha corriente, y Jasso deja de insinuar que relacionarlo con aquella es una táctica de sus críticos para descalificarlo. En su lugar, se presenta bajo una luz favorable al “revisiónismo” para que su relación con Borrego, establecida de forma mucho más explícita, no tenga necesidad de excusarse. En este sentido, uno de los cambios más significativos en *S.B.E.* reside en el hecho de que, con una sola excepción, ya no emplea subrayado de intención, sean comillas o cursivas, en la palabra Holocausto.¹⁰⁸ Para su análisis, en el que supuestamente “se profundiza hasta las teorías o doctrinas más contemporáneas antisemitas y antisionistas como el llamado ‘Revisiónismo Histórico’”,¹⁰⁹ Jasso define al Holocausto como un subproducto de la violencia general provocada en el marco de la Segunda Guerra Mundial.¹¹⁰ No obstante, Jasso se entrega a un último subrayado

¹⁰⁸ En su lugar, dicho proceso aparece caracterizado de la siguiente manera: “El Holocausto de la población judía europea practicado por la dictadura nacionalsocialista alemana entre 1939 y 1945 fue un programa de genocidio de alcance continental bien planificado y eficazmente ejecutado en la medida de sus posibilidades y capacidades. Fue también la tragedia humana más espantosa y atroz registrada en la historia hasta el presente y la más difícil de comprender y explicar en la historia alemana y europea del siglo XX, una centuria de por sí pródiga en mega masacres, crímenes masivos y matanzas brutales”. Jasso, *Salvador Borrego Escalante, op. cit.*, p. 66.

¹⁰⁹ *Ibidem*, p. 9

¹¹⁰ De acuerdo con Pier Paolo Poggio, este es un recurso común del negacionismo para relativizar

de intención al escribir sobre “el llamado Holocausto” y las “doctrinas como el ‘Revisionismo historiográfico’, a veces también llamado ‘Revisionismo histórico’ o simplemente conocido como ‘negacionismo’”.¹¹¹ Aunque se refiere explícitamente al negacionismo como parte de una serie de “doctrinas de fabulación y fraude negadoras de la masacre perpetrada contra el pueblo judío”, S.B.E. emplea varios subterfugios para relativizar dicho término. Por ejemplo, vuelve a extraer conclusiones aparentemente lógicas de premisas que no guardan relación entre sí y defiende el negacionismo de Borrego afirmando que, en tanto que las izquierdas están representadas en dicha corriente, el uso de ésta por parte de la derecha (Borrego) está de alguna manera justificado. Jasso no da nombres, generalizando la supuesta aceptación de “cierto revisionismo histórico de izquierdas”:

A este problema de negación respecto al exterminio de los judíos por parte del régimen nacionalsocialista durante la Segunda Guerra Mundial atiéndase a que no se trata de un discurso recurrente y propiedad exclusiva de las derechas, pues en los últimos 20 años, algunos representantes de las izquierdas lo han hecho suyo. En nombre del antisionismo, cierto revisionismo histórico de izquierdas está dispuesto a confluír en las posiciones de los más conspicuos representantes del revisionismo histórico de derechas.¹¹²

Aquí, Jasso vuelve a responder a los siempre anónimos y supuestamente estridentes críticos de Borrego por la afirmación (para la que no da autores o fuentes) de que el negacionismo es “propiedad exclusiva de las derechas”. Más adelante, equipara a Ernst Nolte con el negacionista Robert Faurisson, describiendo

el Holocausto. Véase *Nazismo y revisionismo*, op. cit., p. 25.

¹¹¹ Jasso, *Salvador Borrego Escalante*, op. cit., p. 47.

¹¹² *Ibíd.*, p. 48.

a ambos como “conspicuos representantes del revisionismo histórico de derechas”, cuando el primero no puede ser considerado bajo ninguna circunstancia como exponente del “revisionismo”, ya que nunca ha sostenido la inexistencia de cámaras de gas o puesto en duda el involucramiento de Hitler en el genocidio, en tanto que el segundo sí es un abierto representante del negacionismo.¹¹³ Las similitudes (por completo inexistentes) que Jasso sugiere entre estos autores buscan mostrar, una vez más, al “revisionismo” como una corriente historiográfica respetable, con la que Borrego puede y debe asociarse legítimamente.

Como ya se señaló, *S.B.E.* presenta un *non sequitur* en la forma de un análisis del debate intencionalismo/funcionalismo. Según Jasso, “de estas dos escuelas ninguna presupone la puesta en cuestión de la realidad indubitable del fenómeno del holocausto ni tampoco implica ninguna rebaja sobre la consideración moral del carácter atroz, brutal y maligno de dicho fenómeno histórico”. Sin embargo, insiste en que el revisionismo es una escuela de pensamiento injustamente criticada por “historiadores oficialistas” de ambas corrientes: “Pero muy poco de esto último tiene que ver con la llamada escuela del ‘Revisionismo histórico’. Descalificada por las dos escuelas anteriormente citadas con el ampuloso nombre de ‘negacionismo’”.¹¹⁴ Jasso insiste en el clima de persecución “ideológica política” del que supuestamente son víctimas los “revisionistas”, y formula generalizaciones inverificables sobre el nivel de aceptación de dicha corriente: “La

¹¹³ De acuerdo con Jasso, ambos autores se encuentran entre los “más conspicuos” representantes del “revisionismo histórico de derechas”: “unos y otros están a la busca de un núcleo racional del antisemitismo, de aquello que, si no lo justifica, lo hace no obstante comprensible e historizable, relativizándolo y calando en la historia reciente y lejana para encontrar antecedentes y analogías”. *Idem.* Con justicia, estas supuestas y nobles intenciones académicas no pueden asociarse con el trabajo de Robert Faurisson, empeñado en negar la existencia de las cámaras de gas.

¹¹⁴ *Ibidem*, p. 73

historia del revisionismo histórico es muy extensa y muchos intelectuales se han acercado a sus filas con particulares simpatías, aunque la gran mayoría huyó en forma despavorida, luego de conocer el clima de persecución ideológica política de la que han sido objeto en general los representantes de esta corriente de pensamiento”.¹¹⁵ Jasso insiste en llamar y tener por *historiadores* a los negacionistas, aunque investigadores como Pier Paolo Poggio y Deborah Lipstadt han señalado enfáticamente que ninguno de aquéllos tiene acreditaciones académicas que los avalen como tales.¹¹⁶ No obstante, Jasso escribe al respecto:

Si bien su particular desarrollo comenzó desde la década de los cincuenta, con la publicación del libro **La mentira de Ulises** del historiador Paul Rassinier, no fue sino hasta bien entrada la década de los ochenta cuando dos de sus principales exponentes, el historiador inglés David Irving y el historiador francés Robert Faurisson, provocaron que sus respectivas tesis así como el revisionismo histórico en general ocuparan un lugar central en el debate de los historiadores acerca de la revisión histórica de la trágica experiencia del nacional socialismo alemán.¹¹⁷

Cabe señalar que la historia que Jasso ofrece del “revisionismo” como “escuela de pensamiento” es en extremo parcial e inexacta, no solo al referirse a sus exponentes principales (Rassinier, Faurisson e Irving) como *historiadores*, sino también al afirmar que sus escritos han encontrado lugar en “diversas publicaciones

¹¹⁵ *Ibidem*, p. 74. Cuando trata los comienzos del “revisionismo” (p. 73), Jasso emula la retórica del Manifiesto del Partido Comunista de Karl Marx, y escribe que “Un fantasma comenzó a recorrer Europa al finalizar la década de los ochenta del siglo XX: la escuela del Revisionismo histórico”.

¹¹⁶ En su libro *Nazismo y revisionismo histórico* (p. 83), Pier Paolo Poggio escribe: “Pierre Vidal-Naquet ha observado que, por suerte y en honor de la profesión, no hay historiadores entre los negacionistas”. La presente investigación sostiene que, dada la naturaleza burdamente ideológica de su obra y debido a su falta de respecto por el manejo honesto de documentos y fuentes, los negacionistas Paul Rassinier, Robert Faurisson, David Irving y Salvador Borrego no son historiadores, aunque ellos se nombren así y Jasso insista en considerarlos como tales.

¹¹⁷ Jasso, *Salvador Borrego Escalante*, op. cit., p. 74

académicas”, mismas de las que, para variar, no indica el título:

Y es que en efecto, el revisionismo histórico ha recorrido un largo trayecto; por lo que hace a sus pretensiones de respetabilidad académica, desde el trabajo pionero del historiador francés Paul Rassinier en 1950, con su libro **La mentira de Ulises** atravesando por la obra del historiador británico, David Irving, quien en 1977 publicó el libro **La guerra de Hitler**, pasando por la intención de “organización” de los escritos revisionistas (hasta entonces dispersos en distintas publicaciones académicas o en publicaciones independientes) encausada por el denominado Institute for Historical Review (Instituto para la Revisión Histórica).¹¹⁸

Jasso insinúa que el mundo académico o “cohorte de historiadores revisionistas” fue convocado en 2006 al “Congreso Mundial del Revisionismo Histórico” organizado en Irán por el entonces presidente Mahmoud Ahmadineyad, cuando ciertamente el público al que iba dirigido dicho congreso estaba compuesto por negacionistas como el estadounidense David Duke y el ya mencionado Robert Faurisson. De acuerdo con el investigador Alvin Rosenfeld, Ahmadineyad “también duda de la veracidad del sufrimiento [de los judíos], como lo hizo en su sórdida conferencia de negacionistas [*Holocaust deniers*] del 12 diciembre de 2006”.¹¹⁹

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 76. De acuerdo con Jasso, este “instituto” se estableció con el apoyo del “historiador” Robert Faurisson.

¹¹⁹ Alvin Rosenfeld, *The End of the Holocaust*, Indiana University Press, 2013 [edición electrónica], loc. 3147. La historia del “revisionismo”, según Jasso, debe reconocer “el más reciente y entusiasta aliento a la cohorte de historiadores revisionistas, dado por el régimen iraní de Mahmud Ahmadineyad al acoger y financiar el “Congreso Mundial del Revisionismo Histórico” en diciembre del año 2006, convocado ante el mundo académico bajo el título de “Revisión del Holocausto: una visión global”. Jasso, *Salvador Borrego Escalante*, *op. cit.*, p. 76.

Jasso presenta veladamente aseveraciones por completo infundadas sobre el supuesto buen recibimiento que el “revisionismo” tiene en los círculos académicos, refiriéndose en concreto al trabajo de Irving y Faurisson, quienes “al paso del tiempo y principalmente por la constante defensa de sus respectivas tesis [...] o bien, ya sea por el encono de otros historiadores o por la extraña ‘novedad’ de sus ideas [?], provocaron que el mundo académico volviera la mirada hacia ellos, ya sea para repudiarlos y denostarlos, o bien para ofrecerles un mínimo nicho para el desenvolvimiento de sus tesis”.¹²⁰

Finalmente, en una maniobra notable para convertir al “revisionismo” en una empresa académica respetable, Jasso establece un paralelo entre sí mismo y el historiador británico Norman Cohn, autor de varios estudios sobre milenarismo, brujería y antisemitismo, quien publicó en 1965 *Warrant for Genocide*, el primer estudio monográfico sobre el mito de la conspiración judía. Para justificar dicho libro, Cohn (experto en la baja Edad Media), escribió acerca de la atención que los historiadores deben prestar a los fenómenos irracionales como el antisemitismo, en tanto que son capaces de provocar erupciones colosales de violencia como el Holocausto. Sugiriendo que su panegírico de Borrego tiene una intención similar, Jasso escribe: “Para quienes duden del interés académico de analizar la obra del conservador y revisionista histórico Salvador Borrego, el escritor Norman Cohn refirió los siguientes datos”, y transcribe este párrafo de *Warrant for Genocide*:

¹²⁰ Jasso, *Salvador Borrego Escalante*, op. cit., p. 74.

Quizá resulte difícil aceptar que sea legítimo dedicar un estudio erudito, con todo el tiempo y la energía que ello implica, a una fantasía tan ridícula como **Los Protocolos de los Sabios de Sión**, o a figuras tan oscuras como el escritorzuelo Hermann Goedsche, o el estafador barato Osman Bey o el pseudo místico medio loco Sergey Nilus, o todos los demás. Pero es un gran error suponer que los únicos escritores importantes son los que se toman en serio las personas educadas en sus momentos de mayor cordura.¹²¹

A pesar de los términos negativos con que Cohn se refiere a los creadores del mito de la conspiración (“oscuros”, “escritorzuelo”, “estafador barato” y “pseudo místico medio loco”), Jasso emplea estas líneas para sugerir que Borrego se cuente entre las filas de los “escritores importantes”. Para este autor, “[...] si alguien ayudó a capturar y dominar a varias generaciones de mexicanos que –siguiendo a Norman Cohn– ‘han perdido toda su cordura y responsabilidad’ sin duda en gran medida se debe a autores como Salvador Borrego y su principal libro **Derrota Mundial**”.¹²² Jasso ya no aparta a Borrego del “revisionismo”, y enfatiza el reconocimiento que se debe a aquél como figura principal en dicha corriente:

[E]n la bibliografía elaborada por los revisionistas históricos, destacan en lengua española autores como Joaquín Bochaca, Pedro Varela y [...] Salvador Borrego Escalante, éste último quien además de ser un personaje toral del conservadurismo católico es también conocido en el mundo de habla hispana por su filia con el revisionismo histórico [...]¹²³

¹²¹ *Ibidem*, p. 212. Jasso remata (celebrándose a sí mismo) la comparación que establece entre Norman Cohn y Borrego: “‘ocurre que a veces ese submundo se transforma en una fuerza política y cambia el rumbo de la historia’. Y es que en efecto, en México, la obra de Salvador Borrego ha dado lugar a una organización de sus lectores en ‘asociación civil’. De hecho, el escritor, a sus 98 años de edad, es en la actualidad (2013) el presidente honorario de dicha formación denominada: ‘Mexicanos Defraudados A. C.’” ¡Y sólo Dios sabe hasta dónde llegarán sus simpatizantes y futuros adherentes!” (p. 215).

¹²² *Ibidem*, p. 213.

¹²³ *Ibidem*, p. 76.

En *S.B.E.* ya no se distancia a Borrego del “revisiónismo”, pero no deja de insistirse en el boicot editorial. A pesar de haber recogido esta idea del propio Borrego (repetiendo su frase “acérrimo boicot”), Jasso insiste en que los escritos “revisionistas” de aquél son injustamente perseguidos política, ideológica e incluso judicialmente, aludiendo a la legislación existente en dieciséis países de la Unión Europea relativa a la penalización del negacionismo:

El autor [Borrego] refiere cómo, en tanto en los periódicos nacionales le fue imposible publicar sus ideas, sobre todo desde el año de 1974 [...] llevó a cabo su labor periodística en el formato de libros además de manera independiente. Esto debido a que ninguna editorial ha querido enfrentarse a problemas de tipo legal al publicar sus libros. Libros como los suyos, en cualquier parte de Europa por ejemplo, serían motivo para llevar a juicio a cualquier editor por publicar textos “que motivan el odio racial” o bien por incurrir en el “delito de opinión”.¹²⁴

El párrafo anterior presenta varias generalizaciones inverificables que ensombrecen los argumentos de Jasso. Cuando éste afirma que en “cualquier parte de Europa” libros como los de Borrego llevarían a juicio a “cualquier editor” por el “delito de opinión”, crea un clima artificial y absoluto de persecución intelectual y legal que se corresponde con un fenómeno descrito por el investigador Pierre Andre-Taguief en su libro *La nueva judeofobia*. De acuerdo con este autor, para los negacionistas el tema del boicot es una estrategia argumentativa porque:

¹²⁴ *Ibidem*, p. 157.

[...] implica la presentación de sus tesis (negación de las cámaras y del genocidio), no sólo como afirmaciones verdaderas y que se corresponden con la realidad histórica, sino, también y sobre todo, censuradas, denunciadas, combatidas, perseguidas por el hecho de ser verdaderas. En suma, es fundamental para los negacionistas poder denunciar una confabulación contra la verdad.¹²⁵

Estas observaciones describen un cuadro en el que la literatura “revisionista” denuncia un complot de proporciones globales en su contra, tal como Jasso hace con la obra de Borrego. Los “revisionistas” del último cuarto del siglo XX han establecido un paralelo en términos históricos entre su propio trabajo (y la recepción negativa del mismo en el ámbito académico) y los procesos judiciales de los responsables más importantes del genocidio judío, específicamente con los juicios de Núremberg en 1946 y el juicio de Adolf Eichmann en Jerusalén (1961). “Revisionistas” como Ernst Zündel y David Irving, involucrados en procesos judiciales en los años ochenta y noventa, respectivamente, relacionados con la negación del Holocausto, han sostenido que los dictámenes judiciales en su contra son parte de una tendencia (la criminalización del nazismo y la libertad de expresión) cuyos orígenes se ubican en Núremberg y Jerusalén. La tipificación como delito de las expresiones negacionistas en ciertos países de la Unión Europea ha sido empleada desde hace ya casi cuarenta años para denunciar una “confabulación contra la verdad”, de la cual Jasso presenta a Borrego como una víctima al insinuar, por ejemplo, que éste ha sido molestado en su domicilio por la Liga Antidifamación y boicoteado por académicos y editores.

¹²⁵ Pier Paolo Poggio, *Nazismo y revisionismo*, op. cit., p. 93.

2. Críticas a la academia y al trabajo del historiador

Este apartado se ocupa del retrato que Jasso hace de la comunidad académica en México, con énfasis en el gremio de los historiadores. Su versión del mundo académico como un medio dominado por la *izquierda*, supuesta e irreflexivamente prejuiciado en contra del nazismo y de escritores pro-fascistas como Borrego, se corresponde con lo escrito por Pier Paolo Poggio en *Nazismo y revisionismo histórico*: “el revisionismo aspira a producir una representación hegemónica del pasado, derrocando la supuesta dictadura cultural comunista-antifascista [...]”.¹²⁶ Esta creencia de los “revisionistas” en un esfuerzo coordinado a nivel gubernamental e institucional para suprimir o distorsionar la memoria del fascismo, y con ella la realidad histórica, les proporciona los medios para presentar su empresa como un acto de resistencia intelectual y moral, precisamente el objetivo que persiguen Borrego con *D.m.* y Jasso con sus tesis, respectivamente.

El cuadro que Jasso ofrece del ámbito académico nacional y del quehacer de los historiadores en particular revela sus presupuestos epistemológicos, mismos que resultan paradigmáticos del “revisionismo” y que se encuentran imbricados en su apología de Borrego como refutación a sus detractores, es decir, como respuesta a quienes han señalado el carácter ideológico y pseudo-académico del “revisionismo”. Estos presupuestos han sido criticados por varios historiadores e investigadores. Entre estos destacan Deborah Lipstadt, Lucy Dawidowicz, Richard J. Evans y Pier Paolo Poggio, quienes han explicitado sus propios planteamientos teóricos a partir de las críticas que el frente “revisionista” ha hecho a su trabajo. Las

¹²⁶ *Ídem*, p. 91.

declaraciones de principio de dichos investigadores, formuladas en estas circunstancias, se plantean casi siempre en defensa de los conceptos de objetividad y verdad histórica, así como también en el sentido de afirmar la capacidad de los historiadores para comprender el pasado con base en fuentes documentales, las cuales son susceptibles –afirman– de ser interpretadas racionalmente sólo de una manera específica (lo cual tiene implicaciones importantes cuando se trata de información documental de primera mano sobre el Holocausto). En los párrafos que siguen, se exponen algunas de las críticas que Jasso hace al medio académico en México y al quehacer de los historiadores en general, para después señalar la naturaleza de sus presupuestos epistemológicos, la forma en que se corresponden con los argumentos “revisionistas”, y la forma en que estos han sido criticados por los historiadores arriba mencionados.

En *L.s.p.e.n.*, se afirma que con el ascenso del cardenismo al poder, la izquierda dominó de forma completa [y prácticamente hasta el año 2000] los espacios culturales y académicos del país. Según esto, el régimen posrevolucionario soslayó de forma arbitraria a los escritores formados en el “Antiguo Régimen”, por lo cual personajes como Rubén Salazar Mallén y Salvador Borrego se vieron privados de los medios para dar a conocer su obra:

Sugiero que es a partir de esta época cuando el trabajo de Salvador Borrego, hombre educado en las más puras costumbres del Antiguo Régimen, ya no encuentra la "aceptación" -de la que antaño gozó- entre una nueva generación de intelectuales mexicanos, la mayoría de ellos contagiados de una fiebre muy propia de la comezón del siglo XX: los dogmas del materialismo histórico y el marxismo.¹²⁷

¹²⁷ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo*, op. cit., p 220. Jasso no menciona nombres de los

Tomando como ejemplo la defensa que François Furet hizo del revisionismo (sin comillas) de Ernst Nolte, Jasso sintetiza el supuesto desdén de la academia por Borrego, repulsa tras la cual ve un frente cultural antifascista empeñado en difamar al nazismo y ensalzar a las democracias occidentales para responsabilizar injustamente al primero por la Segunda Guerra Mundial.¹²⁸ En este cuadro, el grueso de los intelectuales mexicanos se adscribió inmoral e irreflexivamente al comunismo,¹²⁹ y la “historia oficial”, la intelectualidad de izquierda y la academia se vuelven una sola entidad, que presta poca o nula atención a Borrego porque sus trabajos no cumplen con un determinado canon de izquierda:

Si bien hurgar en la historia no hace a Salvador Borrego alguien temible, la difusión de sus pesquisas sí lo convierte en un escritor inexcusable e incómodo, tal como lo fuera el propio José Vasconcelos. Y quizás esta sea la razón por la cual sus libros llenos de pasajes sin mayor fundamento histórico –según el canon de la academia–, que en principio parecerían triviales o trillados, van volviéndose “interesantes”.¹³⁰

Con respecto a Salazar Mallén, caso que prefigura el estudio de Borrego al presentarlo como un autor víctima de censura antifascista, Jasso afirma que “su infortunio quiso que escribiera sus mejores novelas cuando se declaró fascista [...]

intelectuales supuestamente contagiados de la fiebre marxista.

¹²⁸ A este respecto, Jasso escribe: “como enjambre furioso, una gran cantidad de ‘cronistas’ de la historia pretendió imputar este periodo de agobio, específicamente al fascismo y al nacional socialismo alemán”. Sobre estos intelectuales, que deja sin nombrar, Jasso afirma que “pocos tuvieron la entereza moral para reconocer la parte de culpa que les correspondió a las naciones ‘desarrolladas’ democráticamente”. *Ibidem*, p. 14.

¹²⁹ De acuerdo con Jasso, “irónicamente de quienes debía esperarse el uso del intelecto para prevenir los males de la gran tormenta (la Segunda Guerra Mundial) fueron quienes, para empezar, quedaron contagiados de las ambiciones, los mesianismos, las utopías y de la extraña fascinación por las ideologías que dominaron la época”, *Ibidem*, p. 33.

¹³⁰ *Ibidem*, p. 176.

en un escenario nacional dominado por el catecismo de perseguir a todo aquel que no estuviera con Stalin”.¹³¹ Lo anterior se corresponde en términos generales con la racionalización que hace del supuesto acoso al autor de *D.m.* luego de 1953: “si Salvador Borrego no siguió figurando entre los nombres de los personajes que forman parte de la vida periodística cultural mexicana, se debe en gran medida a razones políticas más que a un declive de sus capacidades como periodista”.¹³² Jasso se basa en generalizaciones por completo inverificables y en el uso indiscriminado de subrayados de intención, rara vez indicando nombres o fechas, para afirmar la existencia y los alcances de la supuesta persecución intelectual:

Del universo de críticos obstinados en negar el valor literario de la obra de Rubén Salazar Mallén, destacan a contracorriente, un pequeño grupo de escritores (contados con los dedos de una mano) empeñados en reivindicar el derecho de Salazar Mallén a ser "un autor" de valía (independientemente de su filiación política, cualquiera que haya sido).¹³³

Para Jasso, el soslayo de Salazar Mallén y Borrego se explica por causas políticas e ideológicas y no por el valor literario e intelectual de sus respectivas obras. Con base en el libro *Perfil derecho* de Ernesto Hernández Busto, alude al supuesto historial antidemocrático de la izquierda y llama a “recordar la labor de descrédito orquestada desde el perfil izquierdo” que pretende data de finales del siglo XVIII; en su opinión, “para nadie es un secreto que toda la historia de los

¹³¹ *Ibídem*, p. 166. Del supuesto boicot a las novelas de Salazar Mallén en los años treinta, Jasso escribe: “esa omisión no fue gratuita, en realidad fue motivada por circunstancias ideológicas y políticas donde nada tuvo que ver el valor literario de su obra” (p. 146).

¹³² *Ibídem*, p. 214.

¹³³ *Ibídem*, p. 146.

intelectuales que reaccionaron contra los ideales de la Revolución Francesa y más tarde cuestionaron el pretendido ideal de progreso, ha quedado lapidada”.¹³⁴ Esta supuesta “labor” permite a Jasso, mediante preguntas retóricas, presentar a Borrego (y a sí mismo) como un escritor no-conformista e independiente: “¿Qué es un reaccionario en México? ¿Aquél que niega la teoría revolucionaria marxista? No, más bien aquél que no se somete al juego político del otro”.¹³⁵ Jasso emplea el concepto de “escritor réprobo” de Gerardo de la Concha para ahondar en la relación que establece entre sí mismo y Borrego: “Son los verdaderos proscritos –escribe de la Concha–, asociados con causas perdidas y temibles, vencidos junto con el fascismo histórico, que nunca recibieron honores estatales por su ‘elección política’, que por el contrario, sufrieron persecución y desprecio por sus equivocaciones y delitos de opinión”.¹³⁶ Para Jasso, estos son “escritores que sin la venia del estado mexicano vivieron o viven de los dividendos de las ventas directas de sus libros: ‘fantasías patológicas disfrazadas de ideas, que destinan a los ignorantes y supersticiosos’. Sí, autores réprobos y millares de lectores réprobos”, apostilla Jasso con orgullo las palabras de de la Concha.¹³⁷ Esta insistencia en las supuestas actividades difamatorias de la izquierda no está sustentada debidamente en fuentes, siendo lo importante para Jasso enfatizar que los autores “revisiónistas” han sido injustamente perseguidos por sus filiaciones políticas.¹³⁸

¹³⁴ *Ibidem*, p. 162. Para Jasso, es necesario recordar que “desde su aparición, durante la Revolución Francesa, las izquierdas han sabido crear una eficaz cultura descalificadora o de confrontación”, por lo que “antes de hacer un recuento de las actividades fascistas de Salazar Mallén, convendría resaltar el desprecio de la izquierda mexicana por la causa democrática”, *Ibidem*, p. 163.

¹³⁵ *Ibidem*, p. 166.

¹³⁶ Jasso, *Salvador Borrego Escalante*, *op. cit.*, p. 215.

¹³⁷ *Ídem*.

¹³⁸ De acuerdo con Jasso, “**América peligra** [...] trajo para Salvador Borrego, una mayor carretada de vituperios por parte de la izquierda mexicana. Y pocas veces, o casi nunca, argumentos serios

En *S.B.E.*, se sugiere que relacionar a Borrego con el “revisionismo” es una táctica de sus críticos –de izquierda– para desacreditarlo:

Y sin embargo, pese a todo lo anteriormente expuesto, en México el autor Salvador Borrego a lo largo del último medio siglo ha tenido por generaciones un público cautivo que se sucede en el interés de sus obras escritas, particularmente por **Derrota Mundial**, libro desacreditado por la vida académica dada su filia o parentesco con el revisionismo histórico, un ligero disfraz del nuevo antisemitismo contemporáneo, el de los asesinos de la memoria.¹³⁹

Este retrato de la izquierda ilustra el fenómeno descrito líneas arriba por Pier Paolo Poggio respecto a la denuncia que el “revisionismo” hace de una supuesta “dictadura cultural anti-fascista” para mostrarse a sí mismo como una empresa intelectual no-conformista y transgresora. En palabras de Poggio, dicha corriente, “en nombre de la neutralidad y la científicidad, libra una batalla ideológica contra toda la crítica historiográfica del orden capitalista del mundo, reduciéndola a una forma (póstuma) de comunismo”.¹⁴⁰ La pretensión de los “revisionistas” de operar bajo parámetros estrictamente neutrales y científicos (en claro contraste, aseguran aquellos, con la historiografía “oficial” sobre el Holocausto, por ejemplo), pretensión representada en el caso que nos ocupa por la afirmación de Jasso de que tanto él como Borrego han trascendido más allá de la mera “transmisión de un

contra su libro”. Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo*, *op. cit.*, p. 229. Para Jasso, los anónimos críticos de Borrego han entregado “en esencia, investigaciones sobre su obra nada serias” (p. 231), y aunque “su texto debió ser visto de un estilo herético” [*sic*] (p. 264), afirma que “indudablemente, su investigación se torna exhaustiva por la cantidad de información que maneja, por esta razón, es notable que sean pocos los atrevidos a realizar una lectura completa del libro [*América Peligra*]” (p. 267).

¹³⁹ Jasso, *Salvador Borrego Escalante*, *op. cit.*, p. 217.

¹⁴⁰ Pier Paolo Poggio, *Nazismo y revisionismo*, *op. cit.*, p. 89.

contenido”, permite equiparar los trabajos de Jasso con los de otros “revisiónistas”, quienes de acuerdo con Poggio, afirman ser “los únicos en haber dado el paso decisivo, en haber roto con las alineaciones del pasado, con el fascismo y el antifascismo, con la derecha y la izquierda”.¹⁴¹

Tras denunciar al medio académico mexicano como uno dominado por la izquierda, en *S.B.E.* se invierte una cantidad sustancial de espacio (más de cien páginas) para criticar lo elásticas, inadecuadas y artificiales que resultan las categorías de izquierda y derecha, e inmediata e irreflexivamente se dedica el resto del trabajo a demandar el reconocimiento para Borrego como un renombrado “conservador de derecha”. Poggio describe agudamente esta característica de los “revisiónistas”: “para la cultura de derechas, que desde hace algún tiempo se proclama más allá de la derecha y la izquierda, la valorización del fascismo y en nazismo es el objetivo de siempre, formulado de acuerdo con las circunstancias”.¹⁴² Poggio sostiene que lo anterior se ve confirmado por la afirmación de los “revisiónistas” de que “su ‘verdad’ es compartida y propugnada por hombres de ambas alineaciones y que el primero en darla a conocer y divulgarla fue un hombre que combatió contra los nazis, un pacifista y un socialista, nada menos que deportado a los Lager: Paul Rassinier”.¹⁴³ Este argumento describe con precisión, por ejemplo, las razones aducidas por Jasso respecto a por qué Borrego no debe calificarse de antisemita, pues sostiene que, en tanto que otros antes que aquél

¹⁴¹ *Ibidem*, p. 83. Esta supuesta capacidad analítico-trascendente del “revisiónismo” encuentra un ejemplo notable en el epígrafe que Jasso pone al frente de *S.B.E.*: “Esta tesis está dedicada a todos aquellos quienes comparten conmigo la idea de que la izquierda y la derecha son dos cajas vacías”.

¹⁴² *Ídem*.

¹⁴³ *Ídem*.

(escritores no antisemitas) han hecho afirmaciones similares, las de Borrego no son singulares (al tiempo que se ven confirmadas).¹⁴⁴ Jasso alude a la supuesta existencia de un consenso público, neutral y que pretende científico, que da fe del pretendido carácter negativo y dañino de los judíos, por lo que escribir panfletos contra aquéllos, como lo hace Borrego, resulta no sólo necesario sino también legítimo, a la vez que el ejercicio académico en el ámbito de la investigación histórica dedicado al nazismo, el Holocausto y el negacionismo aparece como una empresa intelectual de naturaleza predominantemente ideológica.

El retrato que Jasso hace del medio académico mexicano como indebidamente dominado por la *izquierda* (antifascista) es el trasfondo en el que expone sus críticas a la labor de los historiadores. En su opinión, las investigaciones de estos últimos son producto de sus filiaciones políticas e ideológicas, por lo que demeritan injustamente (difaman) la labor de personajes como Borrego. Como parte de su crítica a los historiadores que llama “oficialistas”, sugiere en *S.B.E.* que éstos son incapaces de lidiar eficientemente con el Holocausto, un tema de investigación que pretende es particularmente nebuloso y difícil de aprehender.

La historiografía sobre el Holocausto ha sido capaz de establecer verdades indubitables sobre el fenómeno. Pero como toda tarea historiográfica que es obra humana, interpretativa y dependiente de fuentes de información fidedignas, también se ha encontrado con numerosos problemas de identificación clara y explicación convincente.¹⁴⁵

¹⁴⁴ A este respecto, Jasso escribe “cuando Borrego señala que el origen de la mayoría de los revolucionarios rusos es hebreo, tampoco informa algo desconocido”, pues “esta atribución racial a los líderes de los movimientos emancipadores, ya ha sido señalada incluso por investigadores que en ningún momento han tenido la intención del ofender al pueblo judío”. Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo*, *op. cit.*, p. 248.

¹⁴⁵ Jasso, *Salvador Borrego Escalante*, *op. cit.* p. 70.

Según Jasso, y aludiendo al debate intencionalista-funcionalista, tanto el involucramiento de Hitler en la “Solución final” como el establecimiento de una fecha aproximada para la planeación del exterminio de los judíos continúan siendo tema de controversia entre los investigadores.¹⁴⁶ Escribe al respecto que “Las respuestas a ambas preguntas han generado una fractura historiográfica entre los estudiosos del Holocausto casi irresoluble y que ha opuesto a **dos genéricas escuelas interpretativas** (con ligeras variantes internas cada una) **la escuela ‘intencionalista’ y la escuela ‘funcionalista’**”.¹⁴⁷ Para este autor, “Acerca de estas dos escuelas ya referidas, es preciso subrayar que el debate historiográfico entre intencionalistas y funcionalistas constituye un magnífico ejemplo de las virtudes y dificultades del *modus operandi* de los profesionales de la historia”,¹⁴⁸ insinuando con ello que los historiadores en general (y los que se ocupan del Holocausto en particular) proceden con un *modus operandi* poco menos que honesto.

Cuando Jasso se expresa en estos términos sobre el quehacer de los historiadores, su postura aconseja recelo ante el supuesto compromiso ideológico y a-científico que considera inherente a la profesión, y reproduce un tópico propio del “revisionismo” según el cual éste es sólo una corriente intelectual que busca fungir como sano contrapeso a la investigación histórica, que supone viciada desde sus orígenes: “Mientras que historiadores oficialistas transcriben hechos documentados y repetidos hasta el cansancio con su fuerte dosis de solemnidad,

¹⁴⁶ La historiografía especializada más reciente sobre el tema coincide en señalar, por ejemplo, el carácter anticuado de las posturas intencionalista y funcionalista, ya que éstas corresponden a los términos en los que el debate de las cuestiones arriba planteadas se formuló a principios de la década de los años setenta. Véase *Hitler, the Germans and the Final Solution*, de Ian Kershaw (2008), y *The Third Reich in History and Memory*, de Richard J. Evans (2015).

¹⁴⁷ Jasso, *Salvador Borrego Escalante*, *op. cit.*, p. 70.

¹⁴⁸ *Ibidem*, p. 73.

no debemos olvidar que Salvador Borrego es periodista y no historiador. Con esto sólo afirmamos que tiene un estilo diferente, no solemne”.¹⁴⁹ Estas líneas sugieren que el quehacer de la investigación histórica se limita a repetir, entre especialistas y de forma acrítica, una serie de conceptos y premisas inamovibles cuya naturaleza se pretende ideológica, premisas que el “revisionismo” supuestamente sí se atreve a cuestionar de forma neutral y científica.

Este argumento “revisionista” ha sido criticado por Deborah Lipstadt en *Denying the Holocaust*, donde establece una distinción entre la “historiografía genuina y el ejercicio por completo ideológico de los negacionistas”, siendo las de estos últimos (refiriéndose sobre todo a David Irving) obras en las que “la verdad se encuentra mezclada con simples y llanas mentiras”.¹⁵⁰ Lipstadt subraya que el “revisionismo” es una empresa fundamentalmente pseudocientífica, anti-intelectual e irracional, que se disfraza de respetabilidad académica al imitar el formato y el aparato crítico de las publicaciones especializadas, disimulando su agenda política e ideológica para hacer pasar por investigación histórica lo que propiamente es un intento pseudo-científico de rehabilitar a figuras del conservadurismo y la ultraderecha. Por su parte, Jasso insiste en que “es importante afirmar que prácticamente toda la empresa del revisionismo histórico ha sido desacreditada por

¹⁴⁹ *Ibíd.*, p. 175. Jasso vuelve a extraer conclusiones que supone lógicas de premisas que no guardan relación entre sí. Afirma que los historiadores transcriben hechos “repetidos hasta el cansancio” y que Borrego no es historiador. Sin embargo, su conclusión no es que Borrego, al no ser historiador (sino periodista) no participa de forma acrítica en la transcripción de hechos “repetidos hasta el cansancio”, sino sencillamente que su estilo es “diferente, no solemne” (?).

¹⁵⁰ Autora de los libros *Beyond Belief. The American Press and the Coming of the Holocaust* (1986), *Denying the Holocaust. The Growing Assault on Truth and Memory* (1993) y *History on Trial. My Day in Court with a Holocaust Denier* (2005), Lipstadt figura entre las historiadoras que más enérgicamente ha denunciado los abusos que el discurso del “revisionismo histórico” ha hecho de lo que considera métodos legítimos de investigación histórica. Deborah Lipstadt, *Denying the Holocaust. The Growing Assault on Truth and Memory*, loc. 85. Más adelante, Lipstadt asevera que “los negacionistas no distinguen entre hecho y ficción”, loc. 653.

la vida académica”.¹⁵¹ Para ello, presenta un cuadro el que la comunidad internacional de historiadores especializados en el tema ha condenado de forma injusta y arbitraria lo que pretende es simplemente un discurso disidente pero válido. Ese discurso, como se ha mostrado a lo largo de la presente tesis, muestra un sólido desprecio por el manejo honesto de fuentes para la investigación histórica, con frecuencia recurriendo a falsificaciones y en ocasiones tergiversando el contenido de los documentos en los que basa sus panfletos.

En *Denying the Holocaust*, Lipstadt define lo que entiende por verdad histórica, realidad histórica, objetividad, significado e interpretación de la información documental, aspectos todos que ve subvertidos por la práctica “revisionista”. Para ella, “[e]l diálogo razonado, particularmente en lo que concierne a la comprensión de la historia, se basa en la noción de que existe una realidad histórica que, pese a encontrarse sujeta a una variedad de interpretaciones por los historiadores, en último término es descubierta (*find*) y no construida (*made*)”.¹⁵² Con base en estos supuestos, pueden desprenderse dos puntos de la apología de Jasso: 1) de forma explícita, que la interpretación de la historia que aparece en *D.m.* es en esencia una más entre la multitud de aquellas ofrecidas por los historiadores, por lo que debería formar parte del diálogo razonado entre especialistas en el tema, y 2) de forma implícita, que la interpretación que Borrego hace de la historia es esencialmente correcta, y ha sido injustamente criticada por historiadores y académicos con base en argumentos puramente ideológicos. Este razonamiento minimiza o ignora el contenido propagandístico y el corte no académico de las obras

¹⁵¹ Jasso, *Salvador Borrego Escalante, op. cit.*, p. 70.

¹⁵² Deborah Lipstadt, *Denying the Holocaust, ibídem*, loc. 568.

de Borrego, que en última instancia deforma su capacidad de comprensión histórica.

Por otro lado, Lipstadt encuentra una diferencia fundamental entre el diálogo razonado que puede y debe establecerse entre historiadores con diferentes puntos de vista y los “argumentos anti-intelectuales y pseudocientíficos” del negacionismo, al que critica en los siguientes términos: “El reto presentado por los “revisionistas” es la cuestión de si a la desinformación debería otorgársele el mismo estatus y privilegios intelectuales que a la historia verdadera”.¹⁵³ En este sentido, el “revisionismo”, como se empeñan en demostrar tanto *D.m.* como las tesis de Jasso, se caracteriza por afirmar que su objetivo se limita a una reevaluación objetiva del pasado y de la historiografía especializada con miras al desenmascaramiento de “falsedades históricas” propagadas por los historiadores del *establishment*, que tendrían (según los negacionistas), “móviles políticos ulteriores”.¹⁵⁴

La insistencia de Jasso en el mal manejo que los historiadores hacen de las fuentes (debido a su supuesta adhesión a un dogma antifascista), presupone que existe una forma “correcta” de leer los documentos e interpretar las fuentes, misma que es sistemáticamente ignorada en detrimento de figuras como Hitler y Borrego. Por su parte, Lipstadt ciertamente afirma su creencia en la posibilidad de conocer la realidad histórica con base en la interpretación de fuentes documentales, con la salvedad de que el resultado de más de setenta años de investigaciones especializadas en torno al nazismo y el Holocausto, es decir, el examen de la evidencia documental, no apunta en el sentido exculpatario y apologético que los “revisionistas” pretenden. A pesar de que Lipstadt admite que “debido a su misma

¹⁵³ *Ibidem*, loc. 580.

¹⁵⁴ *Ibidem*, loc. 478.

naturaleza, la empresa interpretativa no puede ser por completo objetiva”, de su crítica al negacionismo puede inferirse su creencia en una historia “auténtica” (en contraste con las falsificaciones y argumentos falaces de los “revisiónistas”). Cuando Lipstadt critica el hecho de que “los abundantes documentos y testimonios que confirman el Holocausto son desestimados [por los negacionistas] por inverosímiles, como imposturas, falsificaciones y falsedades”,¹⁵⁵ es decir, que repudian cualquier documento que no aporte evidencia para sostener sus argumentos, o bien que los refute, afirma que dichas fuentes (por lo menos en lo que respecta al caso particular de la documentación de primera mano sobre el Holocausto), en ocasiones sólo pueden ser interpretadas razonablemente de una manera específica. Una especulación de este tipo contradice las intenciones de Jasso en el sentido de que las “argumentaciones polémicas” de Borrego, basadas en *Los Protocolos de los Sabios de Sión*, *El judío internacional* de Henry Ford o *Mi lucha*, sean interpretadas como una contraparte razonable pero injustamente silenciada del consenso internacional de los historiadores especializados en la historia del nazismo y el Holocausto.

Esta distinción entre el trabajo de los historiadores académicos serios y los intentos pseudoacadémicos de los “revisiónistas” por emularlos, tiene otro ejemplo en la referencia que la historiadora Lucy Dawidowicz hace a David Irving, a quien describe como un “historiador aficionado notorio por su desdén hacia la verdad o el rigor”, y a quien critica por basar su argumento principal respecto a Hitler como un “dictador débil”, que poco o nada sabía del genocidio, en “sólo un documento, que

¹⁵⁵ *Ibidem*, loc. 91.

intencionalmente leyó de forma incorrecta”.¹⁵⁶ Lo mismo que Lipstadt, y como respuesta a los planteamientos negacionistas, Dawidowicz formula de la siguiente manera los postulados en los que afirma basar su desempeño como historiadora:

Como mejor he podido, he tratado de presentar lo que realmente sucedió. Me he esforzado por seguir los dos métodos que Wilhelm von Humboldt afirmaba constituyen la tarea del historiador en su acercamiento a la verdad histórica: “El primero es la investigación imparcial, exacta y crítica de los eventos; el segundo es la conexión de los eventos explorados y la comprensión intuitiva de los mismos que no puede ser alcanzada sólo a través del primero”.¹⁵⁷

Dawidowicz postula la existencia de una realidad y una verdad históricas susceptibles de ser conocidas por los historiadores y deformadas por los “aficionados” como Irving (o Borrego); de igual forma, insinúa que las fuentes documentales del Holocausto, sólo admiten una lectura correcta, siendo posibles, en consecuencia, lecturas “incorrectas”, como las que hacen los “revisionistas” en sus instituciones, *journals* y conferencias “pseudoacadémicas”. Por su parte, y tal como lo expresa en *L.s.p.e.n.* al denunciar el desdén de la academia por Borrego y la supuesta labor de descrédito llevada a cabo por sus críticos, Jasso insinúa que reprobar a Borrego es un acto de censura injustificado porque el “revisionismo” representaría la interpretación “correcta” de la historia:

¹⁵⁶ Dawidowicz, *ibídem*, p. xxxiii. En su libro *The War against the Jews* (1975). Dawidowicz aborda el tema del “revisionismo” para referirse a las pretensiones de respetabilidad académica de dicho movimiento al fundar en 1980 el *Institute for Historical Review*. Dawidowicz describe dicha institución como un órgano “camuflado de institución académica” (*scholarly institution*), cuyas “reuniones pseudoacadémicas anuales” constituían “parodias de auténticas conferencias académicas” (*parodies of bona fide academic conferences*). De igual forma, refiere que dicho instituto comenzó a publicar en 1980 un *journal* “pseudoacadémico”, el *Journal of Historical Review*, empeñado en negar la “realidad histórica del Holocausto”. Lucy S. Dawidowicz, *The War Against the Jews, 1933-1945*, New York, Bantam Books, 1975, p. xxxiii.

¹⁵⁷ *Ibídem*, p. xl.

Si antes de esta época, los críticos de Salvador Borrego no atinaron a ponerle maldición justificable a su libro (excepto la de ser una obra "antisemita"), es a partir de este periodo que al libro **Derrota mundial**, le encuentran el linaje del que ya nunca más va a desprenderse: "el negacionismo". En esencia, los impugnadores a **Derrota mundial**, arguyen que el libro forma parte de la corriente de pensamiento europeo que aplica el método del "revisiónismo histórico" [...]¹⁵⁸

Aquí, Jasso regresa al vínculo entre la supuesta campaña de desprestigio contra Borrego emprendida desde el ámbito académico y su catalogación como "revisiónista". Aunque *S.B.E.* busca ofrecer una imagen de Borrego lo más presentable posible distanciándose de los argumentos a favor del "revisiónismo" expuestos en *L.s.p.e.n*, Jasso recurre a lo que por momentos parece un reconocimiento explícito de las críticas que historiadores como Richard J. Evans han hecho a los argumentos de los negacionistas. En este caso, Jasso se refiere llamativamente a aquél sólo como *escritor*, en claro contraste con su práctica de llamar *historiadores* a los negacionistas Borrego, Faurisson y David Irving.¹⁵⁹

Como ya se apuntó, en *S.B.E.* Jasso ya no entrecomilla la palabra Holocausto, e incluso reproduce una definición del genocidio judío para dejar fuera de toda duda su supuesta antipatía por el "revisiónismo". Con esta misma finalidad, reproduce una cita de Richard J. Evans, quien se expresa en un sentido rotundamente condenatorio sobre el negacionismo y sus adherentes.¹⁶⁰ Como

¹⁵⁸ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo*, *op. cit.*, p. 218. En este mismo pasaje, Jasso afirma que, como parte de la supuesta campaña de difamación, "no falta quien advierta que Salvador Borrego es seudónimo de algún antiguo nacional socialista alemán radicado en México" Sin embargo, Jasso no especifica quién señala a Borrego como un nazi alemán refugiado en el país.

¹⁵⁹ Richard J. Evans es autor de un estudio en tres volúmenes sobre el Tercer Reich (2000-2008), así como de los títulos *In Defense of History* (1988), *The Third Reich in History and Memory* (2015) y *Lying about Hitler: History, Holocaust, and the David Irving Trial* (2002), sobre su experiencia como testigo experto en el juicio entre David Irving y Deborah Lipstadt.

¹⁶⁰ La cita de Evans, según la reproduce Jasso: "La razón por la que los historiadores profesionales

puede verse, en su afán por defender a Borrego, los argumentos en *S.B.E.* se sofistican al grado de precisar un supuesto deslinde del negacionismo. No obstante, este supuesto deslinde coexiste contradictoriamente *S.B.E.* con una rehabilitación de Borrego que llega al extremo de comparar a este último con Juan Rulfo y Octavio Paz, y al propio Jasso, de nueva cuenta, con el historiador Norman Cohn:

Pese a lo anteriormente expuesto, quizá todavía resulte difícil para la academia, aceptar como legítimo el dedicar un estudio pretendidamente inteligente, con todo el tiempo y la energía que ello implica, a las ideas políticas expuestas por el escritor y periodista Salvador Borrego, pero en mi defensa argumentaré – parafraseando a Norman Cohn– que es un error grave suponer a un México del último medio siglo con sus intelectuales leyendo exclusivamente a autores como Juan Rulfo, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis o a Pablo González Casanova. Por el contrario, autores réprobos –para utilizar la expresión del escritor mexicano Gerardo de la Concha– fueron y son más allá de “populares” en nuestro país.¹⁶¹

Es preciso subrayar el paralelo establecido por Jasso entre Borrego y otros escritores mexicanos de renombre internacional y entre sí mismo y Norman Cohn, quien se abocó al estudio de los *Protocolos de los Sabios de Sión* para explicar el papel del antisemitismo en la ideología nazi. Jasso pretende que su apología de Borrego es una empresa intelectual similar en intenciones e importancia al estudio de Norman Cohn *Warrant for Genocide*, y que *D.m.* tiene, en cierta medida, algo de

no se toman en serio a los autores que niegan la realidad del genocidio nazi no reside en el hecho de que tales autores sean unos radicales derechistas. Antes, al contrario, reside en el hecho de que ignoran tal masa aplastante de pruebas contrarias a sus tesis que no puede aceptarse que disfruten de la habilidad para formular un juicio razonado sobre el pasado. Dicho de otro modo, sus motivaciones políticas radical-derechistas actúan como elementos bloqueadores de las evidencias, la verdad y la racionalidad. Si aplicamos los criterios convencionales exigidos por la evolución crítica a la documentación disponible, la existencia del Holocausto se revela de una entidad incuestionable”, citado en Jasso, *Salvador Borrego Escalante, op. cit.*, p. 216.

¹⁶¹ *Ibidem*, p. 215.

la “grandeza negativa” que el historiador Joaquim Fest le adjudicaba a Hitler.¹⁶² Para Jasso, “la historia del género humano resulta incomprendible sin la influencia de ciertos textos decisivos, sea para el bien o sea para el mal”, por lo que

[...] queda manifiesto cómo han existido textos con capacidad para cambiar la historia de la humanidad y aún en algunos casos en forma decisiva, no obstante, su naturaleza intrínsecamente desalmada y brutal. Y a pesar de que algunas de estas obras tuvieron repercusiones profundamente negativas, no obstante, siempre han existido figuras críticas con capacidades para situar cada escrito en su contexto, para analizar serenamente sus contenidos y contemplarlos con la perspectiva de entender cabalmente su influencia posterior.¹⁶³

Para Jasso, su rescate de Borrego lo convierte en una de esas “figuras críticas” capaces de “analizar serenamente” y “entender cabalmente” los trabajos de quienes pretende son denostados injustamente por la academia. Entre las razones aducidas para contar a Borrego entre las filas de los “escritores prohibidos” (y a sí mismo entre los abocados al no tan loable rescate de dichos escritores) Jasso pretende que ambos resultan incómodos para la academia y la “historia oficial” porque recurren a “fuentes alternativas”. Sin indicar cuáles y de qué naturaleza son éstas, y limitándose a considerar como tales a todas y cualesquiera fuentes consultadas por Borrego, implica que, a su parecer, estas “fuentes alternativas” son igualmente pertinentes y necesarias para la investigación histórica, y que los estudios convencionales o no-“revisionistas” las dejan de lado por motivaciones

¹⁶² Joaquim Fest planteó en su biografía *Hitler* (1973) la complicada cuestión de si al dictador alemán podía o no, con justeza, considerársele poseedor de un tipo especial de “grandeza”. Joaquim Fest, *Hitler*, Mariner Books, 2002 [edición electrónica], loc. 53.

¹⁶³ *Ibídem*, p. 220.

ideológico-políticas, perjudicando con ello la objetividad de la investigación. No obstante, tanto Borrego como Jasso pasan por alto el hecho de que el grueso de las fuentes de los panfletos “revisionistas”/negacionistas son documentos científicamente fraudulentos (como el reporte Leuchter, que niega el uso de Zyklon B en las cámaras de gas), ideológicamente cargados (como *Mein Kampf*) o apócrifos (como los *Protocolos*). Lo anterior no impide a Jasso celebrar a Borrego por escribir “sin desperdiciar otras fuentes no convencionales”, como las mencionadas líneas arriba, o calificar modestamente a *D.m.*, por emplear dichas fuentes, sólo como una “investigación disímil”.¹⁶⁴

Sobre ese particular, Salvador Borrego escribió un capítulo especial. Lo denominó "Resurrección en masa de judíos", advierto que en la edición de 1953, dicho documento fue construido con investigaciones del autor a las que no se les daba crédito por su dudosa procedencia. Solo con el tiempo conforme documentos desclasificados hacían flamantes revelaciones, Salvador Borrego fue agregando nuevos párrafos ya sin la "fantasmagórica procedencia". De aquí que en la edición de 2003 el apartado sea mucho más extenso y consecuentemente, al autor le ha acarreado mayores problemas debido a sus argumentaciones polémicas.¹⁶⁵

El texto aquí citado, apología del “revisiónismo” de Borrego, implica que los escritos de este último son tan válidos como las investigaciones académicas sobre el Holocausto y no desmerecen ni por sus fuentes ni por sus conclusiones, o como el propio Jasso lo expresa: “Las interpretaciones personales de Salvador Borrego

¹⁶⁴ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo*, op. cit., p. 255. En *S.B.E.*, Jasso se refiere así a las fuentes de Borrego: “¿Y cuáles son esas otras fuentes a las que recurre Borrego? Naturalmente que las de ‘La otra historia: las de la historiografía conservadora’ que al paso del tiempo, ya no son fuentes tan modestas”. Jasso, *Salvador Borrego Escalante*, op. cit., p. 175.

¹⁶⁵ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo*, op. cit., p. 253. Cabe señalar que ninguna “revelación” o fuente descubierta con posterioridad ha venido a darle la razón a Borrego y similares.

no demeritan todo el trabajo de investigación, éstas últimas entran en el derecho de la diversidad”.¹⁶⁶ Sin embargo, estas expresiones de apoyo al “revisionismo” contradicen los postulados en los que investigadores especializados en el nazismo, como Richard J. Evans, por ejemplo, sustentan su trabajo como historiadores. Este último se ha expresado en los siguientes términos: “No todas las fuentes se encuentran igualmente abiertas a una variedad de interpretaciones y usos, y muchas pueden ser interpretadas de forma razonable de una sola manera específica”.¹⁶⁷ Estas afirmaciones, lo mismo que la aseveración en sentido similar de Lucy Dawidowicz citada líneas arriba, debe comprenderse en el marco de la labor de estos dos investigadores como historiadores del Holocausto y el nazismo, campos en los que los negacionistas llevan aproximadamente cuatro décadas, desde mediados de los años setenta, adelantando interpretaciones inadmisibles de diversos documentos, alentadas por motivaciones puramente ideológicas.¹⁶⁸

¹⁶⁶ *Ibídem*, p. 254.

¹⁶⁷ Richard J. Evans, *In Defense of History*, Granta Books, 1997 [edición electrónica], loc. 1630.

¹⁶⁸ En concreto, esta afirmación de Evans se refiere a su labor como especialista en la historia del nazismo consultado por Deborah Lipstadt como parte de su defensa en el juicio por difamación entablado en su contra por David Irving en 1996. Como parte de su participación en dicho proceso, Evans sometió a un detallado escrutinio historiográfico el libro de Irving *Hitler's War*, en el que éste último aseguraba contar con pruebas documentales de las intenciones y esfuerzos de Hitler por frenar el exterminio de los judíos europeos (al tiempo que sostenía, paradójicamente, que Hitler desconocía por completo la existencia y los alcances del programa de exterminio). Para ello, Irving había recurrido a una nota manuscrita al margen de un registro de llamadas de Heinrich Himmler, en el que se ordenaba, según Irving por órdenes de Hitler, no asesinar a un grupo de judíos berlineses deportados a Letonia. De acuerdo con Irving, la orden de Himmler no se refería únicamente al tren de los judíos berlineses, sino a todos los judíos europeos. Evans demuestra, por el contrario, que Irving saca de contexto las palabras de Himmler para hacer una apología de Hitler y negar el programa de exterminio, por lo que afirma que “En algunas ocasiones, es posible que una fuente tenga una única interpretación razonable” (loc.1698). Véase el caso en Richard J. Evans, *Lying about Hitler: History, Holocaust, and the David Irving Trial*, 2002, [ed. electrónica], loc. 1657, capítulo III, “Hitler and the Final Solution”.

Para finalizar, vale la pena recoger las observaciones que Pierre Paolo Poggio hace en *Nazismo y revisionismo histórico* sobre las características, en general poco señaladas, del discurso “revisionista”/negacionista llevado hasta sus últimas consecuencias, y que describe perfectamente los textos de Jasso. Según Poggio, el “revisionismo” pretende fungir como contrapeso a una investigación académica “oficial” sobre el Holocausto que supone viciada y parcial, “imitando el método clásico de la investigación empírica” para someter a una revisión que pretende sobria, mesurada, útil y necesaria lo que insiste en denostar como resultado de un ejercicio puramente ideológico, motivado por fines políticos ocultos. Sin embargo, en la práctica, el “revisionismo” solo se limita a adoptar, en un ejercicio de mimesis e invirtiéndolos, los paradigmas epistemológicos de “verdad absoluta” y “dogma” con los que supuestamente, de acuerdo consigo mismo, opera la historiografía académica sobre el Holocausto. Para Poggio,

aparentemente opuesto es el planteamiento de los negacionistas. En efecto, estos proclaman su adhesión a un paradigma fuerte de cientificidad, aplicado a su campo de elección: el acontecimiento símbolo del siglo XX, reducido a la cuantificación de una masacre y a los medios para llevarla a cabo, lo cual permite la desmitificación de una ‘leyenda’ construida sobre hechos inventados”.¹⁶⁹

Para Poggio, “la estructura retórica de todo el negacionismo se cimenta sobre un concepto ultrapositivistista de historiografía”,¹⁷⁰ por lo que el relativismo “revisionista” no es tal, ya que en última instancia no busca matizar las afirmaciones

¹⁶⁹ Pierre Paolo Poggio, *Nazismo y revisionismo histórico*, op. cit., p. 90.

¹⁷⁰ *Ídem*.

de los historiadores sobre el Holocausto, sino reemplazarlas por otras idénticas, pero opuestas, que terminan por exonerar al nazismo. Gracias a este “ultrapositivismo”, los “revisiónistas” (Jasso) o negacionistas (Borrego) mantienen una postura idéntica pero contraria a la de los historiadores “oficialistas” que afirman combatir, es decir, de un científicismo, empirismo y positivismo acendrados. La diferencia radica en que los negacionistas se empeñan en demostrar que el Holocausto es una mentira propagandística y que el nazismo ha sido injustamente vilificado (Borrego), y que el “conservadurismo de derecha” en general y Borrego en particular han sido ninguneados por la academia (Jasso).

En la práctica, el cuestionamiento “revisiónista” de los paradigmas epistemológicos “fuertes” de la historiografía académica sobre el nazismo y el Holocausto (es decir, el aserto negacionista sobre la supuesta incapacidad de los historiadores para afirmar, conocer o saber con seguridad algo sobre Hitler o los judíos durante la segunda guerra mundial, cuando no sea para idolatrar al primero y vilificar a los segundos), busca socavar algunas de las premisas básicas de dicha historiografía y reemplazarlas por proposiciones de signo contrario. La reelaboración “revisiónista” de estas premisas busca transmutarlas en otras que, se pretende, sí tienen un sustento empírico, científicista y positivista (documental) que se concretiza, por ejemplo, en la formulación de afirmaciones categóricas respecto a la inexistencia del genocidio de los judíos y en la ficción (o virtudes) del avasallamiento militar de Europa a manos del nazismo. En síntesis, los negacionistas apelan al carácter no-científico (débil) de la historia para argumentar que eventos como el Holocausto carecen de veracidad, al tiempo que adoptan un paradigma epistemológico (científico) de signo contrario (fuerte) para sostener, por

ejemplo, el carácter inapelable de “hechos” como el desconocimiento o falta de involucramiento de Hitler en el genocidio o la inexistencia factual de marchas de la muerte, cámaras de gas u hornos crematorios.

En *L.s.p.e.n.*, Jasso responde en un primer momento (a través de su apología de Borrego) al carácter relativista que el “revisionismo” pretende enarbolar, llamando a revisar el grueso de las premisas que supuestamente comparten los especialistas en historia de la segunda guerra mundial: “**Derrota Mundial** apareció por vez primera en el año de 1953, y ya desde la primera edición Borrego exige que la historia oficial se someta a escrutinio, a examen diligente, minucioso, y sin la parcialidad con que originalmente se confundió a la opinión pública gracias a los adelantos de la técnica moderna”[?].¹⁷¹ Sin embargo, más adelante, deja atrás la caución que, según los “revisionistas”, impide o debería impedir a los historiadores hacer afirmaciones categóricas (negativas) sobre Hitler o el nazismo y, por momentos, ejecuta el tránsito desde el supuesto relativismo “revisionista” para adentrarse en el “ultrapositivismo” de Poggio, que sí permite hacer afirmaciones absolutas, como ocurre cuando exculpa a Borrego. En este sentido, y refiriéndose a *D.m.*, escribe lo siguiente: “a contracorriente de quienes en 1953 no le auguraban ningún éxito al libro, el transcurrir del tiempo ha reafirmado el contenido de los dos primeros apartados, la información tan cuidadosamente seleccionada [*sic*].”¹⁷² Procediendo de este modo, Jasso termina por insinuar que considera lo escrito por

¹⁷¹ Jasso, *La simpatía por el nacionalsocialismo*, *op. cit.*, p. 219. En uno de los momentos en que adopta la retórica “revisionista” de Borrego, Jasso afirma lo siguiente, refiriéndose al contexto en el que fue publicado *D.m.*: “No bien acababa de reponerse la humanidad de una guerra que provocó la muerte de al menos 40 millones de personas, millones de las cuales, según se propalaba, eran de origen judío [...]” (p. 250).

¹⁷² *Ibidem*, p. 238

Borrego como esencialmente verdadero, por lo que el “revisiónismo” o supuesto relativismo de éste en realidad ya no es revisión, sino afirmación categórica de hechos: “a manera de conclusión señalo que desde que leí con integridad los libros de Salvador Borrego, he pensado a menudo que es una verdadera ofensa contra este hombre todas las supercherías que se han escrito sobre él y sus libros”.¹⁷³

Como puede verse, según las palabras del propio Jasso, éste tiene por cargos sin fundamento las críticas y señalamientos que durante más de medio siglo se le han hecho a Salvador Borrego por falsificar, plagiar o amañar fuentes documentales, prestar oídos a teorías de conspiración basadas en textos tan deleznable y risibles como los *Protocolos de los Sabios de Sión* y plagar su obra escrita de expresiones y argumentos antisemitas para defender al nazismo. Por lo anterior, la apología de Borrego en las tesis de Jasso, laboriosamente manufacturada para dar la apariencia de investigación académica legítima en los campos de la ciencia política y la historia, constituye una intrusión, anómala en todo sentido, de la retórica y el discurso de un sector ya no del conservadurismo, sino de la ultraderecha mexicana en un espacio público vital de producción de conocimiento como lo es la Universidad Nacional Autónoma de México, institución cuyos valores e historia repudian inequívocamente los fundamentos irracionales, discriminatorios y palmariamente destructivos de un credo político tan deleznable como el nazismo, doctrina que efectivamente ha encontrado la forma de perpetuar su discurso bajo la guisa del “revisiónismo histórico” o negación del Holocausto.

¹⁷³ *Ibidem*, p. 267.

Conclusión

Tras examinar de cerca el discurso “revisionista” en México e identificar sus principales supuestos, volver sobre sus fuentes y desenmarañar sus argumentos, sólo resta ofrecer una breve reflexión provisional sobre sus posibles motivaciones. El objetivo principal de dicha corriente, como ya se ha visto, es reivindicar al nazismo, pero aún cabe plantear la pregunta de por qué lo hace veladamente, ejecutando malabares retóricos, recurriendo a argumentos falaces o haciendo insinuaciones tipo “silbato para perros” o *dog whistle*, dirigidas a un público específico, ya entrenado o preparado para entenderlas, como es el caso cuando Salvador Borrego o David Irving se refieren, respectivamente, a un “enemigo siniestro” o a “nuestros enemigos tradicionales”, es decir, los judíos. Y es que desmontar el arsenal retórico del negacionismo no proporciona necesariamente todas las herramientas para dilucidar o comprender sus móviles ulteriores.

El tipo de discurso que el negacionismo se ve obligado a formular para circular y reproducirse en el ámbito público contemporáneo responde, en parte, a la naturaleza del conjunto de ideas que, de forma general, se tienen sobre el nazismo, los judíos, el Holocausto y la Segunda Guerra Mundial. Estos conceptos, en extremo complejos, se han destilado y simplificado para su uso en una narrativa que nace como reacción estrepitosa contra la criminalización del nazismo, sobre todo en la literatura (especializada o no) y en el cine. El razonamiento que sigue dicha narrativa es aproximadamente éste: “Los nazis perdieron la guerra, y por ello no sabemos ni podemos conocer su versión de las cosas”, o bien, en otras palabras, el proverbial e inexacto adagio de que “la

historia la escriben los vencedores”. Lo anterior implica, para los negacionistas, que el grueso de la literatura académica sobre el Holocausto no es, y no puede ser, imparcial. ¿Por qué? Porque (razonan) el antisemitismo no es algo negativo. Los judíos lo son. Y los nazis hicieron bien al declararles la guerra.

Como historiador, me resulta particularmente incómodo (por no decir asombroso) el argumento que sugiere que, bien visto, el único crimen de los nazis fue haber perdido la guerra. Y es que, en el fondo, ésta es la sugerencia que se encuentra tras casi cualquier llamado a ignorar los crímenes del nazismo. El “revisionismo”/negacionismo, efectivamente, niega no sólo la realidad histórica del Holocausto: elogia, entre otras cosas, la anulación del individuo y la exaltación de valores pseudocientíficos e irracionales, como la raza; ve con buenos ojos el desmantelamiento de la democracia alemana de posguerra y su sustitución por un credo político de naturaleza apocalíptica; celebra la entronización de uno de los líderes más incultos y bárbaros que haya tenido occidente en los tiempos modernos; consiente el asesinato deliberado del que fueron víctimas los alemanes que padecían enfermedades mentales o discapacidades físicas a fines de los años treinta; ve con buenos ojos la planeación y ejecución de guerras de anexión y exterminio, llevadas a cabo de forma “preventiva” a través del desmembramiento de países enteros y del asesinato de buena parte de sus poblaciones, como en Polonia, Checoslovaquia y la Unión Soviética; aprueba, cuando no niega, la persecución y encarcelamiento en campos de concentración y trabajo de disidentes políticos y “asociales” (comunistas, socialdemócratas, homosexuales y gitanos), proceso que derivó, entre 1934 y 1942, en el internamiento y asesinato de judíos en campos de exterminio. Es por ello que, con toda justicia, pueden y

deben plantearse, frente al negacionismo, las siguientes preguntas: ¿Es injusto, impreciso o irreal el retrato universalmente negativo del nazismo que aparece en la literatura especializada sobre el tema? ¿Son los historiadores Omer Bartov, Ian Kershaw, Richard J. Evans, Volker Ulrich o Peter Longerich, por mencionar únicamente algunos de los consultados para esta investigación, son ellos, decíamos, incapaces de presentar una imagen imparcial del nazismo, de Hitler y el Holocausto? ¿O es que prefieren no hacerlo? Desde mi punto de vista, tras un examen necesariamente incompleto, pero crítico, de la historiografía académica especializada en el tema (es decir, de aquella que no considera pertinente, útil o necesario, sino todo lo contrario, recurrir al mito de la conspiración judía para explicar el devenir de la historia), me es en extremo complicado no *comprender* las razones que han llevado al nazismo a tener una imagen menos que positiva, tanto en los círculos académicos como en el discurso público general.

Doctrina que en sí misma es negación, el nazismo precisa de canales ocultos para transportarse y perpetuarse, por lo que su defensa no puede ser pública. El nazismo se ve condenado a permanecer en los márgenes de un debate político occidental que, a pesar de soportar invectivas por ser “demasiado” *políticamente correcto* (cuando no se le acusa abiertamente de estar a las órdenes del *sionismo político* o similares), se encuentra, creo yo, debidamente prevenido contra los riesgos de permitir que tales doctrinas vuelvan a ocupar lugares de primera fila en el escenario político. Por todo lo anterior, me resulta notable que escritores como Borrego se den a la tarea de componer vastas narrativas que pretenden son de naturaleza histórica para regresar al nazismo a la esfera pública.

El análisis y la explicación de los argumentos empleados por los escritores discutidos a lo largo de este trabajo tiene la finalidad de situarlos como la parte mexicana de un discurso o movimiento internacional más vasto, cuya historia se remonta por lo menos a principios de la década de los años cincuenta. Sin embargo, el “revisionismo”/negacionismo constituye no sólo un esfuerzo particularmente bien coordinado por refutar la existencia del Holocausto como proceso histórico, ya que termina por erigirse también como ejemplo contemporáneo de un método eficaz y estridente para cuestionar y suprimir la memoria de la persecución y la discriminación que otras minorías y grupos étnicos han sufrido a lo largo de la historia. Es por ello que también pueden identificarse a negacionistas del genocidio congoleño a manos de los belgas a finales del siglo XIX, o del genocidio armenio en Turquía entre 1915 y 1923, o en fecha más reciente, de las matanzas étnicas que tuvieron lugar durante las guerras yugoslavas a mediados de los años noventa. En el caso particular de los exponentes mexicanos del “revisionismo”/negacionismo del Holocausto, sus escritos aspiran a colocarse como representantes nacionales de un movimiento global, cuyos esfuerzos ya han sido identificados y refutados por historiadores e investigadores en países como Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania.

La publicación y circulación de escritos negacionistas en México me parece de particular interés porque dichos autores han decidido reclutar para su causa, aunque de forma rudimentaria e ineficaz, las herramientas de la historia. Han decidido que la batalla ha de pelearse y ganarse en el ámbito del discurso. Ven la necesidad de investigar, escribir y publicar como lo haría un historiador. Recurren a las fuentes, a los archivos. Incorporan a sus trabajos vastas bibliografías y

aparatos críticos. Discuten (infructuosamente) con la historiografía especializada. Sin embargo, a diferencia de los historiadores, quienes, como parte de su trabajo, necesariamente han de ocuparse de ello, aunque sea momentáneamente, los negacionistas han terminado por convencerse de que, a fin de cuentas, lo que importa no es tanto “lo que realmente ocurrió”, sino de lo que son capaces de convencer a su audiencia que ocurrió. Porque puede argüirse que ciertamente los negacionistas no escriben para un pequeño círculo de devotos, a quienes ya no hay necesidad de convencer: a pesar del supuesto y cómicamente ineficaz boicot a *Derrota mundial*, dicho libro puede comprarse sin mayor dificultad en cualquier librería de las grandes cadenas de la Ciudad de México; libros como *Holocausto. ¿Mito o realidad?* de Joaquín Bochaca pueden adquirirse en puestos callejeros ubicados nada menos que a las puertas mismas del Museo Memoria y Tolerancia, también conocido como “el museo del Holocausto”, ubicado en la avenida Juárez, cerca del Centro Histórico; por último, como ejemplo de lo difundidos y cada vez menos marginales que se han vuelto los disparates “revisionistas”, cabe añadir que el que escribe estas líneas hubo de enfrentarse en más de una ocasión con la pasmosa pregunta de si el objetivo de esta investigación era probar (o más, precisamente, comprobar) si *efectivamente* habían sido los judíos los creadores del “mito del Holocausto”. Como ya se ve, lo que estaba en juego aquí, en la elaboración de este trabajo, era la naturaleza misma de mi profesión, de cómo pensamos en México la historia, no solo de algo que parece ocurrió muy lejos y hace mucho tiempo, en otro continente y hace más de setenta años, sino de cómo, a través del pensamiento histórico, nos pensamos a nosotros mismos. Ésta, como otras que atañen a la historia, no es una cuestión menor.

Obras consultadas

Artículos

Abruch Linder, Miguel, "La cruzada empresarial", en *Nexos*, abril de 1983.

Anderson, Perry, "Sobre el entramado: dos clases de hundimiento", en *En torno a los límites de la representación: el nazismo y la solución final*, Argentina, Universidad Nacional de Quilmes, 2007.

Bartra, Roger, "Viaje al centro de la derecha", en *Nexos*, abril de 1983.

Bar-Lewaw, Itzhak, "La revista 'Timón' y la colaboración nazi de José Vasconcelos", en *Actas del IV Congreso Internacional de Hispanistas*, Salamanca, Universidad de Salamanca, vol. I, 1982.

Braun, Robert, "The Holocaust and Problems of Historical Representation", en *History and Theory*, Vol. 33, No. 2, mayo 1994.

Del Arenal Fenochio, Jaime, "La otra historia: la historiografía conservadora", en *Tendencias y corrientes de la historiografía mexicana del siglo XX*, México, UNAM - Colegio de Michoacán, 2003.

Evans, Richard J., "The New Nationalism and the Old History: Perspectives on the West German *Historikerstreit*", en *The Journal of Modern History*, vol. 59, no. 4, diciembre de 1987.

Foster, Jürgen, "The Wehrmacht and the War of Extermination against the Soviet Union", en *Yad Vashem*, vol. 14, 1981.

García Vega, Rubén, "'El dictador ideal'. El semanario *Omega*: un periódico de la derecha radical mexicana (1939-1942)", en *Legajos. Boletín del Archivo General de la Nación*, núm., 1. ene.- mar. 2014.

Hillgruber, Andreas, "War in the East and the Extermination of the Jews", en *The Nazi Holocaust. Part 3: The "Final Solution". The Implementation of Mass Murder*, editado por Michael R. Marrus, volume 1, Westpoint, CT 1989.

LaCapra, Dominick, "Representar el Holocausto: Reflexiones sobre el debate de los historiadores", en *En torno a los límites de la representación*, Buenos Aires, 2007.

Mackinder, Halford J., "The Geographical Pivot of History", en *The Geographical Journal*, Royal Geographical Society, No. 4, Vol. XXIII, abril de 1904.

Marrus, Michael, "The History of the Holocaust: A Survey of Recent Literature", en *The Journal of Modern History*, vol. 59, núm. 1, marzo de 1987, p. 120.

Orestes Aguilar, Héctor, "Ése olvidado nazi mexicano de nombre José Vasconcelos", en *Istor. Revista de historia internacional*, año 8, núm. 30, 2007.

Rodríguez Jiménez, José L., "El debate en torno a David Irving y el negacionismo del Holocausto", en *Cuadernos de histórica contemporánea*, Madrid, núm. 22, 2000.

Servín, Elsa, "Propaganda y Guerra Fría: la campaña anticomunista en la prensa mexicana del medio siglo", en *Signos Históricos*, núm. 11, enero-junio, 2004

Uribe, Mónica, "La ultraderecha en México: el conservadurismo moderno", en *El Cotidiano*, Revista de la División de Ciencias Sociales y Humanidad UAM - Azcapotzalco, México, No. 149, may. - jun. 2008

Vargas, Hugo, "Nuevas vidas ejemplares: De Salvador Abascal a Luis Pazos. Estampitas de la derecha mexicana", en *Nexos*, abril de 1983.

White, Hayden, "El entramado histórico y el problema de la verdad", en *En torno a los límites de la representación: el nazismo y la solución final*, Argentina, Universidad Nacional de Quilmes, 2007.

Tesis

Abruch Linder, Miguel, *Algunos aspectos del antisemitismo en México*, Tesis de Licenciatura en Sociología, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1971.

Bekerman Trag, Jessika Esther, *La Shoa y el problema de la representación*, Tesis de Doctorado en Ciencia Política, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 2008.

Castillo Murillo, David Benjamín, *A la extrema derecha del conservadurismo mexicano. El caso de Salvador Abascal y Salvador Borrego*, Tesis de Doctorado en Historiografía, Universidad Autónoma Metropolitana, 2012.

Chávez Rodríguez, Guillermo Miguel, *Efectos de los bombardeos de los Aliados sobre la población civil alemana 1942-1945*, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Autónoma Metropolitana, 2008.

-----, *Influencia del nazismo en México 1933-1941*, Tesis de Doctorado en Historia, Universidad Autónoma Metropolitana, 2013.

Cruz Vences, César, *La admiración de José Vasconcelos sobre Adolfo Hitler y el régimen nazi en la revista "Timón"*, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2014.

Enríquez Rodríguez, Pierre, *Letras de sangre. El exterminio nazi en la prensa capitalina 1938-1946*, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2011.

García Colín, José de Jesús, *Los orígenes del mito de la conspiración judía y su reelaboración en México*, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2011.

Hernández Ortega, Elena, *Propaganda nazi en México 1940-1941*, Informe de actividad profesional - Licenciatura en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2009.

Jasso Espinosa, Miguel Ángel, *La simpatía por el nacionalsocialismo y el fascismo en México*, Tesis de Maestría en Ciencia Política, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 2004.

-----, *Salvador Borrego Escalante. Un escritor conservador en el siglo XX*, Tesis de Doctorado en Ciencia Política, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 2013.

Paredes López, Christian, *El pensamiento político de José Vasconcelos en la revista "Timón"*, Tesis de Licenciatura en Ciencia Política y Administración Pública, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 2012.

Roberta Graf, Stephanie, *Un análisis de la estructura y la función del discurso antisemita en México*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 2015.

Shabot, Ezra, *Los orígenes de la extrema derecha en México (1929-1949)*, Tesis de Licenciatura en Ciencia política, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1979.

Vergara Gutiérrez, Hugo Lenin, *La persuasión ideológica en la propaganda nazi*, Tesis de Licenciatura en Ciencia Política, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 2015.

Libros

Aly, Götz, *¿Por qué los alemanes? ¿Por qué los judíos?*, Editorial Crítica, 2012 [edición electrónica].

Bar-Lewaw, Itzhak, *La revista "Timón" y José Vasconcelos*, México, Edimex, 1971.

Bartov, Omer, *Germany's War and the Holocaust. Disputed Histories*, Cornell University Press, 2013 [edición electrónica].

-----, *Hitler's Army: Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich*, Oxford University Press, 1992 [edición electrónica].

Bellamy, Chris, *Absolute War. Soviet Russia in the Second World War*, Knopf, 2007, [edición electrónica].

Benz, Wolfgang, *El Tercer Reich. 101 preguntas fundamentales*, Madrid, Alianza Editorial, 2006.

Berenbaum, Michael y Abraham J. Peck, eds., *The Holocaust and History. The Known, the Unknown, the Disputed, and the Reexamined*, Indiana University Press, 1998.

Berg, Nicolas, *The Holocaust and the West German Historians. Historical Interpretation and Autobiographical Memory*, The University of Wisconsin Press, 2015 [edición electrónica].

Borrego, Salvador, *América peligra. 600 años de azarosa historia de 1419 a 2008*, Edición privada del autor, México, 23ra edición, 2008.

-----, *Derrota mundial, Supracapitalismo y marxismo en pareja globalizadora*, Edición privada del autor, México, 50ma edición, 2009.

Browning, Christopher, *The Origins of the Final Solution. The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939 - March 1942*, University of Nebraska Press, 2004 [edición electrónica].

-----, *The Path to Genocide. Essays on Launching the "Final Solution"*, Cambridge University Press, 1992.

Buendía, Manuel, *La ultraderecha en México*, México, Rayuela, 1996.

Bullock, Alan, *Hitler. A Study on Tyranny*, Penguin Books, 1972.

Burleigh, Michael, *El Tercer Reich*, Madrid, Taurus, 2005.

Campbell, Hugh C., *La derecha radical en México, 1929-1949*, México, SepSetentas, 1976.

Cargas, Harry James, ed. *Problems Unique to the Holocaust*, The University Press of Kentucky, 1999, [edición electrónica].

Cedillo, Juan Alberto, *Los nazis en México, La Operación Pastorius y nuevas revelaciones de la infiltración al sistema político mexicano*, Random House, México, 2010.

Cesarani, David, *After the Holocaust: Challenging the Myth of Silence*, Routledge, 2011, [edición electrónica].

Clendinnen, Inga, *Reading the Holocaust*, Cambridge University Press, 2002.

Cohn, Norman, *El mito de la conspiración judía mundial*, Proyectos Editoriales, Buenos Aires, 1988 [Biblioteca de Cultura Judía Raíces].

Evans, Richard J., *In Defense of History*, Granta Books, 1997 [edición electrónica].

-----, *Lying about Hitler. History, Holocaust and the David Irving Trial*, Basic Book, 2002 [edición electrónica].

-----, *The Third Reich in History and Memory*, Oxford University Press, 2015 [edición electrónica].

Dawidowicz, Lucy, *The Holocaust and the Historians*, Harvard University Press, 1981.

-----, *The War Against the Jews 1933-1945*, New York, Bantam Books, 1975.

Delgado, Álvaro, *El Yunque. La ultraderecha en el poder*, México, Plaza y Janés, 2003.

Feierstein, Daniel, *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

Friedländer, Saul, *¿Por qué el holocausto? Historia de una psicosis colectiva*, Barcelona, Gedisa, 2004.

-----, *Nazi Germany and the Jews, 1939-1945: The Years of Extermination*, Harper Perennial, 2008 [edición electrónica].

Finkelstein, Norman, *A Nation on Trial: The Goldhagen Thesis and Historical Truth*, Metropolitan Books, 2014 [edición electrónica].

-----, *The Holocaust Industry. Reflections on the Exploitation of Jewish Suffering*, Verso, 2000 [edición electrónica].

Furet, Francois, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995.

Frye, Northrop, *El gran código. Una lectura mitológica y literaria de la Biblia*, Gedisa, Barcelona, 1988.

Gabel, Paul, *And God Created Lenin. Marxism vs. Religion in Russia, 1917-1929*, Prometheus Books, 2005 [edición electrónica].

García Ibarra, Abraham, *Apogeo y crisis de la derecha en México*, México, Sociedad Cooperativa de Publicaciones Mexicanas, 1985.

García Ugarte, Marta Eugenia, *Los rostros del conservadurismo mexicano*, México, Publicaciones de la Casa Chata, 2005.

Rudolf, Germar (editor), *Dissecting the Holocaust. The Growing Critique on "Truth" and "Memory"*, Theses & Dissertations Press, 2003.

Gilbert, Martin, *The Holocaust. The Human Tragedy*, Rosetta Books, 2014 [edición electrónica].

Goodrich, Thomas, *Hellstorm. The Death of Nazi Germany, 1944-1947*, Aberdeen Books, 2010 [edición electrónica].

Gossler, Hannerl, *La farsa judía (Juicio final)*, México, Editorial Escorpio, 1982.

-----, *México agoniza*, México, Editorial Escorpio, 1983.

Guttenplan, D. D., *The Holocaust on Trial*, W. W. Norton & Company, 2002 [edición electrónica].

Graf, Jürgen, *El holocausto bajo la lupa. Testimonios oculares versus leyes de la naturaleza* (Buenos Aires, Editorial Revisión, 1992.

-----, *The Giant with Feet of Clay. Raul Hillberg and his Standard Work on the "Holocaust"*, Castle Hill Publishers, United Kingdom, 2015.

Herf, Jeffrey, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda during World War II and the Holocaust*, Belknap Press, 2008 [edición electrónica].

-----, *The Nazi Past in the Two Germanys*, Harvard University Press, 2013 [edición electrónica].

Hildebrand, Klaus, *The Third Reich*, Routledge, 1986 [edición electrónica].

Hillberg, Raul, *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, Akal, 2006.

Honsik, Gerd, *¿Absolución para Hitler?* Buenos Aires, Editorial Revisión, 1990.

Irving, David, *Hitler's War and The War Path*, Focal Point, 2002 [edición electrónica].

Johnson, Erick A., *What We Knew: Terror, Mass Murder, and Everyday Life in Nazi Germany*, Basic Books, 2006 [edición electrónica].

Judt, Tony, *Postwar: A History of Europe Since 1945*, Penguin Books, 2006 [edición electrónica].

Kershaw, Ian, *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich*, Barcelona, Crítica, 2006.

-----, *Fateful Choices. Ten Decisions That Changed the World, 1940 - 1941*, The Penguin Press, New York, 2007 [edición electrónica].

-----, *Hitler: 1889 - 1936. Hubris*, Barcelona, Península, 2009.

-----, *Hitler: 1936 - 1945. Nemesis*, Barcelona, Península, 2009.

-----, *Hitler, the Germans and the Final Solution*, Yale University Press, 2008 [edición electrónica].

-----, *La dictadura nazi. Principales controversias en torno a la era de Hitler*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2013.

LaCapra, Dominick, *Representar el Holocausto. Historia, teoría, trauma*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007.

-----, *Writing History, Writing Trauma*, Johns Hopkins University Press, 2014 [edición electrónica].

Laqueur, Walter, *The Changing Face of Antisemitism*, Oxford University Press, 2008 [edición electrónica].

Lewis, Bernard, *Semitismo y antisemitismo*, México, Editorial Diana, 1991.

Lipstadt, Deborah, *Denying the Holocaust. The Growing Assault on Truth and Memory*, Free Press, Amazon Digital Services, 2012 [edición electrónica].

-----, *History on Trial. My Day in Court with a Holocaust Denier*, Harper Perennial, 2005.

Lomnitzm, Claudio, *El antisemitismo y la ideología de la revolución mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Longerich, Peter, *Holocaust. The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford University Press, 2010 [edición electrónica].

Lozano, Álvaro, *La Alemania nazi 1933-1945*, Marcial Pons, Ediciones de Historia, Madrid, 2008.

Lukacs, John, *The Hitler of History*, Vintage, 2011 [edición electrónica].

Magilow, Daniel H., *Holocaust Representations in History: An Introduction*, Bloomsbury Academic, 2015 [edición electrónica].

Maier, Charles, *The Unmasterable Past. History, Holocaust, and German National Identity*, Harvard University Press, 1998, [edición electrónica].

Mayer, Arno J., *The Persistence of the Old Regime: Europe to the Great War*, New York, Verso World History Series, 2010.

-----, *Why Did the Heavens not Darken? The "Final Solution" in History*, New York, Verso World History Series, 2012.

Moro, Renato, *La Iglesia y el exterminio de los judíos. Catolicismo, antisemitismo, nazismo*, Bilbao, Editorial Desclée de Brouwer, 2004.

Nolte, Ernst, et. al, *Hermano Hitler. El debate de los historiadores*, México, Herder, 2012.

Novick, Peter, *The Holocaust in American Life*, Mariner Books, 2000 [edición electrónica],

Owen, James, *Nuremberg. El mayor juicio de la historia*, Madrid, Crítica, 2006.

Pauwels, Jaques R., *El mito de la guerra buena. E.E.U.U. en la Segunda Guerra Mundial*, Editorial Hiru, Guipúzcoa, 2004.

Pérez Montfort, Ricardo, *"Por la Patria y por la Raza". La derecha secular en el sexenio de Lázaro Cárdenas*, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

Poliakov, Leon, *Breviario del odio*, Barcelona, Cómplices Editorial, 2011.

Poggio, Pier Paolo, *Nazismo y revisionismo histórico*, Akal, 2004.

Protocolos de los Sabios de Sion, México, Editorial Época, 1967.

Rosenbaum, Ron, *Explaining Hitler. The Search for the Origins of His Evil*, Da Capo Press, 2014 [edición electrónica].

Rosenfeld, Alvin, *The End of the Holocaust*, Indiana University Press, 2013 [edición electrónica].

Roudinesco, Élizabéth, *A vueltas con la cuestión judía*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2011.

Ruiz Velasco, Rodrigo, *Salvador Abascal. El mexicano que desafió a la Revolución*, Rosa Ma. Porrúa Ediciones, 2014 [edición electrónica].

Sand, Schlomo, *The Invention of the Jewish People*, Verso, 2010 [edición electrónica].

Segel, Benjamin W., *La mentira más grande de la historia. Los Protocolos de los Sabios de Sión*, Buenos Aires, Ediciones de la Delegación de Instituciones Israelitas Argentinas, 1936.

Shermer, Michael, *Denying History: Who Says the Holocaust Never Happened and Why Do They Say It?* University of California Press, 2009.

Stangneth, Bettina, *Eichmann before Jerusalem. The Unexamined Life of a Mass Murderer*, Vintage, 2014 [edición electrónica].

Taylor, Frederick, *Exorcising Hitler: The Occupation and Denazification of Germany*, Bloomsbury Press, 2011 [edición electrónica].

Tello, Carlos, *Estado y desarrollo económico. México 1920 - 2006*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.

Trachtenberg, Joshua, *The Devil and the Jews: The Medieval Conception of the Jew and Its Relation to Modern Anti-Semitism*, The Jewish Publication Society, 2002 [edición electrónica].

Trawny, Peter, *Heidegger y el mito de la conspiración mundial de los judíos*, Herder, España, 2015.

Utley, Freda, *The High Cost of Vengeance*, Henry Regnery Company, Chicago, 1949.

Vasconcelos, José, *Breve historia de México*, México, Ediciones Botas, 1937.

-----, *La flama. Los de arriba en la Revolución mexicana. Historia y tragedia*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 2003.

Vidal-Naquet, Pierre, *Los asesinos de la memoria*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1994.

White, Hayden, *The Practical Past*, Northwestern University Press, 2014 [edición electrónica].

Wistrich, Robert, *Hitler y el Holocausto*, Penguin Random House, 2015 [edición electrónica].